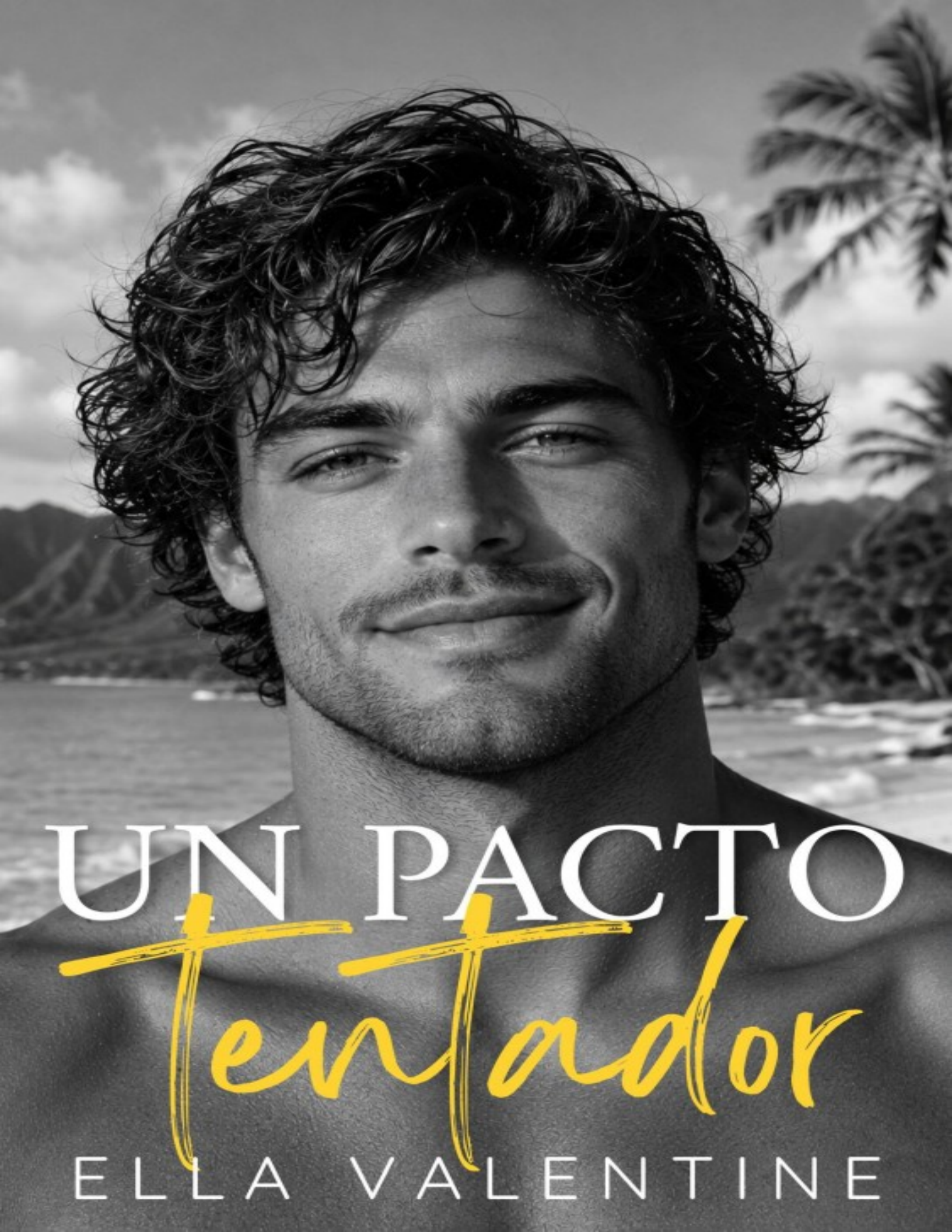




UN PACTO

Tentador

ELLA VALENTINE

Un pacto tentador

Ella Valentine

Serie *Pactos arriesgados* #1

1ª edición agosto 2026

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Ella Valentine

Sobre las imágenes interiores: Ella Valentine

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[Epílogo](#)

Nota de la autora

1

Spencer

Estaba claro que aquel no era mi día de suerte. Ni mi semana de suerte. Ni mi mes de suerte. Ni mi año de suerte, ya puestos. Porque la racha que arrastraba desde que Elliot me dejó merecía un récord Guinness de mala suerte.

De hecho, empezaba a sospechar que alguien, en algún lugar, había decidido convertir mi vida en un experimento social para comprobar cuántas desgracias podía soportar una persona antes de perder la cabeza. Porque la colección de catástrofes que llevaba acumulada empezaba a rozar lo ridículo.

Se suponía que aquella escapada a Hawái tenía que ayudarme a sanar mi corazón herido después de que el capullo de mi prometido me dejara a dos semanas de la boda, no provocarme otro colapso nervioso.

Pero, por si el universo tenía alguna duda sobre mi estado emocional, decidió ponerme a prueba desde el mismo instante en que salí de casa.

Primero, estuve a punto de perder el avión por culpa de un atasco monumental en la autopista Van Wyck, camino del aeropuerto JFK.

Después, las turbulencias fueron tan fuertes que acabé contándole toda mi vida a la ancianita que viajaba a mi lado, incluida la historia de mi compromiso fallido, el nombre de mi ex y una lista detallada de las razones por las que sospechaba que me había estado poniendo los cuernos. Digamos que mi miedo a volar, una pastilla para la ansiedad y varias copas de vino habían eliminado cualquier barrera entre mis pensamientos y mi boca.

Por si eso fuera poco, cuando por fin llegué al aeropuerto descubrí con horror que habían perdido mi maleta.

Y, por último, por si aquello no fuera suficientemente humillante, nada más salir de la terminal una lluvia tropical se abatió sobre mí con la furia de un Dios enfadado. En menos de treinta segundos estaba empapada, despeinada y sin ninguna posibilidad de cambiarme, porque toda mi ropa de recambio viajaba quién sabía dónde dentro de una maleta desaparecida. Probablemente seca, cómoda y pasándoselo mucho mejor que yo.

Según internet, Hawái disfrutaba de más de trescientos días de sol al año. Evidentemente, yo había conseguido aterrizar durante uno de los otros sesenta y cinco restantes.

Sentí un poco de inquina hacia Piper, mi mejor amiga. Había sido ella la que había insistido en que aquello era justo lo que necesitaba. Que fuera a la casa de su familia. Que Hawái era un paraíso. Que unos días rodeada de playas, sol y océano me ayudarían a olvidar al capullo de mi ex.

¡Ja! Por ahora lo único que había conseguido era estar empapada, sin equipaje y con unas ganas tremendas de demandar al universo por ensañamiento.

Busqué un taxi con intención de llegar a la casa de la familia de Piper, darme una ducha, encontrar algo decente que ponerme y salir en busca de alguna tienda donde comprar ropa. Vi uno a pocos metros y aceleré el paso hacia él. La salvación estaba al alcance de mi mano.

O eso creía.

Porque, justo cuando iba a abrir la puerta, un imbécil apareció de la nada, se me adelantó y se coló en el asiento trasero.

Era alto, moreno y escandalosamente guapo. De esos hombres que parecen salir de un anuncio de colonia y que probablemente llevan toda la vida acostumbrados a salirse con la suya.

—¡Lo siento, tengo prisa! —gritó antes de cerrar la puerta.

Y se marchó.

Así, sin más.

Dejándome bajo la lluvia, empapada hasta los huesos y mirando cómo desaparecía mi taxi como si fuera la última balsa de salvación del Titanic.

Tardé cinco minutos en encontrar otro disponible, y para entonces el agua me chorreaba por la espalda, los zapatos hacían un desagradable ruido a chapoteo cada vez que daba un paso y mi dignidad se había disuelto por completo.

Cuando por fin conseguí subir al taxi, me dejé caer en el asiento trasero y cerré los ojos convencida de que lo peor ya había pasado.

Ja, ingenua de mí.

Tardamos poco más de media hora en llegar.

La casa de la familia de Piper se alzaba sobre una pequeña colina cubierta de vegetación tropical. Era una construcción de madera blanca con amplios ventanales, una terraza que rodeaba parte de la vivienda y un tejado de color arena que parecía fundirse con el paisaje. Palmeras, hibiscos y buganvillas llenaban el jardín de manchas de color, y al fondo, entre los árboles, podía verse una franja de océano azul.

Era el tipo de lugar que aparecía en los folletos turísticos. El tipo de lugar que prometía paz, tranquilidad y la oportunidad de olvidar todos tus problemas.

Por primera vez desde que había salido de Nueva York, sentí que quizá Piper tenía razón.

Quizá aquella isla paradisíaca conseguiría reparar mi corazón roto.

Quizá las cosas estaban a punto de mejorar.

Saqué la llave que Piper me había dado, la introduje en la cerradura y empujé la puerta.

Me extrañó que estuviera abierta.

Piper me había asegurado que la casa estaría vacía durante mi estancia, pero estaba tan agotada y tenía tantas ganas de darme una ducha caliente que no le di demasiada importancia. Quizá Piper había avisado a algún vecino para que pasara a ventilar.

Entré arrastrando los pies mojados sobre el suelo de madera y dejé escapar un suspiro de alivio.

Por fin.

Un techo. Una ducha. Y, con un poco de suerte, el final de aquel día infernal.

De nuevo, ¡JA! Cuanta ingenuidad.

Ni siquiera perdí tiempo en recorrer la casa. Ya lo haría después. En aquel momento solo me importaba una cosa: una ducha caliente.

Seguí el pasillo fantaseando con el glorioso momento en que dejaría de sentirme como una esponja humana.

Entonces abrí la puerta del baño y el vapor me golpeó la cara.

Parpadeé.

Volví a parpadear.

Porque allí, detrás de la mampara de cristal empañada, había un hombre.

Un hombre muy alto.

Un hombre muy desnudo.

El vapor del agua caliente emborronaba los bordes de su figura, pero no lo suficiente.

Mi mirada bajó sin permiso, casi por instinto, resbalando por el pecho ancho y mojado, por los abdominales marcados, y se detuvo

justo ahí. En su polla. Gruesa, pesada, semierecta, balanceándose ligeramente mientras él se pasaba una mano por el pelo. Era imposible no fijarse. El tamaño, la forma, el modo en que el agua corría por ella como si la estuviera acariciando...

Mi cerebro tardó un segundo de más en procesar lo que estaba haciendo.

«Mierda».

Fue entonces cuando el resto de la información llegó de golpe: era el imbécil que me había robado el taxi en el aeropuerto. El mismo que había cerrado la puerta en mis narices con una sonrisa arrogante mientras yo me quedaba bajo la lluvia.

Durante un segundo nos quedamos inmóviles.

Él me miró.

Yo lo miré.

Y entonces grité.

Porque, al parecer, aquel día todavía no había terminado de arruinarme la vida.

2

Landon

¿Pero qué cojones hacía la pirada del avión en mi baño?

De todas las personas que podía haber esperado encontrar al otro lado de la mampara, aquella era probablemente la última de la lista.

No había podido pegar ojo en todo el vuelo por su culpa.

Durante más de seis horas había escuchado cómo le contaba a la pobre ancianita que viajaba a su lado todos y cada uno de los detalles de su ruptura. Que si su prometido la había dejado dos semanas antes de la boda. Que si sospechaba que le había sido infiel. Que si los hombres eran idiotas. Que si nunca volvería a enamorarse.

También me enteré de que llevaban meses sin acostarse juntos, aunque esa era una información que jamás había pedido y que habría pagado por no conocer.

Y ahora aquella mujer estaba en mi casa.

Una pena que estuviera tan loca... porque estaba jodidamente buena.

La camiseta mojada se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, marcando sin piedad sus curvas. Pechos llenos y redondos, cintura estrecha y caderas generosas se adivinaban bajo los vaqueros empapados. El pelo moreno le caía húmedo sobre los hombros, pegado al cuello y al escote, donde se le transparentaba el sujetador. Tenía los labios gruesos entreabiertos por la sorpresa, rojos y brillantes, y unos ojos grandes y oscuros que ahora mismo me miraban con verdadera conmoción.

Por un instante, mi mente se fue completamente a la mierda imaginando cómo se verían esos labios alrededor de mi polla, o cómo se sentirían esas caderas moviéndose encima de mí.

Sacudí la cabeza mentalmente.

«Céntrate, Landon. Está loca. Muy loca».

Y entonces un pensamiento escalofriante me atravesó.

Le había robado el taxi. Vale, técnicamente no se lo había robado. Simplemente había llegado antes, pero ella no parecía el tipo de persona que apreciara los matices. Estaba pirada. ¿Y si quería venganza?

Lo que no entendía era por qué gritaba. ¿No debería hacerlo yo?

—¡Pervertido! ¡Voy a llamar a la policía! —chilló, sacando el móvil a toda velocidad.

La miré fijamente durante un segundo.

Luego cerré el grifo con toda la calma del mundo, cogí una toalla y me la anudé a la cintura.

—Perfecto. Así me ahorrarás tiempo de hacerlo yo.

—¿Perdón?

—Has entrado en mi baño mientras me estaba duchando. Creo que eso juega bastante a mi favor cuando llegue la policía.

Ella abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir. Y, para mi inmensa satisfacción, no salió ni una sola palabra. Aunque solo duró dos segundos.

—¿Tu baño? No deberías estar aquí. Ni siquiera es tu casa. Es la casa de la familia de mi amiga.

Entrecerré los ojos mientras las piezas empezaban a encajar a toda velocidad.

Por supuesto.

Sabía perfectamente de qué amiga estaba hablando. Y lo sabía por qué esa amiga era mi hermana.

Hacía unos días, Piper, me había llamado para contarme que una de sus mejores amigas, una tal Spencer, acababa de sufrir una ruptura de compromiso bastante desastrosa.

Yo no la conocía.

Ni siquiera había visto una foto.

Pero, teniendo en cuenta que aquella mujer parecía capaz de convertir un vuelo de seis horas en una sesión grupal de terapia, empezaba a sospechar que estaba delante de ella.

—Espera un segundo —dije despacio—. ¿Tu amiga se llama Piper?

Me miró con recelo.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Porque Piper es mi hermana.

El silencio que siguió fue tan absoluto que casi pude escuchar cómo ambos comprendíamos exactamente la magnitud del desastre.

—¿Tú eres Landon? ¿El hermano de Piper? ¿El señor importante que dirige una empresa tecnológica en Tribeca y que está tan ocupado conquistando el mundo que apenas encuentra tiempo para llamar a su propia hermana?

Arqueé una ceja.

—Y tú eres la mujer desechada a la que han plantado a dos semanas de la boda.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Oye!

—¿Qué? Pensaba que estábamos describiendo las miserias del otro.

—Pues entonces hagámoslo bien. Tú eres un adicto al trabajo emocionalmente inaccesible.

—Y tú una mujer que convirtió un vuelo de seis horas en un podcast sobre su ruptura.

Sus ojos se agrandaron aún más.

—¿Estabas en mi mismo vuelo?

—Tres filas detrás de ti.

—¿Y me escuchaste? ¡Era una conversación privada!

—Créeme, fue en contra de mi voluntad. Hice todo lo posible por no escucharla.

—¡Claro!

—Incluso me puse los auriculares.

—¿Y?

—Aprendí que eres capaz de hablar más alto que la cancelación de ruido.

Puso los ojos en blanco y volvió a concentrarse en el teléfono.

—Esto es ridículo. Voy a llamar a Piper y explicarle la situación. Me dijo que podía quedarme aquí. En ningún momento mencionó que tendría que compartir casa con un desconocido.

—Espera.

Le arrebaté el móvil antes de que pudiera marcar.

—¡Eh!

—No lo hagas.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque nadie sabe que estoy aquí. Y preferiría que siguiera siendo así.

Frunció el ceño.

—¿Y eso por qué? ¿Te persigue la mafia?

—Peor. Mi socio. La mafia, a su lado, es un juego de niños.

Entrecerró los ojos.

—¿Y qué has hecho?

—No tienes por qué saberlo. No todos tenemos tu necesidad de compartir con el mundo nuestras desgracias personales.

La verdad era que no me apetecía lo más mínimo explicarle a aquella mujer el desastre que había provocado.

Porque sí, Henry tenía motivos para estar furioso.

Años atrás me había hecho prometer que, si algún día salía con su hermana, jamás le haría daño. Y yo había incumplido esa promesa.

No había habido infidelidades. No había habido mentiras. Ni grandes dramas. Simplemente, un día me había dado cuenta de que ya no estaba enamorado. El problema era que ella, sí. Y cuando una ruptura deja a una de las dos personas llorando, resulta bastante difícil defender que no eres culpable de nada.

Especialmente cuando el hermano de esa persona es tu socio, tu mejor amigo y un hombre perfectamente capaz de atravesar medio planeta para arrancarte la cabeza.

Así que había hecho lo único que se me ocurrió.

Desaparecer temporalmente.

No era mi plan más maduro.

Pero seguía siendo mejor que enfrentarme a Henry.

—No puedo ocultarle algo tan importante a Piper. No tiene por qué enterarse nadie más.

—Piper es la persona más bocazas que existe. Y más cuando se trata de Henry.

Henry era el crush «secreto» de mi hermana desde hacía años. Lo sabía yo, lo sabía ella y, probablemente, media costa este de Estados Unidos, porque Piper nunca había destacado precisamente por su discreción.

Antes de que pudiera seguir discutiendo, el móvil de Spencer empezó a sonar.

Contuve las ganas de poner los ojos en blanco al reconocer la melodía. Era una versión de *I Will Survive*.

Muy apropiado.

—Hola, Piper. Sí, ya he llegado.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Qué tal todo? —preguntó Piper al otro lado, lo bastante alto como para que pudiera oírla.

—Pues la verdad es que hay novedades. Y bastante... jugosas, por así decirlo.

Le lancé una mirada de pura súplica.

Ella sonrió disfrutando muchísimo.

—¿Ah, sí? ¡Cuéntamelo todo!

Vi cómo dudaba.

Literalmente podía ver el debate desarrollándose detrás de sus ojos.

Por un lado, la lealtad hacia su mejor amiga y el inmenso placer de arruinarme la vida. Por otro, la posibilidad de ayudarme y que le debiera un favor.

Gracias a Dios, ganó lo segundo.

—Pues nada, me han perdido la maleta, está cayendo el diluvio universal y un imbécil me ha robado el taxi en mis narices.

—Vaya desastre...

—Sí, pero ya sabes cómo soy. Seguro que mañana me río de todo esto.

Lo dudaba. No tenía cara de ser de las que se reían.

—Bueno, encontrarás ropa mía en el armario. Coge lo que quieras. Y si bajas a Honolulu, podrás comprar todo lo que necesites.

La conversación continuó un minuto más entre recomendaciones, indicaciones para llegar a la playa y advertencias sobre el clima impredecible de la isla.

Finalmente, Spencer colgó.

Guardó el móvil en el bolsillo y me miró con una seriedad que no presagiaba nada bueno.

—Vale. ¿Y ahora qué se supone que tenemos que hacer?

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Hizo un gesto con la mano señalándonos a ambos.

Comprendí inmediatamente a qué se refería.

—La casa es enorme. Podemos convivir sin que sea un gran drama. Siempre que dejes de entrar en el baño cuando me estoy duchando. Y siempre que dejes de contar tu vida a voz en grito sin ningún tipo de filtro.

—Si no hay más remedio —masculó.

La dejé allí y salí del baño. Subí las escaleras hacia mi habitación preguntándome en qué momento exacto mi tranquila escapada a Hawái se había convertido en compartir casa con la mujer más escandalosa que había conocido en mi vida.

Y, lo que era peor, tenía la sensación de que aquello no había hecho más que empezar.

3

Spencer

Los primeros tres días en Hawaii fueron como pisar el infierno con ropa de abrigo puesta. Solo que al revés. Al parecer la lluvia tenía algo personal contra mí, porque había estado lloviendo de forma intermitente todo ese tiempo.

El día siguiente a mi llegada fui a Honolulu y logré comprar algunos básicos para los días que iba a estar allí. Usar ropa de Piper me gustaba, pues mi amiga tenía un gusto exquisito, pero no quería ni pensar en la posibilidad de mancharle algo y tener que pagarlo, porque Piper era de gustos caros. Podía permitírselo, desde luego, pero yo no estaba en su nivel económico. Ni siquiera sabía lo que valía el vestido que me puse el primer día pero apostarí a que esa única prenda equivalía al valor de un cuarto de mi armario, si no más.

En aquellos instantes necesitaba restar ansiedad a mi vida, no sumar más, así que estuve contenta de comprar varios vestidos y bikinis que se adecuaban a mi presupuesto y no me hacían sufrir con el simple hecho de llevarlos encima.

De todas formas, el tema de la ropa resultó ser lo de menos. Lo de más era el compañero de casa que tenía y que llevaba tres días haciéndome la vida imposible.

Aunque igual eso era un poco exagerado teniendo en cuenta que me había ignorado la gran parte del tiempo.

Tal vez ese era el problema.

No que me ignorara como tal, pero sí que hacía como si de verdad estuviera solo.

Por ejemplo, tenía la irritante manía de levantarse al amanecer y, si bien es cierto que mi habitación quedaba alejada de la suya, no podía evitar oír cómo se dirigía a la cocina y se peleaba con la cafetera. ¡Lo había hecho las tres mañanas que llevábamos conviviendo juntos! Hacía tanto ruido para preparar un maldito café que aquella mañana no me había resistido más y fui a acusarlo de hacerlo a propósito para despertarme. Le grité que era un ogro maleducado y él me dijo que no tenía la culpa de que yo fuera una princesita dormilona.

Lo que no sabía era que necesitaba dormir un poco más por las mañanas porque las noches se me hacían eternas llorando por mi mala suerte. Me daban las tres o cuatro de la madrugada mirando al techo y sintiendo cómo mis lágrimas rodaban por mi cara hasta empapar el colchón. Suena melodramático pero estaba viviendo una ruptura realmente dolorosa.

O peor que eso, estaba viviendo algo que yo sentía como una humillación, porque durante toda mi vida hice planes perfectos de una vida perfecta que en aquel instante se había desmoronado de buenas a primeras.

¡Y el idiota con el que compartía refugio no sabía hacer ni un triste café sin parecer que estaba en construyendo con sus propias manos la cafetera! Cuando me acusó de ser dormilona estuve a punto de gritarle los motivos de mi cansancio, pero me contuve. Sumé lo poco que sabía de él por experiencia propia, con lo mucho que había oído de Piper cuando se quejaba de él, y decidí que no era alguien comprensivo ni merecedor de conocer mis miserias.

Más de lo que ya las conocía, porque recordemos que me había oído en el avión mientras me desahogaba. Pero es distinto, mi objetivo no era que lo escuchara él. Lo hizo porque resultó ser un cotilla metomentodo.

Luego estaba el tema de la comida. Si con el café era minucioso, con la comida rozaba lo obsesivo. Cada día elegía su propio menú teniendo en cuenta los nutrientes necesarios para seguir siendo un

tío con más músculos que cerebro y luego se empeñaba en cocinar en consecuencia a eso. De modo que mis patatas fritas de bolsa y mis tarrinas de helado no eran bien recibidas en la cocina. Me acusaba de estar envenenando mi cuerpo, yo le gritaba que era un idiota porque no sabía de qué otra forma defenderme y volvíamos a no hablarnos hasta el siguiente conflicto, que normalmente estaba relacionado con sus entrenos.

¿Por qué sentía Landon que tenía que poner la música a todo volumen para entrenar en vez de usar auriculares? Era algo que escapaba a mi lógica.

Le dije que por favor usara auriculares, que para algo se inventaron. Me dijo que lo que tenía que hacer era dejar de mirarlo y cosificarlo.

Y volví a gritar.

¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Entrenaba en medio de cualquier parte sin camiseta y con un pantalón tan corto que podía ver perfectamente cómo se tensaban los músculos de sus muslos! Era casi obsceno y me encargué de dejarle muy clara mi opinión. Pero solo sonrió y dijo que lo que me pasaba era que me encantaba, pero era una reprimida.

¡No era ninguna reprimida! Simplemente quería tener unas normas de convivencia básicas.

Por eso el tercer día, al llegar a casa después de un paseo que había pretendido que fuera relajante, lo busqué para tener una charla con él.

Estaba en la piscina haciendo largos, aprovechando que el tiempo nos estaba dando un respiro. Y madre mía... el modo en que incluso con el agua salpicando podía ver sus hombros tensos era espectacular. El problema de Landon no era su cuerpo, que rozaba la perfección. El problema de Landon era que abría la boca y perdía todo el atractivo.

Cada vez entendía más a Piper cuando me decía que su hermano podía resultar exasperante, aunque lo adoraba y estaba claro que mataría por él. Supongo que en el fondo siempre le ganaba la lealtad fraternal, pero yo no tenía ese problema, así que en mí solo habitaban la rabia acumulada por mi mala suerte y sus intentos de sacarme de mis casillas constantes.

No era una buena mezcla para un cóctel, sino más bien todo lo contrario.

—Eh, tú, sal del agua, quiero hablar contigo —dije cuando me situé en el borde de la piscina.

Landon se puso de pie, enseñándome su glorioso torso desnudo que intenté no mirar por todos los medios, se quitó las gafas de natación y sonrió de un modo que me hizo tragar saliva. Después puso sus manazas alrededor de mis tobillos, tensándome.

—Hola, fierecilla. ¿Cómo estás, aparte de enfadada por algo que solo existe en tu imaginación una vez más?

—Suéltame ahora mismo —masqué entre dientes dando un paso atrás—. Tenemos que hablar.

—Tú dirás.

—Cuando salgas.

—¿Por qué?

—¡Porque vamos a tener una conversación y necesito que estés a mi misma altura!

—Cielo, soy mucho más alto que tú. Si salgo, tus ojos quedarán a la altura de mis abdominales y ya hemos quedado en que eso no te gusta.

Lo detestaba con todas mis fuerzas. ¡Era insoportable!

—Mis ojos no están a la altura de tus abdominales —protesté—. Y ser tan vanidoso no es bueno ni atractivo, te lo he dicho muchas veces.

—Lo sé, pero dado tu historial, permíteme que ignore por completo tus consejos.

Apreté los dientes y, un segundo después, tomé aire con fuerza. Aquello no iba a ser fácil. Nada con Landon lo era, pero teníamos que poner normas básicas de convivencia sí o sí.

De allí no iba a moverme hasta que lo consiguiera y él pareció darse cuenta, porque suspiró con dramatismo y nadó hacia las escaleras para salir.

Salió e intenté con todas mis fuerzas no babear, pero había momentos en que tenía que recordarme con mucha fuerza que Landon era un cretino, porque verlo anulaba mis pensamientos.

Se acercó a mí y preparé mentalmente todo lo que iba a decirle para mejorar nuestra convivencia, pero entonces llegó a mi altura, pasó por mi lado y... se fue. ¡Se fue!

—¡Eh! ¿A dónde crees que vas?

—Voy a salir —dijo sin mirarme siquiera.

—¡Te he dicho que tengo que hablar contigo!

Landon paró y me permitió ver su gloriosa espalda en todo su esplendor. Después giró lentamente y me miró de un modo que me puso nerviosa.

—Hablaré contigo cuando no me lo ordenes, fierecilla.

—Tenemos que poner normas de convivencia.

—Yo no te molesto a ti y tú no me molestas a mí. Esa es la única norma que necesitamos.

—¡Pero sí que me molestas!

Landon tuvo el descaro de sonreír.

—Bueno, me refería a cosas molestas de verdad, no al hecho de que mi simple existencia te haga sufrir. —Intenté protestar, pero él

siguió hablando—. Y en cualquier caso, como voy a salir, vas a tener todo lo que resta de día para estar tranquila, feliz y en paz.

—¿Por qué sueñas sarcástico?

Landon soltó una risa ronca que en cualquier otro hombre me habría encantado.

—Porque en algún momento tendrás que entender que yo no soy la razón por la que no puedes estar tranquila, feliz y en paz, sino tú misma.

Y sin más, dio la vuelta de nuevo y se fue, esta vez sin detenerse ante mis protestas.

Lo odiaba, era un hecho.

Odiaba a Landon con todas mis fuerzas.

Y odiaba aún más la idea de que hubiera aunque sea una mínima posibilidad de que tuviera razón.

4

Landon

Abrí la puerta y entré en casa deseando que Spencer estuviera algo más tranquila. O que su sesión de llantos hubiese empezado y no estuviera en las zonas comunes.

Ella no lo sabía, pero mi única intención al hacer tanto ruido por la mañana era precisamente despertarla. No me parecía sano que cada noche se durmiera de madrugada llorando por un capullo. En algún momento el cansancio haría mella en ese pequeño cuerpo y empezaría a dormir de noche y estar ocupada de día. Incluso podía ocupar parte de su día en llorar, si así lo quería, y de ese modo yo no tendría que soportarla persiguiéndome y riñéndome por todo.

Era como tener un grano en el culo. Un grano precioso, eso sí, porque la amiga de mi hermana era un caramelito visualmente, aunque mentalmente fuera un deshecho de emociones.

No tuve suerte. Spencer estaba en el sofá viendo una película, pero al menos no estaba llorando... todavía. Porque había decidido ponerse una de esas románticas y dramáticas que acabarían con ella hecha un mar de lágrimas.

—Oh, empezaba a guardar la esperanza de que hubieras vuelto al infierno del que saliste sin avisar —me dijo cuando se percató de mi presencia.

Me reí. En el fondo me gustaba eso de Spencer. No me lo ponía fácil. En realidad, le importaba bastante poco lo que yo pensara de ella y no se esforzaba ni siquiera un poco en hacerme feliz. Suena vanidoso, pero no estaba acostumbrado a ese trato de las mujeres. Hasta el momento, la única que me pateaba el culo a diario, metafóricamente hablando, era mi hermana.

No me extrañaba que fueran tan buenas amigas, porque tenían el mismo carácter mandón y, en el fondo, adorable.

Debería haber pasado de ella y haberla dejado en paz, pero al parecer era un poco masoquista, porque me senté a su lado sin pedir permiso y señalé la tele.

—¿Qué ves?

—Nada que te interese.

—Tienes razón. Tiene toda la pinta de ser una peli de esas que hacen suspirar a las mujeres solo para después ponerlas a llorar.

—¿Sabes, Landon? No somos tan facilonas como tú crees.

—Yo tampoco soy tan idiota como piensas.

—¡Ja! Apuesto a que no serías capaz de valorar la sensibilidad de *Antes del amanecer* sin dormirte.

—Así que esa es la peli... —Reflexioné—. Bueno, probemoslo.

—¿Qué?

—Que voy a quedarme a ver la peli contigo, fierecilla. Así podrás decirme al acabar cómo ando de sensibilidad.

—No, de eso ni hablar. ¡Este es mi momento de estar tranquila y sola!

—Llevas todo el día sola. Tranquila no sé, lo dudo, pero no ha sido por mi presencia, sino porque no sabes relajarte.

—¡Sí que sé! —se enfurruñó de un modo tan adorable que me reí, lo que solo ayudó a empeorar las cosas—. ¡Eres un imbécil!

—Deberías aprovechar las horas que no estoy para ensayar más insultos. Empiezas a ser muy repetitiva.

—Landon, en serio, vete a tu habitación.

—Estoy en mi casa, Spencer. No puedes ordenarme qué hacer y qué no.

—Pero puedo llamar a Piper e informarle de tu paradero.

Mierda. Aquello no me convenía. Necesitaba unos días más para que mi amigo y socio se calmara. ¡Necesitaba que todo el mundo a mi alrededor se calmara!

—Vamos, fierecilla, no seas así. Prometo portarme muy bien mientras vemos tu bodrio de peli sentimentaloides.

Me miró fatal pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, decidió ceder. Se acomodó en el sofá, cruzando las piernas como los indios y se puso a ver la tele ignorándome por completo, lo que me dio la opción de mirarla de reojo en más de una ocasión.

Llevaba puesto un pijama consistente en una camiseta sin mangas y un pantalón tan cortito que no pude evitar pensar en el cuerpazo que tenía. Era una verdadera lástima que Spencer estuviera tan pirada, porque tenía un cuerpo diseñado para volver loco a cualquier hombre. Y una chispa que no abundaba demasiado.

En un momento dado se estiró y abrió los brazos mientras bostezaba, lo que me permitió ver sus pezones marcados a través de la fina tela. ¿Estarían erectos por algo, o los tenía así de apetitosos de forma natural?

Me tensé al darme cuenta de lo que estaba haciendo. Aquella mujer estaba despechada, triste y además era la mejor amiga de mi hermana Piper. Fijarme en sus pezones era la última cosa que debería estar haciendo si no quería tener más problemas de los que ya tenía.

Pero, joder, se intuían como pequeños botones listos para chupar y lamer hasta que...

Me concentré en la peli. La puta peli que ni siquiera entendía. Suponía que era un clásico del romanticismo o algo así, pero yo lo único que quería era averiguar si aquella duda tan intensa que me había surgido acerca de los pezones de Spencer podía ser resuelta o no.

Llevaba demasiado tiempo sin sexo.

Aunque pudiera parecerlo, por haber sufrido una ruptura reciente, hacía un tiempo que no me acostaba con mi ex, porque todo estaba deteriorándose por momentos. Era un tío activo sexualmente, siempre había gozado de un deseo que a menudo tenía que satisfacer, o empezaba a comportarme como un mono cachondo. No era algo que me gustara admitir, pero el caso era que necesitaba mi ración de orgasmos y, obviamente, no podían provenir de la fuente que tenía a mi lado.

No, pensé mientras la volvía a mirar de reojo. Aquella mujer menuda, preciosa e histérica no podía ser mi nuevo objetivo, ni siquiera de un modo sexual, así que más me valía irme a mi dormitorio, tumbarme y hacer lo que todo hombre maduro hace en esta situación: masturbarme fantaseando con ella o cualquier otra cosa hasta correrme.

Y estaba a punto de hacerlo, pero entonces ella suspiró melodramáticamente y volvió a reacomodarse en el sofá.

—Si todos los hombres fueran tan profundos y románticos como los de las películas, la vida sería un lugar mejor —murmuró.

—O un aburrimiento. Esta peli es insufrible.

—¡Esta peli es un clásico y, si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer!

Fue la oportunidad para tener una salida que no le hiciera pensar que tenía pensamientos morbosos con ella y su cuerpo y por eso quería largarme.

Me levanté con gesto melodramático, como si me estuviera marchando un poco en contra de mi voluntad.

—Cuando quieras ver una peli buena de verdad, me avisas.

Gruñó algo, pero no la escuché. Me marché a mi habitación, me desnudé, me di una ducha, salí, me puse un boxer y me tumbé en la cama convencido de que solo había tenido un pico de morbo llevado

por la falta de sexo, pero entonces volví a pensar en esos pezones del demonio y lo siguiente que recuerdo es que mi mano estaba en mi polla, mis ojos estaban cerrados y mi mente imaginaba el color, la forma exacta y a qué sabrían aquellos dos preciosos botones.

Al acabar pensé que tal vez había llegado el momento de buscar un poco de diversión sexual en Hawaii.

Un poco de diversión sexual que en ningún caso podía venir de la chica con el corazón roto con la que estaba viviendo de manera provisional.

5

Spencer

Otra vez el maldito sonido de la cafetera me despertó de buena mañana.

Resoplé indignada, me incorporé sobre el colchón y cogí el móvil con la firme intención de mandarle un mensaje a Piper. Un mensajito rápido del estilo: «Tu hermano está aquí y es un ogro insoportable». Con un poco de suerte, Landon tendría que salir huyendo a buscarse otro escondite y otra víctima a la que torturar con su existencia.

Lástima que mi impulso asesino quedara interrumpido al revisar las notificaciones y ver que tenía un correo nuevo. Era del hotel donde Elliot y yo íbamos a pasar la luna de miel.

Lo abrí esperando encontrar un mensaje confirmando la cancelación de la reserva. Al fin y al cabo, Elliot me había jurado que se encargaría personalmente de anular todo lo relacionado con la boda y el viaje.

Sin embargo, el asunto del correo decía otra cosa muy distinta.

Asunto: Bienvenidos a Coral Paradise Maldives

Estimada Sra. Brooks:

Es un placer darles la bienvenida a Coral Paradise Maldives.

Esperamos que usted y su esposo disfruten de una estancia inolvidable en una de nuestras villas sobre el agua y que esta luna de miel esté llena de momentos únicos.

Su reserva ha sido registrada correctamente y nuestro equipo ya tiene preparada la experiencia romántica incluida en su paquete de bienvenida.

Si desean organizar alguna actividad adicional durante su estancia, estaremos encantados de ayudarles.

Les deseamos unas felices vacaciones.

Atentamente,

Guest Experience Team

Coral Paradise Maldives

Parpadeé, primero confusa, y luego notando como una idea empezaba a formarse en mi cabeza. ¿Elliot había ido de luna de miel sin mí?

Negué con fuerza. No. Imposible. No podía ser tan cabrón como para gastarse el dinero que, en teoría, nos iban a devolver por la cancelación.

Cerré el correo y abrí Instagram con un nudo en el estómago. Busqué su nombre en el buscador y, para mi sorpresa, no apareció. Fruncí el ceño. Elliot llevaba años con la misma cuenta, así que aquello no tenía ningún sentido.

Probé entonces a buscarlo entre las personas a las que seguía y tampoco estaba allí. Tragué saliva. Una sensación desagradable empezó a recorrerme el cuerpo mientras intentaba convencerme de que debía de tratarse de algún fallo de la aplicación.

Salí de Instagram, volví a entrar y repetí la búsqueda. El resultado fue exactamente el mismo.

Entonces dejé escapar el aire lentamente y sentí un dolor sordo atravesarme el corazón. Elliot me había bloqueado. No había duda. El muy cretino me había bloqueado y eso solo podía significar una cosa: tenía algo que esconder.

Me levanté de un salto de la cama, bajé las escaleras casi corriendo y me dirigí directa a la cocina. Allí me encontré a Landon peleándose con la cafetera como todas las malditas mañanas.

—Buenos días, fierecilla. —Una sonrisa lenta se dibujó en sus labios—. ¿Olvidaste vestirme antes de bajar?

Mierda.

Con las prisas me había olvidado ponerme el pantalón del pijama. Hacía tanto calor en la habitación que había decidido dormir solo con una camiseta corta y unas bragas, así que digamos que dejaba bastante poco a la imaginación.

Pero, en aquel momento, aquello era lo de menos.

Había prioridades.

Ignoré descaradamente la forma en que sus ojos me recorrieron de arriba abajo y extendí la mano hacia él.

—Necesito tu móvil.

Arqueó una ceja.

—¿Perdón?

—Tu móvil. Déjamelo un momento.

Me observó con expresión desconfiada.

—¿Y para qué lo quieres?

—Para hacerme un selfi y ponértelo de fondo de pantalla. ¿Tú qué crees? Porque lo necesito.

—La última vez que alguien me dijo eso acabé con un cargo de tres mil dólares en la tarjeta.

—Tranquilo, no pienso comprar un unicornio por internet. Solo déjamelo.

—Eso ha sonado exactamente a lo que diría alguien que va a comprar un unicornio por internet.

Empecé a perder la paciencia.

—¿Me lo vas a dejar o no?

Dudo unos segundos, pero finalmente suspiró, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón gris de chándal y me lo tendió.

—Si le pasa algo, tendrás que vender un riñón para pagármelo.

Lo ignoré, abrí Instagram y enseguida aparecieron sus notificaciones, seguidas de un desfile interminable de influencers en bikini. Qué sorpresa. Puse los ojos en blanco, escribí el nombre de Elliot en el buscador y... allí estaba.

Sentí un vuelco en el estómago.

Elliot tenía el perfil público. Porque, al parecer, además de ser un cabrón era un auténtico incompetente. Si bloqueas a tu ex para que no vea lo que haces con tu vida, quizá también deberías acordarte de que existe el resto de internet.

Entré en su perfil.

La última publicación era una foto suya tumbado en una hamaca frente a un mar de un azul imposible. El pie de foto decía: «A veces, para volver a empezar, primero hay que dejar atrás aquello que ya no te hace feliz.»

Qué víctima. Había destrozado mi vida y encima pretendía dar pena.

Fue entonces cuando me fijé en un detalle que me había pasado desapercibido. En un extremo de la fotografía aparecía una mano femenina apoyada sobre la hamaca de al lado. Era una mano pequeña, con las uñas cuidadas y un anillo fino en el dedo anular.

Abrí las historias destacadas.

Primera historia: una villa sobre el agua.

Segunda: una copa brindando frente al atardecer.

Tercera: una piscina infinita.

En todas aparecía la misma mano. Nunca enseñaba a la mujer por completo, pero ahí estaba, entrando en el encuadre de forma casi accidental, como si Elliot creyera que aquello bastaba para ocultar que no estaba solo.

Lo estaba viendo.

El muy hijo de puta se había ido a nuestra luna de miel con ella.

—Oye... ¿me vas a explicar qué demonios pasa?

Apreté tanto los dientes que me sorprendió no romperme una muela.

—Lo que pasa es que los de tu género sois todos unos auténticos imbéciles. ¡No os basta con rompernos el corazón! No. Además tenéis que ir de víctimas por Instagram mientras os gastáis el dinero de la luna de miel con la siguiente.

Frunció el ceño.

—Vale... tengo la sensación de que me he perdido varios capítulos.

En ese momento mi móvil empezó a sonar al ritmo de *I Will Survive*. Piper.

Le devolví el teléfono a Landon y deslicé el dedo sobre la pantalla.

—¿Has visto el Instagram de Elliot?! ¡Tía, qué fuerte! ¡Se ha ido sin ti de luna de miel!

Ni siquiera se molestó en decir «hola», aunque tampoco podía culparla. Si yo hubiera descubierto que a mi mejor amiga le acababan de hacer algo así, probablemente también habría olvidado cualquier norma básica de educación.

Landon reconoció la voz de su hermana al instante. Levantó la cabeza como un resorte y empezó a hacerme gestos desesperados con las manos, señalándose a sí mismo y negando con la cabeza una y otra vez.

Básicamente estaba diciendo: «No le digas que estoy aquí.»

—Sí, lo acabo de descubrir. Aunque he tenido que usar otra cuenta, porque el muy cobarde me ha bloqueado.

—Pensaba que habíais quedado en cancelar la reserva.

—Yo también. Aunque eso no es lo peor. ¿Te has fijado en la mano que sale en todas las fotos? Parece casualidad, como si

alguien hubiera pasado por allí justo en el momento de hacer la foto, pero aparece en todas. En las publicaciones, en las historias... siempre la misma mano. Yo apostaría lo que fuera a que no está solo.

Al otro lado de la línea, Piper soltó una exclamación de pura indignación.

—Pues denúncialo.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Denúncialo, Spencer. O demándalo... ¡Se ha ido de viaje con tu dinero! Eso tiene que ser ilegal. Déjame hacer una llamada. El equipo legal de la empresa de mi hermano es brutal. Seguro que pueden ayudarte.

Al escuchar aquello, Landon estuvo a punto de atragantarse con el café y empezó a negar con la cabeza con tanta energía que parecía uno de esos muñecos de salpicadero.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Piper, no es necesario. Bastante humillante es todo esto como para meter también a un ejército de abogados. No pienso involucrar a tu hermano ni a su empresa en mis dramas.

Piper suspiró.

—Está bien. Aunque, si en algún momento necesitas ayuda para perpetrar un delito sin dejar pruebas forenses, ya sabes dónde encontrarme. Después de tantas horas viendo *true crime*, tengo un máster honorífico en cómo no acabar en la cárcel.

No pude evitar sonreír.

—Vale, gracias. Eres la mejor.

—Lo sé. —Se echó a reír—. Oye, por cierto... ¿quieres que te cuente un cotilleo sobre mi hermano?

Alcé la vista hacia Landon. Acababa de cerrar los ojos y se masajeaba el puente de la nariz como quien intenta evitar una migraña. Cuando notó que lo estaba mirando, abrió un ojo y empezó a negar muy despacio con la cabeza, suplicándome en silencio que no le siguiera el juego.

No pude evitar disfrutar un poquito de aquel momento.

—Claro, cuéntame.

La expresión de derrota de Landon fue gloriosa.

—Ayer me llamó Henry. Ya sabes, su socio...

Aunque estuviera a miles de kilómetros de distancia, habría jurado que acababa de sonrojarse. Piper llevaba años coladita por Henry y era incapaz de pronunciar su nombre sin que se le iluminara la voz.

—¿Y?

—Pues resulta que mi hermano ha roto con su novia, que era la hermana de Henry, y ahora ha desaparecido del mapa. Henry lleva días buscándolo porque dice que quiere partirle la cara por lo que ha hecho.

Lancé una rápida mirada a Landon.

Seguía inmóvil, pero ahora tenía la mandíbula tan tensa que empezaba a preocuparme que fuera a desencajársela.

—Vaya. Parece que últimamente hay una epidemia de hombres que abandonan a sus novias y salen corriendo como cobardes.

—Ya ves. Aunque no sé en qué estaba pensando mi hermano cuando empezó esa relación. Nunca ha sido precisamente un experto en mantener relaciones serias.

—Pues esta vez la ha liado bien.

—Y que lo digas. En fin, ya me contarás qué haces con lo de Elliot. Y, por favor, no te encierres a llorar. Llámame antes, ¿vale?

—Lo haré. Gracias, Pipe.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Colgué la llamada y miré a Landon. Estaba apoyado en la encimera, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la resignación y las ganas de estrangular a su hermana.

—¿Así que por eso te escondes de tu socio?

Landon soltó un suspiro cansado.

—No quiero hablar de mi vida privada. Y, si puede ser, te agradecería que no volvieras a hablar de ella con Piper.

Lo ignoré.

—¿La engañaste?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy un cabrón infiel?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Pero teniendo en cuenta lo que acabo de descubrir sobre Elliot y lo que acabo de escuchar sobre ti... comprenderás que las estadísticas no juegan precisamente a tu favor.

—No te debo ninguna explicación, pero no, no le puse los cuernos. Solo dejé de estar enamorado. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Quedarme con ella por pena?

Lo observé unos segundos en silencio.

—No. Supongo que no. Pero tampoco creo que desaparecer del mapa mientras tu ex llora y su hermano quiere partírte la cara sea precisamente un ejemplo de madurez. —Vi cómo apretaba la mandíbula otra vez, pero ya había tenido suficiente conversación trascendental por un día—. En fin. Me voy al salón a ver otra película romántica de esas que tanto odias. Y, por favor, esta vez abstente de unirte. Ya ha quedado demostrado que no las entiendes.

Lo dejé plantado en la cocina y me dejé caer en el sofá. Pulsé el botón de reproducir y esperé que, por una vez, la ficción fuera menos dolorosa que mi vida.

6

Landon

Estaba jodido.

Y no de forma literal. Ojalá. Estaba jodido de la forma menos divertida que existe. Porque, al parecer, compartir casa con Spencer implicaba asumir que mi cerebro y mi polla habían dejado de trabajar en el mismo equipo.

No podía evitarlo. Por algún motivo, cada vez que me contestaba de malas maneras con esa boca insolente y esos ojos brillando de pura chulería, mi imaginación empezaba a recorrer caminos francamente poco recomendables.

Era superior a mí. Algún tipo de instinto primitivo que escapaba por completo a la razón.

Y eso era precisamente lo que más me molestaba.

Me gustaban las mujeres. Mucho. Muchísimo. Pero, por encima de todo, siempre había sido un tipo racional. De los que podían entrar en una habitación llena de féminas espectaculares, mantener una conversación perfectamente civilizada y salir de allí sin comportarse como un adolescente salido.

Con Spencer, en cambio, toda esa racionalidad se iba de vacaciones.

Para empezar, no me comportaba como un caballero. Más bien al contrario. Discutir se había convertido en nuestro idioma oficial. Y sí, admito que buena parte de la culpa era mía. Descubrí demasiado pronto que meterme con ella era absurdamente divertido. Bastaba un comentario bien elegido para que frunciera el ceño, me llamara imbécil y empezara a echar chispas.

El problema era que cuanto más se enfadaba... más guapa me parecía. Y más jodido me sentía, porque más ganas tenía de dejar de pensar con la cabeza y empezar a pensar con el resto del cuerpo.

Pero, joder, era la mejor amiga de mi hermana.

Piper jamás me perdonaría que me acostara con Spencer. Todavía recordaba el día, siendo adolescentes, en que me hizo prometer que nunca intentaría nada con ninguna de sus amigas. Según ella, los hermanos mayores existíamos únicamente para espantar a los novios, no para ligar con sus mejores amigas.

Lo irónico era que esa norma solo funcionaba en una dirección. Porque ella llevaba años colgada de Henry, mi mejor amigo y socio, y no parecía tener ningún problema de conciencia al respecto. Si Henry le diera la más mínima oportunidad, Piper se olvidaría de sus principios antes de que pudiera decir «hipocresía». Así que, si ella podía saltarse sus propias reglas cuando le convenía... ¿por qué no iba a poder yo?

Y, antes de darme cuenta, ya llevábamos una semana compartiendo techo.

Como cada mañana, me desperté temprano para trabajar un par de horas. Mi empresa podía soportar que estuviera en paradero desconocido, pero no que dejara de dirigirla.

Después bajé a la cocina a cumplir el ritual más importante del día: preparar café antes de que Spencer apareciera para acusarme, una vez más, de hacer demasiado ruido.

Puse en marcha la cafetera y empecé a trastear como si estuviera desactivando una bomba. Apenas habían pasado unos segundos cuando escuché el inconfundible sonido de unos pasos sobre mi cabeza. Sonreí para mis adentros. Después llegaron los de la escalera.

Misión cumplida.

Cuando apareció en la cocina, lo primero que pensé fue que era una auténtica lástima que aquella mañana sí se hubiera acordado de ponerse los pantalones del pijama. Verla el día anterior con aquella camiseta corta y unas simples bragas había sido un atentado contra mi fuerza de voluntad.

Llevaba el pelo completamente despeinado, todavía con marcas de la almohada en una mejilla y esa expresión de mal humor que parecía haberse convertido en su estado natural desde que nos conocíamos.

No entendía cómo era posible que una mujer pudiera parecer tan adorable y tan gruñona al mismo tiempo.

Era como contemplar un gatito enfadado.

—Voy a coger el coche. Me han llamado del aeropuerto para decirme que han encontrado mi maleta. Por fin una buena noticia.

Arqueé una ceja.

—¿Seguro que es una buena noticia, fierecilla? Porque tienes exactamente la misma cara que cuando vienes a decirme que hago demasiado ruido con la cafetera.

—Eso es porque sigues haciendo demasiado ruido con el café. Y porque he vuelto a entrar en el Instagram de mi ex y he visto que ahora mismo está haciendo una excursión privada en hidroavión sobre las Maldivas mientras yo estoy aquí... discutiendo contigo.

—¿Ya te ha desbloqueado? —pregunté, extrañado. El día anterior había tenido que pedir prestado mi móvil para cotillear su perfil.

—No. Pero soy lista. Me he creado otra cuenta.

Asentí despacio. Realmente seguía enfadada con el mundo entero. Y, siendo sincero, no podía culparla. Su ex era un auténtico cabrón. No porque hubiera dejado de quererla. Eso, por desgracia, podía pasar. Sino porque había decidido irse de luna de miel con otra mujer utilizando el mismo viaje que habían planeado juntos.

Había que ser un hijo de puta de categoría profesional.

—Vale, pues desayuna algo, arréglate y nos vamos.

Frunció el ceño.

—Querrás decir «me voy». Porque nadie te ha pedido que me acompañes.

—No me lo has pedido, pero voy a hacerlo igualmente.

—¿Y eso por qué?

Me encogí de hombros.

—Porque el otro día, cuando bajaste sola a Honolulu, el coche volvió con una buena raya en el lateral.

Abrió mucho los ojos.

—¡Eso no fue culpa mía! Alguien tuvo que rozarlo mientras estaba aparcado.

—No he dicho que fuera culpa tuya. Solo que prefiero que el coche familiar no siga coleccionando recuerdos de tus excursiones.

Se preparó un par de tostadas, se sirvió una taza de café recién hecho, me lanzó una mirada cargada de odio y desapareció escaleras arriba.

Esperé a escuchar cómo se cerraba la puerta de su habitación.

Después negué con la cabeza y sonreí para mis adentros.

Definitivamente tenía un problema.

Porque acababa de descubrir que incluso cuando me miraba como si quisiera estrangularme... seguía pareciéndome la mujer más guapa que había visto en mucho tiempo.

Esperé a Spencer en el coche mientras entraba en el aeropuerto a recoger su maleta. ¿Le miré el culo al alejarse? Probablemente. Aquel día estaba demasiado guapa como para fingir lo contrario. Llevaba unos shorts vaqueros tan cortos que dejaban al descubierto unas piernas interminables y una blusa blanca anudada a la cintura que permitía asomarse a un pequeño trozo de piel justo encima del ombligo. Era una combinación sencilla, veraniega y condenadamente efectiva.

Unos minutos después regresó arrastrando la maleta. La cargó en el maletero, rodeó el coche y se dejó caer en el asiento del copiloto.

—Ya podemos volver.

Asentí, pero en lugar de tomar la carretera hacia casa, tomé la salida hacia el centro de Honolulu.

—¿Qué haces? —Spencer me miró con las cejas arqueadas al descubrir que no regresábamos.

—Sacarte de casa. Llevas una semana llorando, viendo películas que consiguen que llores todavía más y dándole vueltas al mismo asunto una y otra vez. Se suponía que habías venido a Hawái para desconectar, no para convertir la casa en un santuario del drama.

Abrió la boca para replicar.

La cerró.

Gruñó por lo bajo y cruzó los brazos contra el pecho mientras volvía la vista hacia la ventanilla.

Sonreí. No era fácil ganarle una discusión a esa fierecilla.

A esa hora las calles estaban llenas de vida. Turistas con cámaras colgadas al cuello se mezclaban con surfistas que caminaban descalzos cargando la tabla bajo el brazo, mientras grupos de amigos salían de pequeñas cafeterías con vasos gigantes de café helado.

El aire olía a mar, y de fondo sonaba un ukelele callejero que conseguía que incluso el tráfico pareciera ir a otro ritmo.

Aparqué el coche en uno de esos parkings de varias plantas y, en cuanto salimos a la calle, Honolulu nos envolvió de golpe.

—¿Y ahora qué? —preguntó Spencer.

—Ahora voy a enseñarte la ciudad.

Entrecerró los ojos.

—Ya conozco la ciudad. Vine de compras el otro día, ¿recuerdas?

—¿Y viste algo además de las tiendas de ropa? —Guardó silencio y yo sonreí—. Eso pensaba. Así que hoy toca turismo de verdad. Sacarás unas cuantas fotos, comeremos en el mejor sitio de poke de la isla y, cuando acabemos, podrás volver a casa y retomar tu programación habitual de dramas y autocompasión.

Sin esperar a que aceptara mi programa, eché a andar calle abajo y, tras unos segundos de duda, Spencer me siguió.

Caminamos por el centro de Honolulu entre edificios modernos, pequeñas galerías comerciales y mercados donde vendían fruta tropical recién cortada, camisas hawaianas y collares de flores. Poco a poco el bullicio fue dando paso al olor del mar hasta que desembocamos en el paseo de Waikiki.

Desde allí el Pacífico parecía no tener fin y, al fondo, el perfil inconfundible del cráter de Diamond Head se recortaba sobre un cielo completamente despejado. Spencer se quedó quieta unos segundos antes de sacar el móvil y hacer varias fotografías del paisaje.

Un rato después nos sentamos en la terraza de un pequeño restaurante con vistas a la playa. Entre nosotros y el mar solo había un paseo lleno de corredores, familias y surfistas que regresaban del agua con la tabla bajo el brazo.

Había comido allí tantas veces que conocía la carta casi de memoria. Y, después de haber probado poke prácticamente en cualquier rincón de la isla, seguía convencido de que aquel era el mejor.

No tardó en acercarse un camarero hawaiano.

—Aloha.

Nos saludó con una sonrisa contagiosa y sacó la libreta para tomar nota.

—Dos poke de atún marinado. Y dos limonadas caseras.

Spencer giró la cabeza hacia mí.

—Eh, puedo pedir yo sola.

—Lo sé.

—Entonces...

—Confía en mí. Dentro de diez minutos querrás casarte conmigo.

Puso cara de disgusto absoluto.

—Déjame que lo dude. Ya estuve prometida una vez y la experiencia no fue precisamente un éxito como para querer repetir.

No pude evitar sonreír. Ahí estaba. Esa lengua afilada que tanto me sacaba de quicio...y que mi cuerpo seguía empeñado en considerar increíblemente sexy.

En un momento dado, mientras esperábamos la comida, Spencer se inclinó hacia delante para apoyar los codos en la mesa. La blusa blanca se le tensó ligeramente sobre el pecho y yo, como un idiota, no pude evitar mirar. Cuando levanté los ojos, ella me estaba mirando.

Pillado.

—¿Estás mirando mis tetas?

—Estaba mirando el paisaje.

—El paisaje está detrás de mí.

—Pues entonces estaba mirando el paisaje a través de ti.

Puso los ojos en blanco, pero la comisura de sus labios se curvó. Y yo supe que no me había creído ni una palabra.

En cuanto el camarero dejó los platos sobre la mesa, Spencer observó el suyo con cierto recelo.

—Pruébalo —le sugerí.

Pinchó un trozo de atún con el tenedor, lo llevó a la boca y empezó a masticar. Esperé. Vi cómo intentaba mantener una expresión neutra, pero la comisura de sus labios terminó traicionándola.

—Odio admitirlo... pero está increíble.

—Te dije que dentro de diez minutos querías casarte conmigo.

Puso los ojos en blanco una vez más mientras daba otro bocado.

—No te emociones. Me casaría con el cocinero. Tú solo has tenido la suerte de saber dónde traerme.

Solté una risa.

—Eso también tiene su mérito.

Durante unos minutos nos limitamos a comer en silencio. Fue ella quién decidió hablar primero:

—¿Vienes mucho a Hawái?

Me encogí de hombros.

—Una o dos veces al año. Ojalá pudiera venir más. Me encanta este sitio, pero los negocios no entienden de vacaciones.

Asintió despacio.

—Piper me contó que tus padres compraron la casa antes de que nacierais.

Sonreí al pensar en ellos.

—Sí. La mayoría de la gente con dinero termina comprándose una casa en los Hamptons, en Martha's Vineyard o en Nantucket. Mis padres, en cambio, decidieron hacerlo aquí.

—¿Por qué?

—Porque se conocieron en esta isla. Los dos habían venido por separado a pasar unas vacaciones, coincidieron en una excursión y el resto ya te lo imaginas. Cuando se casaron prometieron volver siempre que pudieran y, unos años después, compraron la casa. Mi madre decía que aquel era el único sitio del planeta donde mi padre era capaz de apagar el móvil más de una hora seguida.

Una sonrisa divertida prendió de sus labios.

—Así que la adicción al trabajo la heredaste de tu padre.

Asentí.

—Supongo que sí. Mi padre me enseñó que, cuando otras personas dependen de ti, las responsabilidades van primero.

—¿Y en qué trabajas exactamente? Porque, según Piper, siempre estás demasiado ocupado para llamarla. Así que espero que, como mínimo, estés salvando el mundo.

—Solo los lunes. El resto de la semana me conformo con intentar que no se incendie mi empresa.

Conseguí que se riera por primera vez desde que la conocía.

Y fue un error.

Porque, si la versión enfadada de Spencer ya me volvía completamente idiota, la que sonreía era letal para mi autocontrol.

Carraspeé, intentando recuperar el hilo de la conversación.

—Tengo una empresa de inteligencia artificial con Henry. Básicamente intentamos que los ordenadores hagan parte del trabajo para que los humanos podamos quejarnos de que nos van a quitar el trabajo.

Frunció el ceño.

—Suenas sospechosamente a que eres un villano de película.

Me reí.

—Nah. Por suerte la inteligencia artificial todavía no es tan inteligente. Seguimos siendo bastante difíciles de sustituir.

—Eso espero, porque si no mi trabajo será de los primeros en desaparecer.

Aquello consiguió captar toda mi atención.

—¿A qué te dedicas?

—Soy traductora. Igual que Piper. Nos conocimos en la facultad. ¿Nunca te lo había contado?

—Puede. Pero cuando Piper habla demasiado rato seguido llega un momento en el que mi cerebro deja de procesar palabras y solo escucho «bla, bla, bla».

Soltó una carcajada.

—Pobre Piper.

—Lleva sobreviviendo a ser mi hermana toda la vida. Ya está acostumbrada.

Pinchó otro trozo de poke.

—Traduzco películas y series. Y me encanta. Así que espero que la inteligencia artificial tarde mucho en aprender a hacer bien mi trabajo.

Terminamos el poke y, antes de volver al coche, la llevé a un pequeño puesto donde vendían fruta tropical recién cortada. Compré

un vaso enorme de piña, mango y papaya para cada uno y seguimos paseando sin rumbo fijo.

Por primera vez desde que la conocía, Spencer parecía... relajada. Incluso se rio un par de veces más.

Hasta que, de camino a casa, ya en el coche, la vi sacar el móvil.

Le bastó una mirada a la pantalla para que toda aquella versión de Spencer desapareciera.

Su sonrisa se desvaneció. Su mandíbula volvió a tensarse. Y el brillo de sus ojos se apagó.

—¿Qué pasa?

Suspiró.

—Es Elliot. Acaba de subir una foto.

Desvió la pantalla hacia mí. Salía fotografiando el mar desde el embarcadero de su villa. Parecía una imagen cualquiera... hasta que reparabas en la segunda toalla extendida sobre las hamacas: «Elegirte a ti mismo nunca debería ser motivo de culpa.»

Qué hijo de puta.

Volvió a guardar el móvil.

—¿Por qué sigue importándote lo que haga ese imbécil? Según todo lo que contaste en el avión, ni siquiera entiendo por qué querías casarte con él. Llevabais meses sin acostaros juntos. Y según contaste, ni siquiera era tan bueno en la cama.

Soltó un gruñido.

—No deberías tener esa información.

—Créeme, no quería tenerla. Pero tú decidiste convertir a la señora del asiento 18B y al resto de pasajeros del avión en tus terapeutas personales.

Resopló.

—Elliot fue mi primer novio serio. Yo siempre pensé que acabaríamos casándonos. Era... el plan. Mi plan. Y pensé que también el suyo. Está claro que me equivocaba.

—¿No te llamó la atención que llevarais meses sin acostaros?

Se encogió de hombros.

—Las relaciones pasan por etapas.

La falta de sexo rara vez era el problema. Casi siempre era una de las primeras consecuencias.

Pensé en Summer.

En el momento en que empecé a darme cuenta de que ya no sentía lo mismo por ella.

Lo primero que hice fue dejar de acostarme con ella. No me parecía justo seguir haciéndolo cuando, en el fondo, sabía que algo se había roto.

Seguí conduciendo en silencio, dándole vueltas a una cosa.

Spencer llevaba meses sin acostarse con nadie. Yo también. Digamos que nos encontrábamos en un punto parecido. Además estaba todo aquello de que ella me ponía muchísimo y las pajas en solitario empezaban a aburrirme.

¿Y si le proponía tener sexo? Sexo placentero y muy, muy sucio.

¿Piper querría matarme? Probablemente. Pero no tenía por qué enterarse. Ni siquiera sabía que estaba allí.

Cuando aparqué delante de casa ya había tomado una decisión.

Apagué el motor. Spencer estuvo a punto de bajar del coche, pero la detuve apoyando una mano sobre su muslo.

Me miró con sorpresa.

—Estaba pensando... ¿y si hacemos de esta convivencia forzada algo más interesante?

Noté cómo se tensaba bajo mi palma, pero no se apartó.

—No sé si te sigo.

—Solo digo que somos jóvenes, atractivos y estamos solteros. Y que, desde que llegaste, he pasado más tiempo pensando en cómo sonarías cuando te corres que en cualquier otra cosa. Es una pena perder el tiempo discutiendo cuando podríamos estar haciendo algo mucho más divertido.

Spencer apretó los muslos de forma instintiva. El gesto apenas duró un segundo, pero fue suficiente para contradecir la indignación de su mirada.

—¿Te has vuelto loco? Si apenas nos aguantamos.

—No necesitamos aguantarnos para follar.

Mis dedos siguieron subiendo y se colaron por debajo del dobladillo de sus shorts, rozando la piel suave y caliente del interior de su muslo.

—Eres un cerdo.

Me acerqué, hasta que mis labios casi tocaron su oreja.

—Yo solo te propongo un pacto de verano. Placer, orgasmos y diversión mientras estemos en Hawái. Sin dramas. Sin promesas. Sin expectativas. Y, cuando volvamos a Nueva York, cada uno seguirá con su vida como si esto nunca hubiera pasado. Los dos ganamos.

—Dejé que mis palabras flotaran unos segundos entre nosotros antes de añadir, en un tono apenas más bajo—: Piénsalo, Fierrecilla. Cuando te hayas decidido ya sabes donde encontrarme.

Aparté la mano de su muslo, abrí la puerta y salí del coche.

No miré atrás.

Algo me decía que Spencer necesitaba tiempo. Para darle mil vueltas, encontrar otras tantas razones por las que aquello era una mala idea y, al final, mandarlas todas a la mierda y venir a buscarme.

Sonreí mientras caminaba hacia la casa.

La pelota estaba en su tejado.

Y tenía la sensación de que no tardaría mucho en devolvérmela.

7

Spencer

Sonreí por primera vez al despertar. Había dormido más o menos bien y eso era todo un logro así que, en vez de lamentarme, salté hacia el baño para asearme, ponerme un bikini y obligarme a disfrutar del día.

Estrené tanto el bikini como el vestido semitransparente que había comprado en mi sesión de días anteriores. Era un vestido que solo servía para ir a la playa, porque no dejaba mucho a la imaginación, pero me había encantado porque tenía pequeños flecos colgando del bajo. Y al ponermelo me di cuenta de que los flecos acariciaban mis muslos con cada roce. No sabía si aquello era bueno o malo, porque las palabras de Landon del día anterior rodaban por mi cabeza con frecuencia y cada vez que lo hacían me sentía... rara.

¿Excitada? No. No podía ser eso.

Era simplemente rara, porque por primera vez en mucho tiempo un hombre estaba mostrando deseo por mí. Ese hombre era Landon, que era idiota, pero también tenía un cuerpo glorioso y una boca de lo más besable. Tanto, que la noche anterior acabé abriendo las piernas y surcando mis pliegues con los dedos mientras imaginaba de cuántas formas podía Landon besar bien... y no solo en la boca.

Me arrepentí en cuanto el orgasmo llegó y la claridad se abrió paso, pero ya estaba hecho. No pensaba caer en eso de pronto y lo tomé más bien como un pequeñísimo signo de recuperación. Me había masturbado porque mi cuerpo por fin empezaba a sanar. Y de esa idea no pensaba sacarme nadie.

No tenía nada que ver con que Landon me hubiera planteado la posibilidad de tener sexo sin compromiso. No era eso. Era... era una

sanación propia de haberme dado el tiempo y espacio necesarios. O eso me repetía una y otra vez hasta el cansancio.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina, no porque Landon estuviera ahí, sino porque había descubierto que todo el ruido infernal que hacía con la cafetera tenía algo bueno: hacía un café exquisito.

—Buenos días. ¿Puedo tomar café? Quiero irme a la playa cuanto antes.

Se lo dije a su espalda desnuda y tragué saliva, felicitándome a mí misma por haber sonado tan fría y práctica.

El problema es que Landon se giró y sonrió lentamente. Y letalmente también. Dios, aquella sonrisa torcida había ido directa a mi vagina. Imperdonable. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué de repente sus defectos me parecían completamente salvables?

—Buenos días. ¿Pidiendo café con educación? ¿Qué ha sido de mi fierecilla?

—No soy nada tuyo, para empezar. Y he decidido que quiero estar de buen humor porque, repito: voy a ir a la playa. ¿O no has visto el día que hace?

—Claro que lo he visto. De hecho, pensaba ir a la playa también, así que podemos ir juntos.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Te digo que no.

—Vale, pero pensaba utilizar el barco de la familia e invitarte. Tú misma...

—¿Tenéis un barco? —pregunté sorprendida.

—Spencer, eres amiga de Piper. La riqueza de mi familia no debería resultarte sorprendente.

—No es eso. Es que tengo entendido que venís por aquí pocas veces al año e imagino que tener un barco atracado cuesta mucho dinero.

—Bueno, sí, pero igualmente merece la pena. Y no es un barco gigante, ni mucho menos.

Lo miré con recelo. Tenía claro que no quería pasar tiempo con Landon. No tanto por él, como por las dudas que albergaba de no poder separar con facilidad lo que me provocaba del recuerdo de su propuesta. ¿Y si insistía? ¿Y si se ponía pegajoso o invasivo?

—Si estás pensando en lo de ayer, deberías saber que no voy a presionarte de ninguna manera. Te planteé un trato adulto y sin juegucitos, fierecilla. No soy un acosador.

—No he dicho que lo seas —respondí con recelo, porque era evidente que me había leído la mente.

Landon volvió a sonreír y se cruzó de brazos, haciendo que con el gesto se le flexionaran ciertos músculos que me nublaron la mente por un instante.

—Te lo digo de todas formas. Sigo queriendo hacer el trato, creo que es buena idea y que nos beneficiaría a ambos, pero no soy un baboso. No voy a estar encima de ti... a no ser que sea lo que tú quieres. —Me miró de arriba abajo con tanta intención que sentí cómo se me erizaba el vello de todas partes.

—¿Y lo de mirarme así también vas a cortarlo en seco?

—Oh, no. Mirar es gratis y no lo considero invasivo. Tú tampoco, porque te quedas anclada en mis músculos cada vez que hago algún movimiento. —Iba a negarlo, pero entonces él descruzó los brazos y, de alguna forma, se las ingenió para tener más abdominales de los que un ser humano es capaz de poseer. Mis ojos se centraron en su abdomen inevitablemente—. ¿Ves? Y no me ofendo. Al revés... me pone que me mires. Me hace sentir que no soy el único con buen gusto en este equipo de dos.

Iba a replicar algo, lo que fuera, pero Landon pasó por mi lado riéndose entre dientes.

—Idiota... —murmuré.

—Hay café en la encimera. Ese bikini me encanta. Me marchó en diez minutos. Decide, fierecilla.

Fueron los diez minutos más estresantes de mi vida. Me tomé el café acelerada, pensando en todas las posibilidades que tenía, que en realidad solo eran dos.

Ir o no ir.

Por un lado me apetecía saber cómo era el barco, nunca había subido en uno y dudaba que la posibilidad se repitiera a menudo.

Por otro lado, pasar el día en alta mar con un Landon musculado y sonriendo como todo un diablo era tan tentador que no confiaba en mi propia capacidad para resistirme.

Era como tener un angelito en un hombro y un demonio en el otro. Cada uno susurraba sus propias cosas y yo solo quería estar tranquila y en paz. Superar mi ruptura de una vez por todas.

Podría ir sola a la playa, pero me conocía. Llevaba días revisando la cuenta de mi ex con un perfil falso y empezaba a sospechar que aquello no había sido buena idea. ¿De qué me servía ver cómo se lo pasaba en grande con otra y con mi dinero? El daño estaba hecho. Seguir mirando era revolcarme en la autocompasión.

Si me quedaba a solas, iba a caer en la tentación de espiar a mi ex.

Si me quedaba con Landon, podía caer en una tentación mucho peor.

Me tomé el café a sorbos tan grandes que estaba segura de estar entrando en una sobreestimulación. Así que cuando Landon bajó y me preguntó qué había decidido todavía no tenía nada claro pero dejé que mi instinto me guiara.

—Vale, voy, pero recuerda mantener las manos en su sitio.

—No soy un pulpo, fierecilla. A menos que me lo pidas... entonces estoy seguro de que encontraré la forma de hacer que te sientas tocada en todas partes al mismo tiempo.

Tragué saliva, lo miré mal y lo seguí mientras se reía sin disimulo de mi reacción.

Iba a ser un día muy largo... pero al menos no iba a ser otro día patético espiando a mi ex en redes sociales.

8

Landon

Tener la polla dura constantemente cuando usas un bañador es una mierda.

Esa era, hasta el momento, la mayor reflexión de mi vida en Hawaii.

Me había empalmado otras veces teniendo un bañador, no es que aquello fuera una experiencia nueva, pero nunca había tenido que soportar la calentura tanto tiempo... ni disimular tanto tiempo.

Primero tuve que lidiar con la sorpresa que me provocó lo fácil que Spencer había aceptado venir al barco. Cuando le di diez minutos di por hecho que los usaría para buscar una excusa patética y cobarde y no venir, así que el primer impacto fue descubrir que estaba equivocado.

El segundo, darme cuenta de que iba a tener que verla todo el día con ese bikini, porque el vestido que llevaba encima era semitransparente y no servía para nada. Creo que incluso me ponía más, porque fantaseaba todo el rato con la idea de meter mis manos debajo y quitárselo para descubrir las pecas o lunares que no podía ver con él puesto.

Había prometido portarme bien y tener las manos quietecitas y eso era lo que pensaba hacer, porque era un hombre de palabra, aunque mi amigo Henry no pensara lo mismo en aquellos instantes. Ni mi hermana. Ni, por descontado, mi ex.

Lo era. Era un hombre de palabra y no pensaba ponerle las manos encima a Spencer aunque me muriera de ganas.

Al principio no fue tan difícil. Al fin y al cabo yo estaba distraído manejando el barco, que no era tarea sencilla. Y Spencer estaba

ocupada flipando con el pequeño yate, yendo de aquí para allá y comentándolo todo como si fuera una turista de excursión. Pensé que, cuando no estaba enfadada, enrabiada o llorando, era una mujer adorable. Y luego pensé que ese era un pensamiento peligroso. No quería lidiar con una mujer adorable. No sabía cómo hacerlo.

¿Con una cabreada? podía.

¿Con una cachonda? Desde luego.

¿Con una adorable que se mostraba agradecida y sorprendida hasta con el más mínimo gesto? Ni puta idea.

Era raro. Supongo que eso implicaba algún tipo de emocionalidad y ya habíamos quedado en que no se me daba bien.

—¿A cuántas mujeres te has tirado aquí?

Agradecí estar prácticamente en punto muerto en cuanto al manejo del barco, porque podría haber virado bruscamente con esa pregunta. Me pasaba mucho con Spencer. No tenía filtro, decía lo primero que se le pasaba por la cabeza, ya fuera bueno o malo. Y supongo que por eso se llevaba tan bien con mi hermana, porque Piper también disfrutaba de esa cualidad.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Curiosidad.

Alcé las cejas y sonreí.

—¿Solo curiosidad?

Ella lo pensó unos instantes antes de lanzarse.

—No sé si es parte de tu plan para hacer que las mujeres caigan rendidas a tus encantos... y a tu dinero. Y deberías saber que a mí me importa muy poco lo rico que seas. No soy materialista.

—Es increíble como tu mente hace conexiones que pueden llegar a resultar profundamente insultantes para un hombre, pero te has dejado manipular por tu ex de la peor forma posible. —Mi

respuesta la dejó consternada y me arrepentí de haber sido tan brusco. No quería ser cruel, pero de verdad no comprendía cómo su ex había conseguido destrozar tanto a una mujer que estaba muy lejos de ser tonta o inocente—. Solo vine aquí con mi ex... y de adolescente con otra chica, pero ni siquiera salimos del puerto en esa ocasión.

—¿Y eso? ¿No sabías conducir el barco?

—No... acabamos follando en el camarote. No hicieron falta muchos preliminares ese día.

—Una lástima. Los preliminares siempre son la mejor parte.

Y ahí estaba... la chica descarada que sabía que se escondía debajo de tanto drama.

—Estoy totalmente de acuerdo —dije sonriendo.

Spencer pareció ser consciente de lo que había dicho, porque sus mejillas se colorearon y carraspeó dando un par de pasos atrás.

—¿Ya puedo bañarme?

—Sí, nos quedaremos aquí si te parece bien.

Ella miró alrededor. Teníamos una visión panorámica de la costa de Hawaii. Era paradisiaca pero, además, teníamos la tranquilidad suficiente como para bañarnos o hacer... cualquier otra cosa sin ser interrumpidos.

No es que pensara hacer cualquier otra cosa, pero no estaba de más elegir bien el lugar en el que echar el ancla.

Spencer se quitó el vestido y se lanzó al agua tan rápido que no pude fijarme con claridad en su bikini. Una lástima. Aun así, me quité mi propia camiseta y salté al agua con ella, pero sin acercarme. Le había prometido no ser invasivo y pensaba cumplir con mi palabra, así que nadé un poco, la vi nadar y moverse como una puta sirena, me empalmé, me relajé y, cuando ella subió las escaleras y me dejó ver que el bikini era de tanga, me empalmé de

nuevo y supe que estaba perdido para todo el día. Ese culo redondo, respingón y perfecto acababa de meterse en mi cabeza haciéndose un hueco para toda la vida.

Intenté nadar. Intenté bucear. Intenté dar volteretas en el agua hasta que me mareé y no conseguí sacarme de la cabeza su culo hasta que ella se asomó y me preguntó dónde podía encontrar agua fresca. Entonces me fijé en que sus pezones estaban marcando la tela del bikini y la obsesión del culo sustituyó a la de los pezones, convirtiéndome oficialmente en un salido incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella.

Me costó mucho, pero al final conseguí que mi polla se acompasar a mis pensamientos y se relajara lo suficiente como para salir del agua sin hacer el ridículo. Y menos mal, porque tenía las yemas de los dedos arrugadas y empezaba a pasar incluso frío.

—No sabía que eras tan acuático —me dijo Spencer nada más subir a proa.

Había un cierto tono de retintín en su voz que me dejaba ver que, en realidad, sabía perfectamente los motivos por los que había tardado tanto en salir.

—Lo soy. Me encanta estar en el mar y me encanta tomar el sol —dije con sinceridad.

—Uy, pues qué suerte, porque a mí también. ¿Dónde se toma mejor ahora?

La guíé hasta la zona de proa, un poco a regañadientes, y allí los dos estiramos las toallas para tumbarnos. Intenté concentrarme en el sol, el calor y relajar mente y cuerpo, porque si no iba a ser muy evidente. Spencer se tumbó y, por suerte, cerró los ojos, así que, si en algún momento mi polla pensaba traicionarme, al menos ella no lo vería.

—Creo que esta es la vida que realmente merezco —murmuró—. Dios, me encanta estar tumbada y sentir cómo la piel se me calienta cada vez más.

¿Por qué me sonaba todo lo que decía tan jodidamente sexual?

Tragué saliva y me recordé a mí mismo que había seducido a un sinfín de mujeres. No era ningún novato en esto del flirteo y era considerado prácticamente una ofensa que ella creyera que sí.

—Estar mojada y sentir la piel caliente debe ser de las mejores sensaciones, ¿no?

Pensé que me insultaría o bufaría o me llamaría «cretino» o algo parecido por la metáfora tan infantil y absurda, pero Spencer solo soltó una risita, agitando su pecho y con ello sus pezones, y suspiró.

—En realidad, sí.

Tragué saliva. Otra vez. La Spencer llorona y cabreada era fácil de manejar, pero la segura de sí misma y dispuesta a disfrutar... esa todavía se escapaba de mi control. Aun así, recordé cómo se había puesto de nerviosa antes con mis insinuaciones. Podía hacerlo mejor. Alterarla aunque fuera un poco.

—Cuando quieras estar más mojada y más caliente, ya sabes que solo tienes que aceptar mi trato.

Spencer suspiró, giró la cara hacia mí y abrió un solo ojo. Me fijé en las pecas que bañaban el puente de su nariz y tuve un deseo casi irrefrenable de plantar un beso justo ahí. Era ridículo.

—¿Y cómo conseguirías que estuviera más mojada y más caliente?

Entrecerré mis ojos con sospecha. ¿Acababa de preguntar eso en sentido literal? ¿O había una especie de metáfora que no entendía detrás?

Valoré mis opciones. Había prometido no tocarla y tenía claro que eso pensaba cumplirlo, pero nadie había dicho nada de las palabras, ¿no? Y, joder, esas se me daban muy bien cuando quería.

—Para mojarte más, lo primero que se me ocurre es recurrir a la parte más húmeda de mi anatomía.

—¿El bañador? —preguntó en tono burlón.

—La lengua.

Spencer cerró los ojos y volvió a mirar hacia arriba, donde el sol bañaba su precioso rostro con sus rayos. Parecía tranquila y serena, pero sus pezones estaban más duros. Lo sabía bien, porque empezaba a aprenderme de memoria el tamaño de sus pezones en estado normal y no era ese, desde luego.

—¿Te gusta usar la lengua? —preguntó como quien no quiere la cosa, intentando sonar indiferente.

Decidí que ella estaba siguiéndome el juego lo suficiente como para dejarme de sutilezas. No estaba cortejando a Spencer para que tuviera una relación conmigo. Quería convencerla de follar como animales sin ningún tipo de compromiso de por medio, y para eso no necesitaba ser remilgado.

—Me encanta usar la lengua —admití—. Empezaría por tu cuello, creo. Por lo general me gusta ir bajando. Si pudiera, chuparía tu clavícula mientras bajo buscando tus tetas y mis manos empiezan a acariciar tu vientre en busca de que mis yemas alcancen la zona bajo la tela de tus bragas.

—Vaya, eso es muy explícito.

—No, cielo. Explícito sería decirte que bajaría la parte alta de tu bikini con los dientes para chupar y morder tus pezones mientras mis dedos buscan los pliegues mojados de tu coño y se ocupan de mojarlos aún más. —Spencer no dijo nada, pero vi la forma en que dobló las rodillas y apretó los muslos. Joder, aquello me animó de inmediato—. Claro que no me conformaría con acariciarte. Me pregunto cómo de estrecho lo tienes y cuántos dedos podría meterte antes de bajar con mi lengua y chupar tu clítoris mientras te follo con los dedos.

Gimió. Oí claramente cómo gimió, pero cuando volví a mirar su cara seguía con los ojos cerrados, inexpresiva. En apariencia

impasible a mis palabras. Decidí acercarme un poco más, lo justo para ponerme de lado y poder susurrar en su oído.

—¿Sigo? —pregunté.

Aguanté la respiración esperando una confirmación, porque no quería pasar líneas que ella hubiera trazado en su mente, pero el leve asentimiento de Spencer me dejó claro que su mente y su corazón podían seguir jodidos, pero su cuerpo me deseaba tanto como el mío la deseaba a ella.

—Chuparía tu coño y lo follaría con mis dedos hasta arrancarte un orgasmo. El primero de muchos. Después liberaría mi polla, que me dolería tanto como ahora mismo por tenerla encerrada en el bañador. Seguramente tendría que darme un par de tirones con la mano para no correrme de inmediato. Te pondría a cuatro patas mirando el mar de Hawaii, te restregaría el glande desde el culo hasta el coño, llenándome de tus flujos, y te la clavaría desde atrás fuerte, de una estocada, para que te notes completamente llena. Con un poco de suerte te correrías solo con eso otra vez. ¿Qué me dices, fierecilla? ¿Serías capaz?

Gimió. Esta vez sin disimulo. Por eso me acerqué más pero sin tocarla. Al menos no con mis manos. Mis labios sí rozaron su oído cuando seguí hablando.

—Me encantaría agarrarme a tus caderas y darte hasta que tú misma gritaras por más. Y gritarías, Spencer, no tengo ninguna duda de eso. Gritarías por más polla y yo te le daría encantado, porque ahora mismo no hay nada que desee más.

—Quiero —musitó.

—¿Qué?

La había oído perfectamente, pero quería una respuesta clara. Nada de medias tintas.

—Quiero hacerlo.

—¿Qué quieres hacer?

Ella abrió los ojos, claramente enfadada.

—Lo sabes muy bien.

—No, no lo sé. Imagino que te he puesto cachonda, pero quiero que tú me lo digas. Dime, Spencer, ¿si metiera la mano en tus bragas ahora, me mojaría los dedos? —Asintió e intenté controlar mi propia calentura—. Y dime... ¿Quieres que lo haga?

—Sí, joder.

—Pídemelo.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Dame tu consentimiento y pídemelo a las claras, porque no quiero que luego me acuses de traspasar ciertas líneas en un momento de vulnerabilidad.

Spencer se quedó mirándome, quizás sopesando si iba en serio o no. Debió ver que así era, porque suspiró, cogió mi mano y la llevó hacia sus bragas, acelerando mi pulso hasta el punto de preguntarme si podría darme un infarto solo con eso. Coló mis dedos acompañados de los suyos y sentí la humedad en cuanto me hundí en sus pliegues.

—Quiero que hagas todo lo que has dicho. Y quiero que lo hagas ya.

Esa vez el del gemido fui yo. Joder, pensaba darme un atracón de sexo con Spencer que no olvidaría nunca. Solo esperaba que ella tampoco lo olvidara... pero tuviera muy claro que aquello solo era sexo.

Y, por cómo estaba de mojada, el mejor sexo del puto mundo.

9

Spencer

Apenas pronuncié las palabras cuando Landon se abalanzó sobre mí. Sacó la mano de mis bragas para tener un mejor ángulo para hacerlo, y el beso fue brutal desde el primer segundo. Su boca chocó contra la mía con hambre voraz, casi desesperada.

Me mordió el labio inferior, tirando de él antes de meter la lengua hasta el fondo, invadiéndome sin piedad.

Sabía a sal del mar, a café y a deseo puro. Su lengua se enredó con la mía en un baile húmedo y obsceno, lamiendo, succionando, explorando cada rincón de mi boca como si quisiera devorarme.

Ese primer beso no tenía nada que ver con ninguno de los que había dado antes. No había ternura. No había promesas. Ni siquiera había un intento de fingir que aquello era el comienzo de algo bonito. Era una declaración de intenciones. El preludio del sexo. De un acuerdo donde el placer sería el único idioma que hablaríamos.

Gemí sobre sus labios. Él gruñó en respuesta y profundizó aún más el beso, inclinando la cabeza para tener mejor acceso. Me sujetó la nuca, manteniéndome exactamente donde quería, mientras con la otra mano me apretaba contra su erección.

Era un beso sucio, mojado y perfecto.

En un momento dado, chupé su lengua con necesidad, como si en lugar de su lengua estuviera lamiendo otra parte de su anatomía. Landon gruñó contra mi boca y me apretó más fuerte el culo, frotando su erección dura contra mi vientre.

Sentí lo excitado que estaba incluso a través del bañador. Bajé una mano para tocarle, pero él me la apartó con suavidad.

—De eso nada, fierecilla. Empezaremos por ti.

Su voz sonó ronca, cargada de autoridad. Me besó otra vez, más profundo, más sucio, mientras me tumbaba completamente sobre la toalla. El sol caía sobre nosotros, pero yo solo sentía el calor de su cuerpo.

Landon abandonó mi boca para empezar a bajar por mi cuello, mordiendo y lamiendo cada centímetro. Cuando llegó a mis pechos, no me quitó la parte alta del bikini con los dientes tal y como había dicho. En cambio, tiró de la tela hacia abajo con impaciencia, liberando mis tetas.

Las miró un segundo con hambre descarada antes de lanzarse. Chupó un pezón con fuerza, succionándolo profundamente mientras su lengua lo rodeaba y lo golpeaba. Al mismo tiempo, pellizcaba y tiraba del otro con los dedos. Los lamió, los mordisqueó y los chupó. Yo gemí, retorciéndome debajo de él, agarrándole del pelo.

—Landon... joder...

Bajó aún más, besando y mordiendo mi vientre hasta llegar a la altura de mi sexo. Sus manos me quitaron la parte de abajo del bikini de un tirón y me abrieron las piernas sin delicadeza.

—Llevo días imaginándome a qué sabrías —gruñó contra mi piel, con la voz ronca de deseo.

Y entonces su boca cayó sobre mí.

No fue suave. Landon me devoró como si estuviera hambriento. Y yo, que nunca había entendido por qué algunas mujeres hablaban del sexo oral como si fuera religión, de repente lo entendí todo.

Pasó la lengua plana y caliente desde mi entrada hasta el clítoris varias veces, lamiendo mis jugos con gemidos de aprobación. Después se centró completamente en mi clítoris: lo succionó con fuerza, lo rodeó, lo atacó con rápidos y precisos golpes de la punta de su lengua.

Y siguiendo su propio relato, introdujo dos dedos gruesos en mi coño empapado y empezó a follarme con ellos, curvándolos justo donde más placer me provocaba.

Lo tenía comiéndome como si fuera su plato preferido mientras sus dedos entraban y salían con fuerza. Mis caderas empezaron a moverse contra su cara, buscando más fricción, más profundidad.

Nunca imaginé que aquellas vacaciones forzosas servirían para darme el mejor cunnilingus de mi jodida vida. Porque Elliot, además de follar fatal, no tenía ni idea de como usar su lengua.

Landon, en cambio, sabía exactamente lo que hacía. Alternaba entre succionar mi clítoris con fuerza y lamidas largas y húmedas que me hacían estremecer. Luego cambiaba a movimientos rápidos y precisos con la punta de la lengua, concentrándose justo en mi punto más sensible. Todo eso mientras me follaba con los dedos.

Gemí alto, agarré su pelo con fuerza y empecé a follarle la cara, perdida en mi propio placer.

—Landon... ijoder! ¡No pares!

Él gruñó contra mi coño y aceleró. La combinación de su boca y sus dedos era demasiado y el orgasmo me atravesó como una explosión.

Grité su nombre mientras mi cuerpo se convulsionaba violentamente. Oleadas intensas de placer me recorrieron de pies a cabeza. Landon siguió lamiendo y follándome con los dedos durante todo el orgasmo, alargándolo hasta que quedé temblando, sensible y casi sin fuerzas.

Solo entonces subió por mi cuerpo y me besó con fuerza, metiendo su lengua en mi boca para que probara mi propio sabor.

—Ahora te toca a ti —jadeé, todavía con la respiración entrecortada.

Lo empujé hasta tumbarlo de espaldas sobre la toalla. Le bajé el bañador con impaciencia y su polla gruesa, venosa y completamente

dura saltó libre, palpitando contra su abdomen. La punta ya brillaba humedecida de líquido preseminal.

No era una gran fan de hacer mamadas. Pero ver a Landon, tan seguro de sí mismo siempre, perdido y jadeando debajo de mí, tenía algo que me hacía querer seguir. Quizá era el poder. Quizá era solo que su polla era demasiado bonita para ignorarla. Y no, no sabía que se podía decir eso de una polla, pero ahí estaba.

Me coloqué entre sus piernas y empecé a devorarlo con ganas.

Primero lamí toda su longitud desde los huevos hasta la cabeza hinchada, saboreando la piel caliente y tersa. Chupé uno de sus testículos, luego el otro, mientras mi mano masturbaba su eje con movimientos largos y firmes. Después abrí la boca y me lo metí todo lo que pude, bajando hasta que tocó el fondo de mi garganta.

Landon soltó un gemido ronco y profundo, enredando los dedos en mi pelo mojado.

—Joder, Fierrecilla... qué boca tienes.

Empecé a mover la cabeza con ritmo rápido, chupando con fuerza. Subía y bajaba, girando la lengua alrededor de la cabeza cada vez que salía. Mi mano masturbaba la base con movimientos firmes.

Poco a poco fui acelerando. Lo metía más profundo, succionando con más fuerza. Landon empezó a mover las caderas, follándome la boca con contención.

—Así... trágatela entera —gruñó, apretando los dedos en mi pelo.

Aumenté el ritmo, chupando con avidez, apretando los labios alrededor de su grosor.

—Spencer... voy a correrme —avisó con voz ronca.

No me aparté. Lo mantuve dentro de mi boca, chupando más fuerte. Con un gruñido largo y gutural, Landon se corrió. Me lo

tragué todo mientras él temblaba debajo de mí.

Caí a su lado. Los dos respirábamos con dificultad, con los cuerpos bañados en sudor y sol.

Landon soltó una risa baja y ronca, todavía recuperando el aliento. Giró la cabeza hacia mí con una sonrisa arrogante.

—Joder, Fierrecilla... tienes una boca maravillosa —dijo, todavía jadeando—. Es una pena que la uses tanto para sacarme de quicio cuando podrías estar usándola para esto.

Lo miré con los ojos entrecerrados, pero no pude evitar que se me escapara una pequeña sonrisa.

—Lo mismo digo. En lugar de ser un gilipollas integral podrías usar tu lengua para algo más productivo.

Landon soltó una carcajada baja y sexy, girándose hacia mí. Sus ojos brillaban con diversión y algo mucho más oscuro.

—Créeme, pienso usar mi lengua en ti muchas más veces si aceptas nuestro pacto.

Me besó de nuevo, y aunque empezó lento, pronto volvió a ser urgente y profundo. Nuestras lenguas se enredaron con hambre renovada. En cuestión de segundos ya estábamos jadeando otra vez, con las manos recorriendo la piel caliente y sudorosa.

Landon se puso encima de mí, cubriéndome con su cuerpo. Sentí su polla, otra vez dura y pesada, rozando mi muslo. Me besó el cuello, mordiendo suavemente mientras se frotaba contra mí.

—Landon... —gemí, abriendo las piernas para él—. Fóllame. Ya.

Él gruñó contra mi piel, colocándose entre mis piernas. Sentí la cabeza gruesa de su polla rozando mi entrada, deslizándose por mis pliegues mojados. Me arqueé, desesperada por sentirlo dentro.

Pero de repente se detuvo.

Apoyó la frente contra la mía, respirando con dificultad. Su polla seguía descansando justo en mi entrada, empujando ligeramente,

provocándome.

—Soy un imbécil —murmuró con voz ronca.

—¿Por qué? —pregunté confundida, moviendo las caderas para intentar que entrara.

Landon soltó una risa frustrada y apretó la mandíbula.

—No llevo condones. No pensé que... joder, no esperaba que esto pasara.

Mierda. ¿Desde cuándo follaba con tíos sin pensar en protegerme?

Tomaba la píldora desde hacía años, era lo más práctico cuando tienes una relación seria, pero no podía follar a pelo con un tío del que apenas sabía nada, por muy bueno que estuviera y por mucho que mi cuerpo lo estuviera pidiendo a gritos.

—¿Y ahora qué? —pregunté frustrada.

Landon soltó una risa baja y ronca, claramente tan frustrado como yo. Presionó la cabeza gruesa de su polla justo contra mi entrada, empujando solo un poco. Sentí cómo mi cuerpo se abría ligeramente para él y gemí, desesperada.

—Ahora... vamos a volver a casa —dijo con voz grave, rozando la punta de su polla contra mi clítoris—. Porque si seguimos jugando sin condón, ninguno de los dos va a acordarse de parar. Y me niego a que nuestra primera vez empiece haciendo las cosas mal.

Me besó con fuerza una última vez, mordiéndome el labio inferior antes de apartarse.

10

Landon

El trayecto de vuelta a la costa se me hizo eterno. Tenía una erección que apenas me cabía en los pantalones y la promesa de ponerle solución al llegar a casa. De haber podido, nos habría teletransportado directamente hasta mi cama.

Atracamos el barco, recogimos nuestras cosas y caminamos hasta el coche sin decir demasiado. Bastaba con cruzar una mirada para que los dos recordáramos lo que había estado a punto de pasar. Lo que seguía pendiente.

Conducía con la vista puesta en la carretera, pero mi cabeza seguía anclada en el barco. En sus besos. En sus gemidos. En la forma en que había pronunciado mi nombre. Y, sobre todo, en cómo me había pedido que la follara.

Esperaba que aquello significara que había aceptado mi propuesta. Técnicamente no me lo había dicho con esas palabras, pero costaba interpretar de otra manera lo que acababa de pasar entre nosotros. Si aquello no era un *sí* al pacto de verano, desde luego se le parecía muchísimo.

Maldije para mis adentros. Llevaba una semana deseándola y, por culpa de una maldita caja de condones olvidada, iba a tener que esperar un poco más.

El problema llegó cuando doblé la última curva antes de la casa.

Había un coche aparcado frente al jardín y una mujer menuda aguardaba en el porche con una enorme sonrisa.

Mierda.

Joder.

Mierda.

Reconocería aquella silueta en cualquier parte.

—No puede ser... —murmuré, dejando caer la cabeza contra el reposacabezas.

Spencer frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Kelea ha venido de visita.

—¿Kelea?

Aparqué el coche junto al viejo Toyota Corolla plateado de Kelea. A esas alturas ya era inútil intentar desaparecer. Kelea nos había visto.

Se acercó hasta nosotros con una sonrisa enorme y, antes de que pudiera decir una sola palabra, me envolvió en uno de esos abrazos capaces de hacerte sentir como un niño otra vez.

De cerca era exactamente como la recordaba. El tiempo había encorvado ligeramente su espalda y había vuelto completamente blanco su pelo, pero seguía teniendo la piel tostada por el sol, los rasgos hawaianos y esa mirada cálida que llevaba cuidándome desde que era un crío.

—Aloha, keiki —exclamó, dándome un par de palmadas en la espalda—. ¡Qué sorpresa!

Kelea seguía llamándome keiki, «niño», igual que cuando tenía ocho años y me perseguía por toda la playa para que me pusiera crema solar.

—La sorpresa me la has dado tú a mí.

Se apartó lo justo para mirarme de arriba abajo.

—Estás más delgado. ¿No comes?

Solté una risa.

—Sabía que lo primero que harías sería sacarme algún defecto.

Entonces reparó en Spencer.

La recorrió con la mirada y sonrió con una ternura que solo Kelea era capaz de transmitir.

—Tú debes de ser Spencer.

Ella asintió, desconcertada.

—Sí...

—Piper me llamó ayer. Me dijo que su mejor amiga estaba pasando una temporada aquí y me pidió que viniera a verla. —Le tendió la cesta de mimbre que llevaba entre las manos—. Te he traído pan de plátano recién hecho y unas mermeladas caseras. Pero esa niña se olvidó de decirme que también iba a encontrarme con este trasto.

Me señaló con un movimiento de cabeza.

—Eso es porque Piper no sabe que estoy aquí. Y agradecería que siguiera sin saberlo.

Los ojos de Kelea adquirieron esa expresión de suficiencia que siempre aparecía cuando creía haber descubierto algo.

—Estás metido en líos, ¿verdad?

—Digamos que he venido a esconderme una temporada.

—Estás metido en líos —repitió esta vez con convencimiento—. Siempre ha sido igual. Con once años robó el bote de remos de un vecino porque quería llegar hasta el arrecife él solo. Cuando lo encontramos estaba muerto de miedo porque no sabía cómo volver con la corriente en contra.

Spencer se echó a reír y yo bufé resignado. Se suponía que habíamos vuelto corriendo del barco para follar, no para que Kelea empezara a desenterrar todas las vergüenzas de mi infancia.

Busqué a toda velocidad una forma educada de invitarla a marcharse, aunque sonara fatal. Había aparecido en el peor momento posible.

Pero, antes de que encontrara una excusa, Kelea ya había enlazado el brazo con el de Spencer.

—Ven, hija. Vamos dentro. Hace un calor horrible aquí.

Y, sin esperar respuesta, la arrastró hacia la casa como si la conociera de toda la vida.

Fantástico.

Un plan que prometía ser inolvidable acababa de convertirse en una sesión de recuerdos embarazosos protagonizada por la única persona del mundo capaz de dejarme en evidencia.

Entré tras ellas resignado.

Kelea ya se había acomodado en uno de los taburetes de la cocina mientras Spencer dejaba la cesta sobre la isla. Abrí la nevera, saqué una jarra de limonada casera que habíamos preparado el día anterior y serví tres vasos. Después corté unas rebanadas del pan de plátano mientras ellas seguían hablando... de mí, por supuesto.

—Así que usted era la que cuidaba de Landon y Piper cuando sus padres venían a la isla —dijo Spencer.

Kelea sonrió con orgullo.

—Durante muchos años. Y este muchacho era un imán para los problemas. Si al final del día no había montado alguna trastada, era porque estaba enfermo.

—¡Eh! —protesté.

Las dos me ignoraron por completo.

—Por no hablar de que también era el rompecorazones de la playa. No había verano en el que no trajera de cabeza a media isla.

Spencer arqueó una ceja y me lanzó una mirada divertida.

—¿Ah, sí?

Kelea asintió.

—Todos los veranos aparecía alguna nota debajo de la puerta. Unas le regalaban collares de conchas, otras flores, otras pulseras... Nunca le faltaban admiradoras. Había niñas que preguntaban por él incluso antes de que llegara la familia. En cuanto veían el coche de sus padres entrar por la urbanización, sabían que Landon había vuelto.

Spencer me recorrió de arriba abajo con gesto crítico.

—Ahora entiendo de dónde sale esa arrogancia.

Me froté el puente de la nariz.

Necesitaba sacar a Kelea de aquella cocina antes de que empezara a enseñar el álbum de fotos de mi infancia.

—¿No tienes nada que hacer? Siempre estás ocupadísima. No querría entretenerte...

Kelea me miró con una sonrisa llena de paciencia.

—¿De verdad crees que no sé lo que estás intentando?

Carraspeé.

—No tengo ni idea de qué hablas.

Su sonrisa se ensanchó.

—Estás deseando que me marche para quedarte a solas con esta jovencita.

Spencer soltó una risa ahogada.

—Kelea...

—Seré mayor, keiki, pero no ciega. He visto cómo os mirabais desde que habéis bajado del coche.

Me quedé sin saber qué decir. ¿Tan obvios éramos? Supongo que sí.

Kelea dio un último sorbo a la limonada, dejó el vaso sobre la encimera y se levantó con toda la calma del mundo.

—Bueno, no voy a entreteneros más. Pero mañana os quiero a los dos en mi casa para almorzar. Y no acepto excusas. Si quieres que Piper siga sin saber que estás escondido aquí, será mejor que aparezcas.

La miré resignado.

—Eso ha sido un chantaje.

Spencer se mordió el labio para contener la risa.

—Además, mis nietos llevan preguntando por ti desde la última vez que viniste, hace ya demasiado. Se pondrán muy contentos de verte. Y prepararé un buen almuerzo. Os haré kalua pig, arroz y haupia de postre.

No había forma humana de negarse a Kelea cuando utilizaba ese tono.

Se acercó a mí, me sujetó la cara entre las manos como si siguiera teniendo diez años y me besó en la mejilla.

—Cuídate, keiki.

Después hizo lo mismo con Spencer, aunque a ella se limitó a darle un cariñoso beso en la frente.

—Ha sido un placer conocerte. Mañana nos veremos con más calma.

Y, sin esperar respuesta, salió de la casa.

Nos quedamos por fin a solas en la cocina.

—Me gusta Kelea —dijo Spencer.

Sonreí.

—A ella también le has gustado.

Bastaron cinco segundos de silencio para que mi cerebro volviera exactamente al mismo lugar del que Kelea acababa de sacarlo.

Spencer bajó la mirada, y sus dedos jugaron con el borde de la encimera. Pero cuando volvió a levantarla, había algo distinto en sus ojos. Algo que ya conocía.

—Entonces... —empezó.

No la dejé terminar. Me acerqué despacio, acorralándola contra la isla de la cocina. Mi cuerpo ya estaba otra vez en alerta máxima. Y mi polla, que se había declarado en huelga durante toda la visita de Kelea, se había reactivado con una urgencia que rozaba lo ridículo.

—Entonces es hora de seguir donde lo habíamos dejado —murmuré con voz ronca, pegándome completamente a ella.

Spencer no dijo nada. Pero su cuerpo se arqueó ligeramente contra el mío, y eso fue respuesta suficiente.

11

Spencer

Cualquiera podría haber pensado que después de la visita de Kelea el deseo había disminuido o la lucidez se había impuesto para dejar paso a una toma de decisiones más responsable. Pero no fue así.

En cuanto sentí el cuerpo de Landon pegado al mío todo lo que pude pensar fue que quería seguir. No sentía una pizca de arrepentimiento, seguramente porque el deseo todavía era mayor que la idea de que aquello estaba mal.

Me giré y no lo pensé cuando me alcé de puntillas y lamí su cuello mientras mi mano sujetaba su polla. Landon gimió y miré arriba, a sus ojos.

—¿Una ducha? Estás salado.

—¿Quieres ducharte ahora? —preguntó sorprendido.

—¿Por qué no?

—Porque voy a dejarte hecha un desastre después de follarte. Será entonces cuando necesites ducharte.

Hice mi mejor esfuerzo para no ruborizarme. Landon era tan... cerdo hablando en el sexo. Y no lo decía como una crítica. Estaba descubriendo que me encantaba.

No se andaba con rodeos, pedía lo que quería sin usar palabras dulcificadas. Aquello era sexo sucio y caliente y se sentía exactamente así. No necesitaba que adornara con palabras bonitas lo que estábamos haciendo porque, en realidad, me daba más morbo que fuera así.

Metí la mano bajo el bañador, agarré su polla caliente y húmeda y apreté lo justo para sentir lo listo que estaba para mí. Apenas

podía esperar a tenerlo dentro de mí y aun así quería esa ducha. Quizás por capricho. O tal vez porque quería demostrarme que controlaba aquella situación, aunque fuera en pequeños detalles.

—¿No te has preguntado cómo sería una mamada mientras el agua nos cae encima?

Landon gimió, me alzó en brazos, enroscándome en su cuerpo, y colocó sus manos en mi culo abarcándolo por entero mientras cruzábamos la cocina.

—A la ducha, se ha dicho.

Me reí y mordisqueé sus labios, su barbilla, su mandíbula y sus hombros de camino al baño.

Cuando llegamos, en vez de soltarme en el suelo, Landon me apoyó contra los azulejos, con su polla haciendo de ancla contra mi coño. Gemí y me restregué, pero él me sujetó con una mano y me lanzó una mirada de advertencia.

—No te muevas, no quiero que te caigas —dijo antes de programar el agua.

—¿Y lo de dejarme en el suelo...?

—No.

Era tan mandón y exigente. Tan... tan increíble.

El sexo con mi ex no había sido así ni de lejos. ¡El sexo con nadie había sido así! Landon era generoso como nadie, sabía bien cómo usar la boca y los dedos, así que intuía que también sabría utilizar la polla. Había disfrutado tanto que no tuve ningún problema en cederle el control, pese a que estuviéramos realizando mi idea para que yo pensara que tenía algún poder sobre aquello.

El agua empezó a caer sobre él en el modo lluvia de la ducha, pero a mí apenas me salpicaba por mi posición. Landon me besó, reactivando aún más el deseo. Me aferré a su ancha espalda como

quien se aferra a un salvavidas. De pronto, la idea de que no me besara se me antojaba insoportable.

Volvió a soltarme en el suelo, pero solo el tiempo justo para quitarme la ropa y despojarse de la suya. Y fue poco. Joder, fue poquísimo. Jamás había visto a alguien tan habilidoso para desvestir y desvestirse al mismo tiempo.

—Joder, eres preciosa. Perfecta —murmuró cuando me miró de arriba abajo, pellizcando uno de mis pezones antes de volver a alzarme y atraparme entre su polla y los azulejos.

La diferencia era que esta vez, al no haber ropa, sentía la longitud de su verga directamente entre mis pliegues. Gemí y moví las caderas por inercia.

—Tenías razón, la ducha ha sido una mala idea —jadeé—. Te quiero dentro de mí ya.

—Yo siempre tengo razón, fierecilla —dijo con una sonrisa pedante que en otro momento me habría sacado de quicio.

—Vamos a la cama.

—Ni hablar. Vas a quedarte aquí cumpliendo tu deseo. Y yo voy a hacer que te corras una vez más antes de follarte a cuatro patas en la cama.

—Qué gráfico —gemí cuando Landon bajó una de sus manos, sujetó su polla y la deslizó entre mis pliegues.

—Sueño con correrme así: contigo en cuatro mirando al espejo de la habitación mientras yo veo tu cara por ahí.

—Joder.

—¿Te gusta eso, Spencer? ¿Quieres ver en el espejo como mi polla te taladra?

Gemí en respuesta y él volvió a pasar su polla por mi coño. Esta vez se las ingenió para encajarla entre mis labios de tal modo que, al quitar la mano, solo necesitaba deslizar un poco las caderas para

frotarme desde el clítoris hasta la entrada de la vagina. Era... era la mejor forma de masturbación que había descubierto hasta la fecha. Aunque estaba segura de que jamás podría simular esa sensación con uno de mis vibradores.

—Landon...

—Vas a correrte así, con mi polla deslizándose entre tus pliegues. Deseando que cometa un mínimo error y te folle aquí mismo.

—No te corras así —Me las ingenié para que sonara a orden—. No vas a recuperarte tan fácil después de dos corridas y quiero que me folles. Ya no eres un niño.

Su risa varonil ocupó todo el maldito baño.

—No te preocupes, no soy ningún niño pero todavía puedo darte polla hasta que te hartes.

Lo dudaba. Empezaba a pensar que no me hartaría nunca de esa parte concreta de su anatomía. aunque preferiría morir tragando cactus con espinas antes de reconocerlo.

Landon cumplió su promesa. Movi6 sus caderas y restreg6 su polla contra m6 de forma tan eficiente que pronto me tuvo suplicando, literalmente, que no parara.

Y no lo hizo. No se rio de m6, no aprovech6 mi vulnerabilidad para sentirse superior, ni se dedic6 a marearme. Pod6a ser un grano en el culo, incluso al empezar los preliminares, pero sab6a mejor que nadie c6mo darle a una mujer el espacio para sentirse segura y deseada en el sexo. Tanto como para conseguir, en solo un par de minutos, que yo suplicara por m6s.

—Quiero correrme.

—Quiero que te corras, nena. Vamos, puedes hacerlo.

—M6teme los dedos —gem6.

Él se relamió, pero no obedeció. Lo que sí hizo fue sujetarse la polla, poner una de mis piernas en el suelo y sujetar la otra. Su glándula se paseó desde mi clítoris hasta abajo una y otra vez. Desde fuera, si alguien nos veía parecía que estábamos follando, pero no era así. Jamás pensé que el frote constante fuera tan increíblemente intenso, pero allí estaba yo, jadeando más que nunca en mi vida porque sentía que aquel orgasmo sería un poco más difícil de conseguir, pero más placentero. Había tenido mil orgasmos solo frotando mi clítoris sin penetración, cuando me masturbaba, pero hacerlo con una polla... y con una tan grande, era diferente.

—Landon —gemí.

—¿Qué necesitas? —dijo él con la respiración acelerada.

—Dime cuánto te gusta.

No sé por qué dije eso. Supongo que era un deseo que no había sido capaz de verbalizar hasta entonces. Landon no se rió, besó mis labios, recorrió con su lengua mi mandíbula hasta llegar a mi oreja y se quedó ahí, susurrando.

—Me encanta, joder Me encantas tú. Me encanta tu coño y algún día, cuando me dejes, pienso correrme así. —Me estremecí con un gemido y él aceleró el ritmo de sus caderas—. Eso te gusta, ¿verdad? joder, me encanta que seas igual de viciosa que yo.

Quise negarlo. Decirle que yo no era como él, pero a la vista estaba que no tenía razón. Porque estaba temblando y no recordaba haber estado así de mojada nunca.

Landon se movió y siguió susurrando todo tipo de obscenidades. Algunas que me habrían ruborizado durante años si me las hubiera dicho cualquier otro a lo largo de mi vida.

El orgasmo escaló por mi columna vertebral, mis manos fueron al culo de Landon y lo estrujé mientras intentaba apretarlo más contra mí. Creo que grité su nombre antes de sentir que me corría entre convulsiones mientras él me sujetaba y besaba la base de mi cuello con suavidad. No me dejó caer. En ningún momento sentí que

no pudiera abandonarme a mis deseos más primitivos y eso fue tan liberador que estaba seguro de que no lo olvidaría nunca.

En cuanto el orgasmo cedió un poco, me desplomé contra los azulejos, pero Landon me alzó entre sus brazos y cortó el agua de la ducha.

—¿Suficiente ducha por ahora? —preguntó con una sonrisa.

—¿Tú...?

—Yo voy a correrme follándote, cielo. Ya te lo he dicho y soy de ideas fijas.

Sonreí, acostumbrándome cada vez más a su vocabulario, y me erguí intentando que mis rodillas no temblaran.

Salimos de la habitación cogidos de la mano y no hicimos siquiera el esfuerzo de secarnos. Llegamos a la cama, me tumbé y me estiré como una gata perezosa mientras Landon me miraba fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Eres preciosa. Solo eso.

Sonreí. Me encantaba que no tuviera reparo en decir las cosas. Seguía duro como una roca y aun así me daba mi espacio, sabiendo que acababa de tener un orgasmo. Se dirigió a la mesita de noche, abrió el cajón y, mientras sacaba la caja de condones, mi teléfono empezó a sonar en alguna parte de la casa. Me tensé de inmediato. Tenía el teléfono configurado para que estuviera en silencio siempre, salvo cuando me llamaban Piper o alguien de mi familia. Y tenían tonos diferentes, así que sabía que no era Piper.

Era mi familia.

No cogerlo no era una opción. No eran personas dadas a llamar mucho, salvo cuando ocurría algo. Me aceleré y Landon, que me lo notó enseguida, me preguntó qué ocurría.

—Tengo que ver el teléfono un segundo. —Él elevó una ceja—. Es el tono de mi familia.

—Claro, ve.

Bajé de la cama desnuda y busqué mi teléfono por todas partes. Para cuando di con él, en la cocina, la llamada había cesado pero lo cogí de todos modos para asegurarme de que todo estaba bien.

Mi corazón se paró en seco cuando vi que no era mi familia, sino mi ex. Todavía lo tenía configurado dentro del grupo familiar. Tragué saliva, porque había dejado un mensaje de voz, y estuve tentada de no oírlo, pero la curiosidad fue mayor.

—Spencer, cariño, siento mucho que lo nuestro no saliera. De verdad lo siento. No es como si no estuviera follando en nuestra luna de miel, pero siempre pensé que sería contigo.

Estaba borracho, saltaba a la vista, pero eso no quitaba lo cruel de sus palabras. Oí un resoplido y no sabría determinar si era una risa, o un hipido. En cualquier caso, fue suficiente para que mi líbido y mi ánimo se evaporaran.

Tal vez por eso, cuando Landon apareció en la cocina, con un boxer puesto y cara cautelosa, suspiró y asintió, sabiendo que nuestros planes no iban a seguir, al menos de momento.

—Voy a nadar un rato —murmuró.

No sonaba enfadado. Tampoco decepcionado. Solo... ¿Derrotado?

Intenté no sentirme egoísta o mala persona, pero después de oír ese mensaje en el buzón de voz la amargura había vuelto para quedarse un poquito dentro de mí.

12

Landon

Jugar al Kōnane con los nietos de Kelea no era mi idea para aquel día tan increíblemente soleado y bonito, pero después de que el día anterior la lujuria de Spencer se fuera al traste, agradecí tener que ir a casa de Kelea y jugar con sus nietos.

Las cosas estaban raras. No quería, porque de verdad quería que Spencer se diera cuenta de que no merecía la pena estar lloriqueando por su ex, cuando lo estábamos pasando tan bien, pero entendía que los sentimientos son complejos. No quise preguntarle cómo se sentía al respecto porque me daba miedo que de pronto me echara en cara lo que habíamos hecho.

No tenía nada de malo. Yo no me arrepentía lo más mínimo y eso que también había tenido una ruptura reciente. Iniciada por mí, sí, pero de cualquier forma no estábamos engañando a nadie.

Tal vez era que se había puesto triste. No lo sé. Pero esperaba que la visita a Kelea la ayudara a transitar lo que sea que hubiera en su mente. No por el sexo perdido, sino por ella. Por que no merecía pasarlo tan mal por un tipo que se veía a kilómetros que era un imbécil.

Me reacomodé en la zona del jardín en la que estaba jugando con los nietos de Kelea mientras oía como esta y Spencer hablaban tras de mí, en el porche de la casa.

Kelea vivía en una cabaña clásica de la época de las plantaciones, de una sola planta y construida con listones verticales de madera pintados de un verde apagado. Se notaba el paso del tiempo en el desgaste de las paredes, pero el lugar respiraba una calidez inmensa. Siempre me había encantado visitarla y, de alguna

manera, siempre me había sentido reconfortado al salir de allí. Esperaba que Spencer también lo sintiera.

—Tienes que coger la aguja así, ¿ves?

Kelea intentaba enseñar a Spencer cómo tejer un Lei a mano. Ella había tenido la idea de decirle que le parecían preciosos y mi querida Kelea lo tomó enseguida como una invitación a ponerla a trabajar en uno.

—Es difícil —murmuró Spencer.

—Las cosas preciosas raras veces son fáciles de hacer, ¿no crees? —contestó Kelea.

Sonreí. Su sabiduría era tan antigua, se sentía tan real que no conocía a nadie que se atreviera a llevarle la contraria.

—¿Y no da lástima que las flores se marchiten después de trabajar para hacerlos? —preguntó Spencer refiriéndose al Lei que tenía entre las manos a medio hacer.

—No lo hacemos pensando en que van a marchitarse, Keiki. — Spencer sonrió al oír que la llamaba del mismo modo que me llamaba a mí—. Lo hacemos para disfrutarlas en el momento. Sabemos que el Lei se marchitará, pero ¿acaso no morimos todos?

Spencer quedó en silencio y yo intenté concentrarme en el juego que tenía entre manos con los niños, pero era complicado dejar de prestarles atención. Kelea tenía razón. Íbamos a morir todos. Nadie se salvaba y nadie sabía cuándo ocurriría, por eso todo el mundo debería vivir de la mejor manera posible. Sin pensar en las consecuencias de cada acto de un modo tan intenso.

¿Estaba intentando usar las palabras de Kelea para justificar que Spencer debería acostarse conmigo? Sí. Pero no pensaba compartir mi línea de pensamiento con ella. No quería presionarla o que acabara haciendo algo que no quería. Solo... deseaba que ella estuviera llegando a las mismas conclusiones que yo.

—Fíjate, está quedándote precioso —dijo Kelea.

—Gracias. Las manualidades no son lo mío, pero prometo que disecaré este Lei y lo guardaré siempre.

—No lo hagas —dijo Kelea sonriendo—. Disfrútalo ahora. Aprovéchalo ahora. Y cuando su tiempo llegue a su fin, déjalo ir y dale las gracias por lo que aportó en tu vida mientras estuvo en ella.

Spencer tragó saliva y supe que, en efecto, estaba reflexionando acerca de algo más que el típico collar hawaiano hecho con flores.

Y cuando me miró y sus ojos se cruzaron con los míos, me quedé completamente hipnotizado. Era preciosa, eso no era una novedad. Lo era desnuda y también vestida. Lo que me sorprendió fue el modo en que un fuego se extendió por mi pecho, como si el simple hecho de mirarla calentara una parte de mí.

Era una estupidez, en realidad.

Lo nuestro había sido sexo. Sexo sin penetración, como a mi polla le gustaba recordarme. No es que tuviera quejas, pero no pensaba enredar aquello con emociones que no tenían cabida allí.

Si las sentía era únicamente porque estar en casa de Kelea era como entrar en un templo de sabiduría que lo obligaba a uno a meditar sobre cosas que, de otro modo, no haría.

Spencer acabó su Lei, yo acabé mi partida de Kōnane con los niños y luego me hicieron correr por todo el césped hasta que llegó la hora de la comida y, por fin, pude sentarme.

Joder, los niños eran agotadores.

Comimos Pollo Shoyu y ensalada mientras Kelea se recreaba en mi infancia y todos los pequeños actos vandálicos o travesuras que realicé bajo su cuidado. Spencer no dejaba de reír y preguntar más y más cosas acerca de mí y también de Piper, a la que profesaba un amor increíble. Mi hermana tenía suerte de tener una amiga como ella.

Kelea, al saber que tenía toda su atención, se explayó tanto que hasta terminó sacando un pequeño album de fotos que me hizo

pasar una vergüenza tremenda pero encantó a Spencer, a juzgar por sus comentarios.

—Mira, aquí estábamos viendo las tortugas marinas. No era la primera vez que las veíamos pero Landon les tenía verdadero pánico. Siempre fue un niño cobarde.

—Gracias, Kelea —dije con la boca torcida.

Ella movió una mano, como desechando mi supuesta ofensa, y Spencer rio en alto.

—Ahora no parece cobarde en absoluto.

—Bueno, eso es porque no hemos ido a ver las tortugas. Pero deberíamos ir antes de que os marchéis.

—Ya no me dan miedo —aseguré—. Hace siglos de ese día.

—Vomitaste solo con la idea de tocarlas —dijo Kelea riendo.

Spencer también rio y, aunque quise poner los ojos en blanco y decirle que no exagerara, lo cierto es que me gustaba verla así de relajada y contenta, así que les dije que sí, que iríamos otro día a verlas y les demostraría que no tenía nada de miedo.

La verdad es que me alegré enormemente de haber ido a casa de Kelea. Sus nietos ayudaron a que el ambiente fuera relajado y ella misma, con sus historias y anécdotas, rompió la tensión que pudiera haber entre Spencer y yo.

No me extrañó que, al despedirnos y subir al coche, ella se mostrara de nuevo risueña y relajada. Y solo por eso mereció la pena. No sabía si retomaríamos en algún momento el sexo o si Spencer finalmente aceptaría el pacto que le había propuesto, pero me conformaba con que no volviera a ser la chica lacrimogena y adicta a las películas románticas y dramáticas del principio.

13

Spencer

El camino de vuelta a casa fue extrañamente tranquilo. Ninguno de los dos habló mucho, pero no era un silencio incómodo. Era... cómodo. Por primera vez desde que nos conocimos, no sentía la necesidad de discutir por todo.

Miré de reojo a Landon. Conducía con una mano en el volante y la otra descansando sobre su muslo. El sol del atardecer le daba un tono dorado a su piel y, por enésima vez ese día, me di cuenta de lo jodidamente atractivo que era. No solo por el cuerpo (que ya era pecado), sino por cómo se había comportado en casa de Kelea: paciente con los niños, respetuoso con la anciana, y sorprendentemente... humano.

—¿En qué piensas? —preguntó sin apartar la vista de la carretera.

—En que hoy no te he odiado ni una sola vez —admití con una pequeña sonrisa.

Landon soltó una risa baja.

—Récord histórico. Deberíamos celebrarlo.

—No te emociones. Todavía puedo cambiar de opinión en cualquier momento.

Llegamos a la casa cuando el cielo ya se teñía de tonos naranjas y rosados. Nada más bajar del coche, la brisa cálida y el canto de los pájaros me relajaron aún más. Hawái tenía esa capacidad: hacer que todo pareciera menos grave.

Entramos y no sentí la urgencia de huir a mi habitación. Me quité las sandalias y me dejé caer en el sofá grande del salón con un

suspiro.

Landon se quedó de pie frente a mí, observándome con una expresión indescifrable.

—¿Quieres que pida algo de cena? —preguntó.

Asentí.

—Sorpréndeme.

Se fue hacia la cocina y yo me quedé mirando al techo, pensando en todo y en nada al mismo tiempo. En el mensaje borracho de Elliot. En las palabras de Kelea sobre disfrutar las flores antes de que se marchitaran.

«Disfrútalo ahora. Aprovéchalo ahora. Y cuando su tiempo llegue a su fin, déjalo ir y dale las gracias por lo que aportó en tu vida mientras estuvo en ella.»

Aquellas palabras hicieron clic dentro de mí.

¿Por qué seguía castigándome? ¿Por qué no disfrutar de algo bueno mientras durara?

Lo que Landon me ofrecía era un regalo inesperado. Un verano de placer, de orgasmos y de momentos compartidos con fecha de caducidad. Nada más. Nada menos.

Quizá Kelea tenía razón.

No hacía falta saber cómo acabaría para disfrutar mientras durara. Podíamos disfrutar del verano sin expectativas.

Las flores también se marchitaban. Y aun así nadie dejaba de admirarlas mientras estaban en plena floración.

Tal vez podía permitirme eso.

Vivir el presente.

Disfrutar de Hawái.

Disfrutar de él.

Y, cuando todo terminara, marcharme con un buen recuerdo en lugar de con otro arrepentimiento.

En ese momento Landon regresó del comedor con dos cervezas frías y una caja de pizza entre las manos. Se dejó caer a mi lado en el sofá.

—Pizza hawaiana —dijo dejando la caja sobre la mesa—. He pensado que era lo apropiado.

Puse los ojos en blanco, pero acepté la cerveza.

—Qué típico.

—Quería que te sintieras integrada en la cultura local.

Me reí.

—Probablemente esta pizza sea lo menos hawaiano de toda la isla.

—Es verdad. La inventó un canadiense en los sesenta.

Fruncí el ceño.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Te lo juro. Lo busqué un día por curiosidad. Lo único hawaiano que tiene es la piña.

Negué con la cabeza, divertida.

Bebimos en silencio un rato. Luego, sin mirarme, añadió en voz baja:

—No tenemos que hacer nada que no quieras, Spencer. Lo que pasó ayer... no cambia nada si tú no quieres que cambie.

Lo miré. Su perfil era tan perfecto que dolía un poco.

El silencio nos sobrevoló de nuevo. Y de nuevo, volví a escuchar la voz sabia de Kelea hablándome de disfrutar el momento.

¿Y si lo hacía?

¿Y si disfrutaba el momento?

Una calma inesperada se instaló en mi pecho. Hacía mucho tiempo que una decisión no me resultaba tan sencilla.

—Acepto tu pacto.

Landon levantó las cejas, sorprendido.

—¿El pacto de verano?

—Sí —confirmé—. Placer, diversión y sexo mientras estemos aquí. Sin sentimientos. Sin promesas. Y cuando volvamos a Nueva York, cada uno sigue con su vida como si nada hubiera pasado.

Una sonrisa lenta y peligrosa apareció en sus labios. Se inclinó hacia mí y me besó. No fue salvaje como los besos del día anterior. Fue más lento, más profundo. Como si estuviera saboreando el momento. Mi mano subió hasta su nuca y lo atraje más cerca.

—Entonces... ¿terminamos lo que empezamos ayer? —preguntó con la voz ronca cuando nos separamos.

Me reí suavemente y negué con la cabeza.

—Luego. Acaban de traer la pizza.

Landon soltó un gruñido.

—La pizza fría recalentada está mucho mejor, te lo aseguro.

Ni siquiera me dio tiempo a responder. Me cogió en volandas como si no pesara nada, me cargó sobre su hombro y subió las escaleras hacia su habitación mientras yo reía y le golpeaba la espalda.

—¡Landon!

—Demasiado tarde, fierecilla. Ya aceptaste el pacto.

Me dejó caer sobre la cama con un rebote y se quedó de pie mirándome con esa mirada oscura y hambrienta. Sus ojos se desviaron un segundo hacia el gran espejo que ocupaba casi toda la pared lateral de la habitación y sonrió con malicia.

—Quiero que veas todo —dijo con voz ronca mientras se quitaba la camiseta de un tirón—. Quiero que mires cómo te follo.

Me incorporé sobre los codos, excitada y nerviosa al mismo tiempo. Landon se deshizo del resto de su ropa con rapidez, abrió el cajón de la mesita de noche, sacó un condón y se lo puso con movimientos rápidos y seguros antes de subirse a la cama gateando hacia mí. Me quitó la camiseta, los shorts y la ropa interior en cuestión de segundos, dejándome completamente desnuda.

—Joder, Spencer... —murmuró, recorriendo mi cuerpo con las manos—. Eres demasiado perfecta.

Me besó con fuerza, metiendo la lengua en mi boca mientras una de sus manos bajaba directamente entre mis piernas. Gimió al encontrarme ya empapada.

—Tan mojada para mí... Qué buena chica.

Me abrió las piernas con una rodilla y se colocó entre ellas. Su polla, dura y protegida, rozaba mi coño mientras me besaba el cuello y bajaba hasta mis pechos. Chupó y mordió un pezón, luego el otro, hasta que yo me retorcí debajo de él.

—Landon... por favor...

—¿Por favor qué? —preguntó, rozando su glándula contra mi clitoris—. Dímelo.

—Fóllame —supliqué, sin vergüenza.

Él sonrió contra mi piel.

—Así me gusta. Que me pidas lo que quieres.

Se incorporó un poco, me cogió por las caderas y, de un solo empujón profundo, entró en mí hasta el fondo.

Grité de placer. Estaba tan mojada que entró sin resistencia, llenándome por completo. Landon soltó un gruñido gutural y empezó a moverse con fuerza, follándome con embestidas profundas y constantes.

—Mírate —ordenó, girando mi cara hacia el espejo—. Mira cómo te estoy follando.

Obedecí. La imagen era obscenamente caliente: mi cuerpo desnudo debajo del suyo, mis pechos rebotando con cada embestida, su culo tenso moviéndose entre mis piernas. Verlo me puso aún más cachonda.

—Dios... qué vista —gruñó él, acelerando el ritmo.

Me sujetó las muñecas por encima de la cabeza con una mano y siguió follándome más duro. El sonido de nuestra piel chocando llenaba la habitación junto con mis gemidos y sus gruñidos.

—¿Te gusta que te folle así? ¿Duro?

—Sí... joder, sí...

Cambió de posición, me puso de lado y levantó una de mis piernas, follándome desde un ángulo nuevo que me dejaba sin aliento. Su mano libre bajó hasta mi clítoris y lo frotó en círculos rápidos mientras seguía penetrándome.

—Quiero que te corras en mi polla, Spencer. Quiero sentir cómo me aprietas.

No tardé mucho. El orgasmo me golpeó con fuerza, arqueando la espalda y gritando su nombre. Landon no se detuvo. Siguió follándome a través del orgasmo, prolongándolo hasta que temblaba.

—Buena chica... —susurró, besándome el cuello—. Ahora te voy a follar como te prometí.

Me puso a cuatro patas, mirando directamente al espejo. Me cogió del pelo con una mano y del culo con la otra, y volvió a entrar en mí de un golpe seco.

—Joder, qué culo tienes... —gruñó, dándome una palmada fuerte que me hizo gemir más alto.

Empezó a follarme con fuerza, profundo y rápido. En el espejo podía ver su cara de puro placer, sus abdominales tensos y su polla entrando y saliendo de mí.

—Dime que te gusta —exigió.

—Me encanta... me encanta cómo me follas...

Landon soltó un gemido ronco y aceleró. Sus embestidas se volvieron más salvajes, más desesperadas.

—Joder, me voy a correr... —gruñó contra mi oído.

Con un último empujón profundo y un gruñido animal, Landon se clavó hasta el fondo y se corrió con fuerza dentro del condón. Su polla palpitaba violentamente mientras me apretaba las caderas con ambas manos, temblando encima de mí. Se quedó enterrado unos segundos más, respirando con dificultad, antes de dejarse caer sobre mi espalda y besarme la nuca con los labios calientes.

—Joder, Spencer... —susurró contra mi piel, todavía dentro de mí —. Esto acaba de convertirse en mi nueva actividad favorita en Hawái.

Me reí, agotada y completamente satisfecha, y giré la cabeza para besarlo torpemente.

—Pizza fría, entonces —murmuré.

Landon soltó una carcajada ronca y me abrazó con más fuerza, todavía recuperando el aliento.

—Pizza fría y más de esto. Muchas veces.

14

Landon

Desperté a la mañana siguiente sintiéndome jodidamente bien.

La luz del sol entraba suave por las ventanas, la brisa cálida movía las cortinas y, lo mejor de todo: Spencer estaba dormida a mi lado, completamente desnuda, con el pelo revuelto sobre la almohada y una expresión de paz que rara vez le veía cuando estaba despierta.

Su culo rozaba mi cadera y solo con eso mi polla ya empezaba a despertar. Sonreí. Anoche había sido intenso. Mejor de lo que había imaginado. Spencer era apasionada, entregada y sorprendentemente viciosa una vez que se soltaba. Me encantaba esa combinación.

Me giré con cuidado y pasé un brazo por su cintura, pegándome a su espalda. Mi erección matutina se acomodó entre sus nalgas y ella se removió ligeramente, dejando escapar un suspiro dormido.

—Buenos días, fierecilla —murmuré contra su nuca, besándola suavemente.

Spencer soltó un gemidito adorable y empujó su culo contra mí de forma inconsciente. Sonreí.

—Dime, ¿sigues teniendo hambre? Porque yo sí —dije, deslizando una mano por su vientre hasta llegar a uno de sus pechos.

Ella se rio suavemente, todavía medio dormida.

—Eres insaciable.

—Contigo sí —admití, pellizcando suavemente su pezón—. Anoche solo fue el aperitivo.

Spencer se giró entre mis brazos y me miró con los ojos entrecerrados, todavía con cara de sueño pero con una sonrisa perezosa.

—¿Aperitivo? Me corrí siete veces. ¡Siete! Tengo agujetas en partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

—Pero te encantó —respondí, besándola en los labios.

Ella me devolvió el beso, más despierta ahora, y pasó una pierna por encima de mi cadera, rozándose contra mi polla dura.

—Tal vez —murmuró contra mi boca—. Pero ahora tengo hambre de verdad. De comida.

Gruñí, fingiendo frustración, y apreté su culo contra mí.

—Podría alimentarte después... —sugerí, mordiendo suavemente su labio inferior mientras mi mano bajaba entre sus piernas.

Spencer soltó un jadeo cuando mis dedos encontraron su clítoris, pero me empujó por el pecho riendo.

—Comida primero, sexo después, semental. Necesito recuperar fuerzas si voy a sobrevivir a ti.

Acepté a regañadientes y bajamos juntos a la cocina. Ella llevaba solo mi camiseta, que le quedaba grande y le resbalaba por un hombro. Era una visión deliciosa.

Me puse a preparar café mientras ella se sentaba en uno de los taburetes de la isla, observándome. Encendí la cafetera con movimientos normales, sin golpear nada, sin hacer ruido innecesario.

Spencer me miró con los ojos entrecerrados durante unos segundos y luego abrió la boca, sorprendida.

—¡Lo sabía! —exclamó, señalándome con el dedo—. Sabes hacer café sin montar el escándalo infernal que has estado haciendo todas estas mañanas. ¿Lo hacías solo para desquiciarme?

Sonreí sin mirarla, midiendo el café con calma.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —repitió, incrédula.

Dejé la cafetera en marcha y me giré hacia ella, apoyándome en la encimera.

—Lo hacía con la esperanza de que, despertándote pronto, dejaras de llorar hasta las tantas por las noches —admití con sinceridad—. Pensé que si estabas más cansada durante el día, dormirías mejor y dejarías de pasarte las madrugadas hecha un mar de lágrimas por ese imbécil.

Spencer parpadeó, claramente sorprendida por la honestidad. Por un momento no dijo nada.

—Y ahora... —continué, acercándome a ella lentamente— ya no necesito hacerlo. Porque en lugar de llorar, gimes. Y prefiero mil veces despertarte con mis manos y mi boca que con el ruido de la cafetera.

Me detuve frente a ella, entre sus piernas. Spencer me miró desde el taburete con una mezcla de sorpresa, ternura y deseo.

—Eres un idiota.

—Lo sé —respondí, inclinándome para besarla—. Pero soy un idiota que no quiere oírte llorar.

Ella me devolvió el beso, más lento esta vez, y rodeó mi cuello con los brazos.

—Entonces vas a tener que seguir haciendo que gima —susurró contra mis labios.

Sonreí.

—Ese era el plan.

La cafetera empezó a borbotear detrás de nosotros, pero ninguno de los dos le prestó atención. En ese momento, lo único que importaba era su boca, sus piernas rodeándome y la promesa silenciosa de que este verano acababa de empezar de verdad.

—Si queremos que esto funcione —dijo Spencer horas más tarde—, tenemos que dejar el pacto por escrito.

Parpadeé y bajé la mirada hacia ella.

Estábamos en mi habitación, comiendo sushi que habíamos pedido y viendo una de sus películas románticas. Esta vez le tocó el turno a Una cuestión de tiempo.

Spencer estaba recostada contra mi pecho, de nuevo llevando solo una de mis camisetas, mientras yo le acariciaba el muslo distraídamente.

—¿Quieres que escribamos un contrato sexual?

—Exacto —respondió con total naturalidad, como si estuviera proponiendo hacer la lista de la compra.

Me reí, incrédulo.

—¿Por qué? Las reglas son sencillas: follar cuando queramos, descansar cuando queramos, y no complicarnos la vida.

Spencer se incorporó un poco para mirarme con expresión seria.

—Si algo me ha enseñado la vida es que cuantas más cosas dejas al libre albedrío, más posibilidades hay de cagarla. Sobre todo cuando hay sexo de por medio. Prefiero que quede claro desde el principio.

—Está bien —acepté—. ¿Y según tú qué deberíamos poner en ese contrato?

Spencer se sentó completamente, cruzando las piernas sobre la cama con entusiasmo. Cogió un cuaderno que había sobre la mesita de noche, arrancó una hoja y buscó un bolígrafo entre los cajones.

—Primero: nada de dormir juntos todas las noches. Solo cuando nos apetezca de verdad. Nada de acurrucarnos como pareja.

—Entendido.

—Segundo: nada de follar con otros. No quiero pillar una ETS porque tú te folles a una tía cualquiera durante el verano.

Sonreí, un poco sorprendido por lo directa que era.

—Exclusividad total, entonces.

—Exacto —confirmó mientras iba anotando cada punto en la hoja con una letra rápida y sorprendentemente ordenada—. Mientras estemos en Hawái, esto es solo entre tú y yo.

—Me parece justo —dije, pasando la mano por su muslo—. ¿Qué más?

—Tercero: cuando termine el verano, se acabó. Nada de mensajes, nada de «sigamos en contacto», nada de romanticismo absurdo. Volvemos a ser conocidos que se odian cordialmente.

Sonreí de medio lado.

—¿Cuarto?

—Cuarto... —siguió escribiendo— nada de sexo anal. Ni aunque me pongas ojitos. No me gusta.

—Bueno, estoy bastante seguro de que conmigo te gustaría, pero vale. Apuntado.

—Quinto: nada de prácticas raras o demasiado extremas sin preguntar primero. Si quieres probar algo nuevo, me lo dices antes. No me gustan las sorpresas en la cama.

—Bastante razonable.

—Sexto... nada de fotos o vídeos sin mi permiso expreso. Ni aunque sean solo para ti. No quiero que luego terminen en cualquier sitio.

Me reí por lo bajo.

—Eres más desconfiada de lo que pensaba.

—¿Tú quieres añadir alguna regla?

Me quedé pensando un segundo y sonreí con malicia.

—Sí. Séptimo: cuando estemos follando, quiero que seas completamente sincera. Si te gusta algo, me lo dices. Si no te gusta, también. Nada de fingir orgasmos ni de aguantar por complacerme.

Spencer me miró con una ceja levantada, claramente sorprendida por la regla.

—Eso... me gusta —admitió.

—Bien —dije, quitándole el bolígrafo y la hoja de las manos para echarles un vistazo—. ¿Ya está? ¿Contrato cerrado?

—Todavía no. Ocho... si en algún momento uno de los dos siente que está desarrollando sentimientos, tiene que decirlo inmediatamente. Y terminamos. Sin dramas.

Me quedé mirándola unos segundos. Luego me incliné hacia delante, le quité el recipiente de sushi y lo dejé a un lado.

—Trato hecho —murmuré, tumbándola de nuevo y colocándome encima de ella—. Pero voy a añadir una regla más.

—¿Cuál? —preguntó, rodeándome el cuello con los brazos.

—Nueve: prohibido pedir perdón por disfrutar. Si te lo estás pasando bien, no quiero que intentes justificarlo ni conmigo ni contigo misma.

Spencer me miró a los ojos durante un segundo, como procesando la regla. Luego sonrió con una mezcla de ternura y picardía.

—Me gusta esa.

—Bien. Ahora sí. Contrato cerrado.

Me incliné para besarla, pero ella puso un dedo en mis labios, deteniéndome.

—Todavía no hemos firmado —recordó, divertida.

Sonreí con malicia, bajando la mano para subirle la camiseta.

—Ya lo haremos después —susurré contra su boca, quitándole la prenda de un tirón—. Ahora tengo otras prioridades.

Y sin dejarle protestar, le abrí las piernas y me enterré en su coño de un solo empujón profundo y lento.

Si algo aprendí aquel día fue que los contratos son muy fáciles de redactar... y peligrosamente difíciles de cumplir.

15

Spencer

El agua cristalina todavía nos goteaba del pelo cuando tocamos tierra firme. La excursión para nadar con las tortugas gigantes marinas había sido un éxito, de esos que te dejan con una sensación de paz en el cuerpo y el pulso desacelerado. Ver a aquellas criaturas ancestrales deslizarse con tanta gracia bajo la superficie había conseguido lo imposible: mantenernos a Landon y a mí en silencio durante casi dos horas.

Estábamos concentrados en disfrutar de aquello. Él ya lo había vivido de niño, aunque con pánico, a juzgar por las fotos que me enseñó Kelea y todo lo que me contó. En aquel momento no tenía miedo, o no lo parecía. Demostró que ya no era el niño asustadizo del pasado y disfrutó de las tortugas, haciendo que yo también disfrutara. Todo fue perfecto: el clima, la experiencia, sus roces continuos contra mi cuerpo cuando Kelea estaba despistada.

Me sentía ardiendo constantemente a su lado. Era increíble que solo con rozar la punta de sus dedos con mis muslos disimuladamente yo sintiera que me humedecía. Culpaba al sexo excelente por esas reacciones, porque mi cuerpo sabía reconocer al culpable de recibir tantos orgasmos.

Después de la excursión Kelea nos llevó a caminar bastante rato. Nos hizo seguirla, apartándonos de la costa turística para mostrarnos algo en lo que parecía muy interesada.

A pesar de su avanzada edad, caminaba con paso firme. Lento, pero firme y constante. Nos obligó a seguirla hasta que aminoró el ritmo al llegar a un pequeño claro sombreado por árboles de hau. Allí, semiescondido entre la vegetación, se levantaba un pequeño

heiau, un antiguo lugar sagrado marcado por piedras volcánicas negras alineadas con precisión.

De inmediato sentí las vibraciones del lugar como algo especial. El aire allí era distinto, más denso, cargado de sal y de una solemnidad que solo dan las maravillas antiguas.

—Este lugar es especial —nos dijo Kelea, haciendo una pausa frente a un altar de piedra—. Los antiguos pescadores venían aquí a pedir protección, pero también a dar gracias. Hay una vieja historia que los ancianos contaban cuando yo era apenas una niña.

Miré de soslayo a Landon y me encantó lo que vi. Estaba atento a ella, la miraba con veneración y paciencia y aquello me hizo pensar de inmediato que ninguna mala persona miraría así a la mujer que ayudó a criarlo. Landon podía ser chulo, prepotente y sacarme de mis casillas a menudo, pero no era malo. Y adoraba a aquella mujer, era evidente.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y apoyaba la espalda contra el tronco de una palmera con actitud despreocupada. Estaba guapísimo. Y algo dentro de mí palpitó de inmediato al reconocerlo. Se lo achaqué al deseo, saqué una botella de agua de mi mochila, di un sorbo para refrescarme y volví a guardarla, acomodandome para prestar atención a Kelea.

—Esta no es la típica historia de amor de cuento —continuó la anciana, mirándonos con paciencia—. Aquí no hay príncipes. La leyenda dice que el océano tiene memoria. Dice que, si dos almas están destinadas a entrelazarse, el agua se encargará de separarlas y juntarlas las veces que haga falta, arrastrándolas por mareas distintas hasta el momento exacto. Mi gente siempre ha creído que no importa cuán lejos te lleve la corriente: el océano siempre devuelve aquello que está destinado a encontrarse. —Miró a Landon a conciencia y clavó en él una sonrisa que me puso nerviosa—. Y luchar contra el océano es imposible.

No sé qué pretendía Kelea con aquello, pero Landon puso los ojos en blanco y dejó escapar un resoplido medio ahogado que ni

siquiera intentó disimular.

—Por favor, Kelea —murmuró, apartándose un mechón de pelo mojado de la frente—. El océano devuelve plásticos, redes rotas y, con suerte, algún mensaje en una botella. No relaciones interpersonales. Es una historia bonita, pero no muy distinta de la historia de Santa Claus.

Kelea no se ofendió. Solo sonrió y me miró a mí.

—¿Qué piensas tú?

Encogí los hombros y dejé que mi vena analítica se encargara de responder:

—Sí creo que el mar devuelve algo de vez en cuando, pero es por estadística pura. Si lanzas mil cosas al agua y la corriente trae una de vuelta debido a las mareas y la topografía marina, la gente olvida las novecientas noventa y nueve restantes y lo llama «destino». Son simples leyes de la física y casualidades dinámicas.

Landon me miró con una sonrisa que me puso nerviosa.

—Vaya, pensé que tú eras una romántica.

—Soy romántica cuando debo serlo y realista cuando toca. Es una leyenda preciosa, pero nada más que eso: una leyenda.

—Has intentado besar a una tortuga de cien kilos. Eso no ha sido muy realista de tu parte.

—¡No estaba intentando besarla, idiota! Estaba saludando con cariño —respondí avergonzada.

Landon soltó una carcajada y yo me enfurruñé y miré a Kelea, que nos observaba en silencio. Vi cómo se le dibujaba una pequeña y cálida sonrisa en el rostro ajado, una de esas miradas sabias que no alcancé a descifrar del todo en ese instante.

Creo que Kelea sonreía porque creía saber algo que nosotros no. En ese momento, detrás de mis ecuaciones sobre la física de las mareas y el cinismo de Landon, ella podía ver que nosotros aún

estábamos demasiado ciegos para aceptar que estábamos empezando a sentir cosas que no tenían mucho que ver con el sexo. Aunque no estuviéramos ni remotamente cerca de poder aceptarlo sin sufrir un colapso nervioso.

El día había sido increíble, así que pretendía que siguiera así dejando de lado los estúpidos acelerones de mi corazón cada vez que Landon me rozaba, tocaba o sonreía.

Lo único que me ocurría era que estaba deseando llegar a casa, arrancarle la ropa y disfrutar de lo que su cuerpo podía ofrecerme. Nada más. Teníamos una química tan brutal que bastaba una leyenda romántica y un baño con tortugas para que me sintiera tan sensible como para volver a casa a seguir disfrutando del increíble y maravilloso sexo que me daba.

Y todo lo que dijera Kelea... bueno, era palabrerío. Un palabrerío precioso proveniente de una mujer a la que había tomado cariño en tiempo récord, pero palabrerío, al fin y al cabo.

16

Spencer

Habían pasado exactamente once minutos desde que Landon salió corriendo por la puerta como si le fuera la vida en ello después de que, a punto de penetrarme, nos diéramos cuenta de que no teníamos más condones.

No es como si no nos hubiéramos consolado, porque habíamos acabado haciendo un 69 en el que me corrí dos veces antes de que él llenara mi boca con su semen, a petición mía. Fue increíble, como cada sesión de sexo, pero Landon no quería ni pensar en volver a repetir y no tener condones. En realidad, lo entendía. Había algo primitivo y demasiado placentero en el hecho de tenerlo dentro y sentir cómo palpitaba en mi interior mientras alcanzaba el orgasmo y yo apretaba mis músculos vaginales para hacerlo enloquecer.

Antes de irse me prometió regresar en tiempo récord. Me lo tomé a risa, pero el sonido de un motor acelerando en el camino de entrada me sacó de mis pensamientos.

Sonreí, porque me encantaba que estuviera tan ansioso por volver conmigo, y decidí recibirlo de forma que se sintiera premiado por haber sido tan rápido.

Me quité las bragas que llevaba puestas y me puse una de sus camisas, que encontré en el armario. Dejé los botones completamente abiertos hasta la zona del pubis, donde los cerré estratégicamente. Se intuían mis pechos, pero no se veían. Se intuía mi vagina, pero no se veía. Lo justo para volverlo loco, porque ya lo conocía, al menos en el sexo. Landon adoraba jugar con todo lo que fuera erótico y provocador.

Me solté el pelo, me apoyé contra el marco del pasillo adoptando una postura estudiadamente sensual y ensayé mi sonrisa más

provocadora.

La puerta principal se abrió de golpe.

—Eso ha sido realmente rápido, y como premio... —empecé a decir, deslizando la tela de la camisa por un hombro.

No acabé mi gesto. Las palabras se me congelaron en la garganta. La sonrisa se me desintegró en un microsegundo y sentí cómo todo el aire de mis pulmones se evaporaba de golpe.

No era Landon.

En el umbral de la puerta, con la mano aún en el pomo y una maleta de mano al lado, estaba Piper, la hermana de Landon. La misma Piper que no tenía ni la menor idea de que su hermanito estaba en Hawaii. Y mucho menos sabía lo que había estado haciendo los últimos días con su mejor amiga.

En un momento normal nos habríamos abrazado sin pensar, pero nos quedamos en silencio, petrificadas, la una frente a la otra. Mi cerebro se colapsó tanto intentando procesar la situación que no supe qué decir.

—¿Spencer? —articuló Piper, parpadeando muy despacio mientras su mirada descendía por mi torso casi desnudo, pasaba por la camisa claramente masculina que llevaba puesta y volvía a mis ojos.

Sentí que el rostro me ardía a una temperatura capaz de fundir el metal. Me crucé de brazos a la velocidad de la luz, intentando cerrar los faldones de la camisa con desesperación mientras mi mente buscaba algo que decir. Lo que fuera. Una excusa que explicara todo aquello.

—¡Piper! —exclamé al fin, con una voz absurdamente aguda—. Dios mío... ¡qué sorpresa!

—Bueno, amiga, lo mismo digo —murmuró ella.

—Bueno, sí, es que... el calor. Hay muchísima humedad en esta zona de la isla, ¿sabes? Estaba... probándome ropa de tela ligera para intentar combatir la sudoración. ¿Es de tu padre? La encontré en el armario y...

Piper entrecerró los ojos un instante, con una mezcla de escepticismo y desconcierto, pero supe que me salí con la mía cuando sonrió y alzó una mano en un gesto de despreocupación.

—Seguramente sea de mi hermano, pero tranquila. Ese idiota tiene tanta ropa que ni él es capaz de cuantificarla. —Piper dejó la maleta a un lado con un suspiro pesado y se pasó la mano por la frente, visiblemente agotada por el viaje—. Vine a hacerte una visita sorpresa porque me tenías preocupada —continuó, avanzando hacia donde yo estaba—. Llevas días sin contestar el teléfono a la primera y, cuando lo haces, te noto rara. Sé que te envié aquí para que te despejaras, pero mi preocupación ha ido creciendo. No quiero que te conviertas en una ermitaña. Además, llamé a Kelea, mi antigua niñera, para que te echara un vistazo, pero incluso a ella la noté rara. Super evasiva. Como si me estuviera ocultando algo.

Se me hizo un nudo en la garganta y la culpa me atravesó el pecho: mi mejor amiga me había mandado a su refugio de Hawaii para que sanara mi corazón roto y yo estaba follando con su hermano de un modo tan salvaje que me había olvidado del móvil y prácticamente de todo el resto del mundo.

—Kelea es un amor —dije improvisando a toda prisa, porque una cosa era sentirme mal y otra admitir la verdad. Eso no pensaba hacerlo jamás. Me abotoné la camisa hasta el cuello con dedos temblorosos y hablé con cautela—. Quizás solo la notaste distraída porque la mujer no para en todo el día, entre los nietos y tener que vigilarme a mí... Ya sabes. Siento mucho no haber estado tan comunicativa. Hawaii me ha tenido completamente absorta.

Mi amiga sonrió y me abrazó, esperando que le diera la bienvenida que se había imaginado en un principio. Yo correspondí el gesto y luego, tan disimuladamente como pude, busqué mi móvil

mientras ella iba a la cocina a por agua y tecleé casi a ciegas y desesperada un mensaje para Landon.

SPENCER

iiiTu hermana está aquí!!!

Le di a enviar justo cuando Piper se giró de nuevo para mirarme.

—En fin, es un alivio ver que estás bien, aunque se te note la humedad en todo. Querida, tu pelo es un desastre. —Sonrió y yo me tragué los nervios porque mi pelo sí era un desastre, pero la humedad no tenía nada que ver. Las manos de Landon mientras me sujetaba y me follaba la boca, en cambio, eran las culpables de todo —. En fin, lo siento. Igual he sido una paranoica, pero entre tu comportamiento y que no consigo dar con mi hermano después de que se largara...

—¿Sigue desaparecido? —pregunté aterrorizada, intentando disimular.

—Desde luego. Ese capullo sabe bien cómo esconderse. Mis padres están al borde del colapso.

Antes de que pudiera articular palabra, la puerta principal volvió a abrirse de golpe. Landon entró casi sin aliento, despeinado, con las llaves en una mano y agitando una bolsita de plástico en la otra.

—¡Casi me cargo la amortiguación del coche, pero ya estoy aquí y...!

Landon frenó en seco al ver a su hermana. Su voz se extinguió de golpe. Sus ojos pasaron de mí a la figura que había a mi lado repetidas veces y el color de su cara desapareció en un segundo. Habría sido gracioso, de no ser porque estaba temiendo por el aguante de mi corazón.

—¿Piper? —balbuceó.

—¿Landon? —Mi amiga parpadeó, completamente descolocada, mirando a su hermano y luego volviéndose hacía mí. Abrió la boca, pero lo que sea que pasó en su cerebro hizo que me bloqueara y que se dirigiera a su hermano de nuevo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Miré a Landon horrorizada, luego a Piper y, finalmente, a la bolsa de la farmacia que él aún sostenía en alto como si fuera un trofeo.

En ese preciso instante, entendí que iba a ser muy complicado salir de aquella situación con la dignidad intacta y sin herir de alguna forma a la única persona en la que sentía que podía confiar de verdad.

17

Landon

Me quedé blandiendo la bolsa de la farmacia en alto, como un idiota, incapaz de articular ni una sola palabra.

Cuando salí a por condones, lo último que esperaba encontrar a mi vuelta era a mi hermana pequeña. Había esperado un recibimiento mucho más... privado. No a Piper plantada en el salón con esa expresión que solo aparece cuando el cerebro se niega a aceptar lo que están viendo los ojos.

—¿Alguien me va a explicar qué coño está pasando aquí? —exclamó de pronto, saliendo de su mutismo.

Bajé la bolsa a toda prisa, antes de que Piper pudiera reparar en ella y encajar todas las piezas.

—Piper... deja que te lo explique —empezó Spencer, pero mi hermana la detuvo con un gesto de la mano mientras clavaba sus ojos furiosos en mí.

—No, tú no. Que se explique él. ¿Qué haces aquí, Landon? ¿No es un poco inmaduro por tu parte abandonar Nueva York después de romper con tu novia solo porque tienes miedo de enfrentarte a Henry?

Tragué saliva, incapaz de darle una respuesta. Por supuesto había mucha inmadurez en mis acciones, pero también había un poco de instinto de supervivencia.

Bajé la vista un instante.

Sí, había huido.

Y sí, probablemente estaba posponiendo una conversación que tarde o temprano tendría que afrontar.

Ante mi falta de respuesta, Piper resopló y se encaró a Spencer.

—¿En serio me has estado escondiendo esto? ¿Desde cuándo?

Vi a Spencer tragar saliva antes de responder.

—Desde el primer día. Lo encontré aquí, en casa, cuando llegué de Nueva York. Me pidió que no te dijera nada porque quería hacerlo él cuando estuviera preparado. Yo... no sabía hasta qué punto debía respetar su decisión.

—¿Y te pareció buena idea?

Spencer hizo una mueca.

—Me pareció que era su noticia y que le correspondía a él contarla.

—Claro, muy bonito todo. Que os den a los dos.

Cabreada, Piper agarró la maleta y subió las escaleras a toda prisa.

En cuanto desapareció en el primer piso, Spencer se volvió hacia mí mordiendo el labio inferior. La culpa se reflejaba con total claridad en su rostro.

—¿Crees que se ha dado cuenta de lo nuestro? —susurró.

Negué con la cabeza.

—Diría que no. De lo contrario, en vez de echarme la bronca por desaparecer de Nueva York, habría estallado la Tercera Guerra Mundial.

—¿Debería ir a hablar con ella?

—Déjame a mí. Está más enfadada conmigo que contigo.

Spencer me miró como si no terminara de creerme, pero no le di tiempo a replicar. Lancé un vistazo hacia el rellano para asegurarme de que Piper ya había desaparecido y, antes de subir, le di un beso rápido en los labios, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

—No te quites eso hasta que pueda hacerlo yo.

Ella puso los ojos en blanco, aunque la comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

Que mi hermana hubiera aparecido en el momento menos oportuno complicaba las cosas, pero no iba a dejar que nos las complicara más de lo estrictamente necesario.

Subí las escaleras de dos en dos.

Encontré a Piper en su antigua habitación. Estaba tumbada boca arriba sobre la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en el techo.

—Vete. No quiero verte.

—Si hubiera hecho caso cada vez que me has dicho eso desde que teníamos diez años, habría pasado media infancia durmiendo en el jardín.

Ni siquiera sonrió.

—Oye, siento haber ignorado tus llamadas, pero necesitaba unos días de desconexión y paz.

—¿Y tanto te costaba mandarme un miserable mensaje? No te pedía una videollamada de tres horas, Landon. Solo un: «Estoy bien. Necesito tiempo».

—¿Para qué? ¿Para que corrieras a decirle a Henry dónde podía encontrarme?

Piper se incorporó de golpe.

—¿De verdad crees que te habría delatado? ¿Tan poca confianza tienes en mí?

La miré con escepticismo.

—Te estaba haciendo un favor.

Soltó una carcajada sin humor.

—Uy, sí. Seguro que sí.

—Te estaba salvando de ti misma.

Frunció el ceño.

—¿De qué se supone que tenías que salvarme?

—De ser una bocazas delante de Henry. —Abrió la boca para protestar, pero la interrumpí—. Porque todos sabemos que tu lealtad fraternal sale por la ventana en cuanto él aparece.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Dime una sola vez que Henry te haya mirado con esos ojos de cachorro abandonado y tú no hayas terminado haciendo exactamente lo que quería.

Piper apretó los labios y no respondió.

Porque tenía razón. Lo sabía yo, lo sabía ella y lo sabía cualquiera que los hubiera visto interactuar durante más de cinco segundos. Cualquiera menos Henry. O quizá él también lo sabía y simplemente fingía no darse cuenta.

Suspiré.

—Lo siento, ¿vale? Sé que tendría que habértelo dicho, pero quería ahorrarme un drama contigo, uno en el que te pusiera entre la espada y la pared y tuvieras que elegir entre mentirle a él o traicionar mi confianza.

Piper arqueó una ceja.

—Qué considerado por tu parte. De verdad, casi consigues emocionarme. Eso te honra. Igual que meter a mi mejor amiga en tu mentira. Dime, ¿hay algo más que me estéis escondiendo?

Noté un escalofrío recorriéndome la espalda.

Piper me observaba con los ojos entrecerrados, esperando una respuesta.

Y supe, con absoluta certeza, que como llegara a descubrir lo mío con Spencer, me faltaría isla para correr.

Así que adopté mi mejor expresión de inocencia.

La de un angelito.

Un angelito que jamás haría algo tan terrible como acostarse con la mejor amiga de su hermana... a escondidas de su hermana.

Negué con la cabeza y Piper volvió a tumbarse y clavar sus ojos en el techo.

—Entonces déjame. Quiero estar sola.

—Habíamos pensado ir a cenar a Kailua. Hay un restaurante japonés que hace el mejor katsudon de la isla. El mismo que siempre dices que te hace olvidar que estás enfadada conmigo.

No hubo respuesta.

Solo un gruñido que interpreté como «déjame en paz».

Sonreí para mis adentros.

Eso no era un no.

Bajé las escaleras y encontré a Spencer esperándome al pie de estas, retorciéndose las manos con evidente nerviosismo. Seguía vestida con mi camisa, lo que hizo que mi polla recordara exactamente lo que estábamos a punto de hacer antes de que apareciera mi hermana.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, levantó las cejas en una pregunta silenciosa. Negué despacio con la cabeza.

—Sigue enfadada.

—¿Pero...?

—Creo que he plantado una semilla. Con un poco de suerte, el katsudon hará el resto.

Spencer soltó una risa por lo bajo.

—¿De verdad crees que la comida japonesa puede arreglar esto?

—No. Pero con mi hermana siempre ayuda.

Spencer no parecía demasiado convencida.

—Ojalá tengas razón.

Me acerqué hasta ella despacio.

—La tengo.

Le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos antes de deslizar la mano por su cintura, colándola bajo el bajo de su camiseta para rozar la piel caliente de su espalda.

Se apartó al instante.

—¿Qué haces? Piper podría vernos.

—De eso nada. La conozco. Cuando se enfada, se atrinchera en su habitación como un dragón protegiendo su tesoro. No saldrá hasta que haya decidido que el resto del mundo ya ha sufrido suficiente.

Spencer arqueó una ceja.

—¿Y eso significa...?

—Que tenemos un rato para retomar lo que dejamos a medias.

Antes de que pudiera protestar, la cogí en volandas y la llevé conmigo a la habitación de invitados de la planta baja, lejos de los oídos de Piper, donde pensaba follármela hasta que olvidara por completo que teníamos compañía en la casa.

18

Spencer

Los días que siguieron fueron... complicados. Por decirlo de una manera elegante.

Piper no me dirigía la palabra más de lo estrictamente necesario. Y cuando lo hacía, era únicamente para preguntarme dónde estaban las llaves del coche, si había café o a qué hora pensábamos salir.

Sabía que Piper podía ser rencorosa y que mi mentira, o mejor dicho, mi omisión de la verdad, iba a tener consecuencias. Pero, sinceramente, empezaba a pensar que estaba exagerando.

No había matado a nadie.

Solo había respetado la petición de su hermano.

Y, aun así, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, su silencio decía mucho más que cualquier reproche.

Casi prefería que me gritara.

Landon insistía en que ya se le pasaría, que su hermana era así, que necesitaba tiempo para enfadarse, darle vueltas a todo y decidir por sí misma cuándo estaba preparada para volver a la normalidad. Pero se me estaba haciendo larga la espera.

Aunque, por suerte, gracias a Landon no demasiado larga...

Porque mientras Piper se atrincheraba en su enfado, nosotros nos atrincherábamos en mi habitación, la suya o la de invitados de la planta baja.

Follábamos en silencio, como si el silencio fuera parte del juego.

A las seis de la mañana, cuando ella todavía dormía.

A las tres de la madrugada, cuando la casa estaba en completa quietud.

Una vez incluso en el porche trasero, con la brisa de la noche rozándome la piel y la mano de Landon apretada contra mi boca para que no gritara.

Y otra, en la ducha, con el agua al mínimo para no hacer ruido y el vapor envolviéndonos mientras él me sujetaba contra los azulejos y me follaba despacio, mordiéndome el hombro cada vez que un gemido se me escapaba.

Sabía que follarme al hermano de Piper en secreto mientras ella estaba enfadada conmigo no era precisamente la mejor manera de demostrar mi arrepentimiento. Pero era verano, éramos libres y yo solo quería disfrutar de aquel sexo, que era sin duda el mejor de mi vida.

Algo empezó a cambiar a partir del cuarto día de la llegada de Piper en la casa.

Aquella mañana, cuando bajó a desayunar no lo hizo con el ceño fruncido y de morros, como acostumbraba. Lo hizo serena. Demasiado serena.

—Buenos días.

Tardé un par de segundos en reaccionar.

—Buenos días...

Miré a Landon de reojo.

Él también parecía desconcertado.

Piper abrió la nevera, sacó la leche, se preparó un bol de cereales y se sentó con nosotros como si los últimos días no hubieran existido.

Durante unos minutos hablamos del tiempo, de la playa y de qué podíamos hacer aquella tarde. Hasta que, de pronto, dejó la taza sobre la mesa y nos miró.

—Chicos... siento haber sido tan borde estos días. Estaba dolida. Me fastidió enterarme de que mi hermano estaba aquí de casualidad y de que mi mejor amiga me lo hubiera ocultado. Pero ya se me ha pasado.

—Entonces... ¿nos perdonas? —pregunté.

Piper suspiró.

—Supongo que sí. Además, me alegro de que el plan inicial, que era que vinieras aquí para olvidarte de Eliot, esté funcionando. Porque está funcionando, ¿no?

La pregunta me pilló desprevenida.

Asentí.

—Sí. La verdad es que Hawái me ha venido muy bien.

Aunque no sabía si era Hawái o el hombre que me hacía gemir en secreto lo que me había venido muy bien.

Ella sonrió con calidez. Era... la Piper de siempre.

—Entonces hagamos borrón y cuenta nueva e intentemos disfrutar de lo que queda del verano. He decidido quedarme aquí con vosotros hasta que terminen las vacaciones. ¿Qué os parece?

Miré a Landon.

La sonrisa que intentó dibujar resultó bastante menos convincente de lo que seguramente pretendía.

—Genial. Estupendo.

Era un pésimo mentiroso. Yo, en cambio, sonreí de verdad. Volver a tener a mi mejor amiga era maravilloso. Incluso si eso significaba seguir follando con Landon a escondidas.

—He pensado en acercarme a casa de Keala esta mañana. ¿Os apetece venir?

—¡Pues claro! —respondí sin pensármelo dos veces.

Piper sonrió, de verdad, con una de esas sonrisas que echaba de menos.

Keala recibió a Piper con un abrazo lleno de cariño y afecto. Era obvio que aquella mujer había cuidado de los hermanos Asher como si fueran de su propia familia desde que eran pequeños.

—¡Mírala! —exclamó, separándose apenas unos centímetros para observarla de arriba abajo—. Cada día estás más guapa.

—Eso dices porque me quieres.

—No, lo digo porque tengo ojos.

Piper soltó una carcajada y entramos en la casa entre risas. El ambiente era tan cálido que resultaba imposible no relajarse.

Keala nos llevó hasta la terraza trasera, desde donde se veía el jardín repleto de hibiscos y buganvillas. Una suave brisa movía las hojas de las palmeras mientras el océano se intuía al fondo, más allá de las casas vecinas.

Había preparado café y haupia, un dulce hawaiano de leche de coco con una textura cremosa y delicada.

—¿Entonces llevas cuatro días en la isla? —preguntó Keala, sorprendida—. ¿Y cómo es que no viniste a verme antes?

Piper suspiró.

—Me enteré de que Landon estaba aquí y, viendo lo rara que te pusiste cuando hablamos por teléfono, supuse que tú también lo sabías. Así que pensé que estabais todos compinchados y preferí esperar a que se me pasara el enfado antes de venir.

Keala miró a Landon de reojo.

—Digamos que tu hermano es bastante persuasivo cuando quiere.

—Eso ya lo sé —murmuró Piper—. Pero ya se me ha pasado. Vuelvo a ser la chica dulce y encantadora que todos conocéis.

Keala rio por lo bajo y me miró.

—Siempre ha sido igual. Cuando era pequeña se enfadaba, se encerraba en su habitación y juraba que nunca más volvería a hablar con nadie.

—Y al cabo de unos días...

—Bajaba como si nada hubiera pasado y preguntaba qué había para cenar.

Piper sonrió con resignación.

—Mi psicólogo dice que necesito ese tiempo para procesar las cosas. Que, cuando me enfado, primero tengo que darle mil vueltas a todo yo sola y que no sirve de nada intentar hacerme cambiar de opinión en ese momento.

Landon arqueó una ceja.

—¿En serio has tenido que pagarle a alguien para que llegue a esa conclusión? Porque esa misma te la podía haber dado yo gratis.

Piper le sacó la lengua.

—La diferencia es que a él sí le hago caso.

Keala soltó una carcajada y, durante un buen rato, la conversación derivó en anécdotas de la infancia de los hermanos Asher, bromas a costa de Landon y algún que otro recuerdo que hizo que Piper terminara riéndose hasta secarse las lágrimas.

En un momento dado, Piper se levantó para ir al baño.

En cuanto desapareció dentro de la casa, Keala esperó unos segundos, dejó la taza sobre el plato y clavó la mirada primero en Landon y luego en mí.

—¿Ya se lo habéis contado?

Nos miramos.

—¿Contarle qué?

Keala sonrió con paciencia.

—Que estáis juntos. O bueno... sea lo que sea que tengáis.

Noté cómo el café se me atragantaba.

—¿Qué? Nosotros no...

—Keala, estás sacando conclusiones equivocadas...

Ella levantó una mano para hacer callar a Landon.

—Keiki. Llevo más de sesenta años observando a la gente. He criado a medio barrio y os he visto crecer desde que apenas levantabais un palmo del suelo. Puede que sea vieja, pero no soy tonta.

Landon bajó la mirada y no volvió a intentarlo. Yo tampoco. Negarlo habría sido una falta de respeto hacia una mujer que era mucho más inteligente que los dos juntos.

Keala suspiró.

—No voy a deciros lo que tenéis que hacer con vuestra vida. Sois dos adultos y podéis acostaros con quien os dé la gana. Pero si Piper descubre que, además de ocultarle que Landon estaba aquí, le habéis estado escondiendo esto... no se sentirá enfadada. —Clavó sus ojos oscuros en los nuestros—. Se sentirá traicionada. Y las personas olvidan muchas cosas, keiki. Los enfados pasan. Las decepciones también. Pero recuperar la confianza de alguien... eso lleva mucho más tiempo.

Ninguno de los dos dijo nada porque, justo en ese momento, Piper regresó con nosotros y la conversación volvió a llenarse de risas, anécdotas y bromas.

Pero las palabras de Keala se quedaron flotando entre Landon y yo.

Como un mal presagio.

Uno que hice todo lo posible por ignorar.

19

Landon

El olor a café recién hecho invadía la cocina cuando bajé las escaleras por la mañana.

Mi hermana ya estaba sentada en la isla, con una taza enorme entre las manos y esa mirada inquisidora que aprendió a poner de pequeña, cuando sospechaba que le había robado alguno de sus juguetes.

—Ayer por la noche me levanté al baño a eso de las tres —soltó de pronto, sin anestesia, clavando la mirada en mí—. Y escuché ruidos bastante sospechosos viniendo de la planta de abajo.

Vi a Spencer congelarse junto a la cafetera y agarrarse a la encimera hasta ponerse los nudillos blancos. El recuerdo de anoche, empujándola contra la pared del dormitorio y tragándome sus gemidos para que no retumbaran en la casa, volvió a mi mente de golpe.

Dios, había sido increíble. Ella era increíble. Me estaba volviendo loco, en el mejor sentido posible.

Intenté no inmutarme. Abrí el frigorífico, cogí el cartón de leche y me apoyé contra el mármol de la encimera con mi mejor cara de póker.

—¿Ah, sí? —pregunté arqueando una ceja.

—Pues sí. Estoy convencida de que metiste a alguna chica de la isla a escondidas. Escuché gemidos, Landon. Y no precisamente bajos.

Spencer apretó los labios hasta dejarlos sin sangre. Me compadecí un poco de ella, pero no podía permitir que se

desplomara ahora. Suspiré, fingiendo una mezcla perfecta de aburrimiento y algo de vergüenza que estaba muy lejos de sentir de verdad.

—No metí a nadie en casa, Piper. En mi habitación solo estábamos yo, un video porno, un paquete de pañuelos y el volumen demasiado alto. Siento haber traumatizado tus delicados oídos.

Piper arrugó la nariz con una expresión de puro asco y me lanzó un trapo de cocina, no sin antes fingir una arcada.

—¡Eres un cerdo asqueroso! ¡Podrías haberte puesto auriculares!

—La próxima vez lo tendré en cuenta —respondí con una sonrisa torcida, aprovechando que mi hermana se giraba hacia el fregadero para guiñarle un ojo a Spencer.

—En fin, me voy a la piscina a tomar el sol y a desintoxicar mi mente de tus asquerosidades —anunció Piper recogiendo sus cosas—. Spencer, ¿te vienes?

Spencer se llevó una mano a la sien, actuando con una soltura que me sorprendió. Porque estaba actuando, eso seguro.

—Me encantaría, pero me he levantado con un dolor de cabeza horrible. La humedad me está matando hoy. Creo que me tumbaré un rato a oscuras, a ver si la cafeína hace lo suyo y me repongo.

—Ay, cielo, lo siento. Si necesitas cualquier cosa, estaré atenta al móvil. Y si te sientes mejor, estaré esperándote fuera. —Me miró mal y chasqueó la lengua—. A ti no.

—Gracias, hermanita.

Piper me miró de tal forma que me recordó a la niña sabionda que un día fue y salió al jardín.

En cuanto estuvo fuera de escena y estuvimos seguros de que tardaría en volver y la oiríamos si lo hacía, porque la piscina quedaba lejos de la cocina y debía abrir varias puertas para llegar, la migraña de Spencer desapareció por arte de magia. No tardé ni tres

segundos en acortar la distancia entre los dos. La atrapé por la cintura y la subí de un tirón a la encimera de la cocina, pese a sus protestas.

—No seas idiota, no quiero que nos pille si vuelve.

—Así que una migraña, ¿eh? —murmuré contra su cuello, ignorándola y mordisqueándole el lóbulo de la oreja mientras colaba las manos por debajo de su camiseta.

—Cállate, estoy muerta de sueño por tu culpa —jadeó ella, enredando los dedos en mi pelo y arqueando la espalda para apretarse más contra mí. Joder, adoraba la forma en que su cuerpo me buscaba aunque su boca dijera otra cosa—. Has estado brillante con la excusa del porno. ¿Quién podría pensar que eres tan inteligente?

—¿Todo el mundo menos tú? —contesté haciéndome el ofendido y provocando su risa—. Hablando de porno... verte con esa camiseta por la mañana se acerca bastante a la idea de ver un video que me hace pensar en barbaridades.

Ella sonrió contra mi boca y dejó que la besara con la desesperación que, al parecer, iba a sentir siempre. Porque empezaba a pensar que daba igual cuántas veces empujara dentro de ella. Siempre quería más. Me moría por volver a estar dentro de ella y me moría por oírla gritar de nuevo, sin tener que taparle la boca, morderle el hombro o pedirle que no lo hiciera. La quería libre y gritona, diciéndome sin tapujos todo lo que quería, pero una vez más me conformé con encerrarla en el baño y echar un polvo rápido contra el lavabo, susurrándole al oído un montón de cosas sucias que la hicieron correrse casi tan efectivamente como mi polla.

Después, me dijo que de verdad necesitaba dormir y se fue a su habitación mientras yo me ocupaba de poner algunos asuntos del trabajo en orden.

Para cuando mi hermana regresó, un par de horas después, Spencer estaba en el sofá del porche intentando dejar de bostezar y

yo seguía trabajando en mi portátil.

—¿Qué tal tu cabeza, cielo? —preguntó concentrándose en Spencer.

—Mucho mejor, gracias.

—Me alegro. Oye, ¿me prestas tu protector labial? El mío se ha derretido con el calor.

—Sí, claro —respondió Spencer sin pensarlo—. Está en mi habitación, sobre la mesilla o dentro del neceser del cajón. Cógelo tú misma.

Seguí tecleando en el portátil, disfrutando de la brisa marina y de mirar de vez en cuando a Spencer, estirándose como una gatita satisfecha en el sofá.

Por desgracia, la tranquilidad duró exactamente cuatro minutos.

Los pasos de Piper cuando volvió a salir al porche eran distintos. Lentos. Pesados. Cargados de una tensión imposible de disimular.

Spencer se puso de pie, pálida como la cera. Yo seguía de espaldas a mi hermana, así que tardé un poco más en percatarme de lo que ocurría.

En el umbral del porche, con la cara descompuesta y los ojos inyectados en sangre, mi hermana sostenía una hoja de papel doblada entre sus dedos.

No tenía que preguntar, sabía bien lo que era. El pacto. El maldito pacto. Las reglas del sexo sin compromiso que habíamos escrito entre risas las primeras noches.

—Piper... —empezó Spencer con la voz temblorosa.

Me crucé de brazos, intentando fingir una calma que estaba muy lejos de sentir mientras sentía que la tormenta se avecinaba.

—Intenta respirar hondo —le susurré a mi hermana. Y supe que fue mala idea desde el momento en que su respuesta fue arrojarnos el papel a la cara.

La hoja revoloteó frente a nosotros antes de caer al suelo.

—¿Se puede saber qué coño es esto? —preguntó Piper con la voz rota, no de dolor, sino de ira.

Spencer dio un paso hacia ella con pánico en la mirada.

—Piper, déjame explicarte...

—¡No me toques! —gritó mi hermana, dándole un manotazo al aire—. ¿Esto era lo que hacíais? ¿Por eso estabas nerviosa cuando llegué? ¿Por eso estabas «rara» por teléfono? ¡Os habéis estado acostando en esta casa a mis espaldas mientras yo me preocupaba por ti!

Me puse inmediatamente delante de Spencer, interceptando la furia de mi hermana.

—Piper, escucha. Spencer no tiene la culpa. Fue cosa mía. Yo la busqué...

—¡Cállate, Landon! ¡Cállate la puta boca! —Piper rompió a llorar, unas lágrimas de pura rabia—. Os habéis reído de mí. Los dos. Me habéis mirado a la cara sabiendo lo que hacíais. ¡Keala lo sabía! Por eso me miraba así. Soy la única imbécil que no se enteraba de nada.

—¡No nos reímos de ti! —suplicó Spencer con la voz rota—. Empezó antes de que llegaras y no sabíamos cómo contártelo...

—¡Pues ya ves que no ha hecho falta!

Se dio la vuelta, subió las escaleras a zancadas y cerró la puerta de su habitación con un portazo que hizo temblar la casa. Parece loco, pero incluso desde el porche escuchamos claramente el chasquido de la llave girando en la cerradura.

Miré a Spencer. Estaba temblando de arriba abajo, presa de la culpa. Quise abrazarla, pero algo me decía que no iba a ser un gesto bien recibido.

La habíamos cagado a lo grande y no tenía ni idea de cómo íbamos a solucionarlo. Y lo peor de todo era que, tanto como me

dolía la reacción de Piper, una parte egoísta de mí lo que más lamentaba era la posibilidad de que Spencer no quisiera volver a acostarse conmigo nunca más.

20

Spencer

El silencio en la casa tras el estallido de Piper no era una simple ausencia de ruido. Era algo físico, denso y sofocante que se me pegaba a la piel como la humedad de la isla. Sentía náuseas al pensar en cómo se debía sentir mi amiga.

Eran casi las nueve de la noche y la puerta de la habitación de Piper seguía cerrada a cal y canto. No había bajado a cenar, no respondía a mis llamadas a la puerta y los únicos signos de vida que daba eran los sollozos que se escuchaban al otro lado de la puerta cuando pegaba la oreja con el corazón encogido.

Oír a mi amiga llorar por mi culpa era algo que taladraba mi conciencia. Me sentía la peor persona del planeta. Ella me había abierto las puertas de su refugio en Hawaii para que sanara de las heridas que me había dejado mi ex y yo se lo había pagado mintiéndole y acostándome con su hermano a sus espaldas. Redactando un maldito pacto de sexo que no podía ser más frío e impersonal.

Landon, por su parte, estaba sentado en la barra de la cocina. Había servido dos vasos de whisky, pero solo bebía él, porque yo lo último que quería era emborracharme y empeorarlo todo. Parecía extrañamente sereno y me pregunté si sería una máscara que usaba cuando las cosas se ponían feas. Ahora que lo conocía más, me había dado cuenta de que le encantaba hacer creer que era frío e insensible, pero había puesto mi cuerpo a su merced y sabía que no era ninguna de las dos cosas. En realidad, cuando me tocaba podía ser brusco y obsceno un segundo y dulce y delicado al otro. Y ninguna de las dos cosas parecía costarle un esfuerzo tremendo.

—Ya se le pasará —soltó de pronto, haciendo girar los hielos dentro del cristal con un gesto rítmico—. En unos días estará más calmada. Con mi hermana siempre es igual: explota como un volcán, echa toda la lava y cuando se enfría actúa como si la erupción no fuera algo provocado por ella.

—No se le pasará así como así, Landon. Y no es justo que la acuses de provocar erupciones cuando aquí los culpables somos nosotros —le recriminé, pasándome las manos por la cara con desesperación—. Esta vez no se le irá con descansar un poco. Está destrozada y nos odia. A ti por mentirle y a mí por haber destruido la poca confianza que le quedaba en la gente.

—No te odia, Spencer. Está dolida, que es diferente.

—¡Es lo mismo! —alcé la voz, aunque enseguida me tapé la boca mirando instintivamente hacia el techo, temiendo que Piper me oyera—. Ha descubierto que su mejor amiga y su hermano han estado follándose por todas las esquinas de la casa mientras ella intentaba que me recuperara de mi ruptura. ¿Tienes idea de lo estúpida que debe de sentirse?

Landon soltó un suspiro pesado, dejó el vaso sobre el mármol y me miró con una sonrisa torcida, intentando rebajar la tensión a su manera. Que era equivocada y una mierda, pero era su manera, al fin y al cabo.

—Bueno, míralo por el lado bueno... Al menos ya no tenemos que escondernos ni follar en silencio. El secreto ha salido a la luz, el pacto es público y nos hemos ahorrado la charla incómoda de «tenemos que hablar».

Me quedé mirándolo, absolutamente atónita. La indignación me quemó por dentro.

—¿Es en serio? ¿De verdad estás haciendo bromas sobre esto en este preciso momento? —pregunté con la voz temblando de rabia—. ¡Es tu hermana y es mi mejor amiga! ¡No tiene ninguna puta gracia,

Landon! Tu capacidad para eludir los problemas y tomarte todo a chiste me deja a cuadros, te lo juro.

Él levantó las manos en señal de paz, perdiendo la sonrisa de golpe al ver la chispa de furia en mis ojos.

—Vale, lo siento. Tienes razón. Solo intentaba que no te diera un ataque de ansiedad. Estás hiperventilando y no vas a solucionar nada castigándote así.

—Pues tus chistes no ayudan. —Me acerqué a él en tres zancadas y le puse una mano firme en el pecho, sintiendo el latido constante de su corazón—. Necesito que te vayas esta noche.

Landon arrugó el ceño, como si le hubiera hablado en otro idioma.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Vete a dormir a casa de Keala o a un hotel, me da igual. Pero necesito estar a solas con Piper. Necesito que no sienta tu presencia en esta casa para intentar arreglar las cosas. Si te ve rondando por aquí no se aplacará. Y si haces alguno de esos chistes en su presencia, menos. Tu humor de mierda no nos sirve en este instante.

Landon torció el gesto, claramente a disgusto con la idea de ser desterrado. Durante un segundo creí que iba a protestar, que sacaría a relucir su vena cabezota, pero esperé y, al final, supe exactamente el segundo en el que cedió, porque suspiró y se levantó con desgana.

—Está bien. Me iré a casa de Keala. Le diré que me ha surgido un imprevisto. Pero dudo mucho que quiera escucharte hoy, Spencer. Está cerrada en banda.

—Tengo que intentarlo. Si no lo hago, no podré mirarme al espejo mañana.

Veinte minutos después, escuché el motor de su coche alejándose por el camino de entrada. En cuanto la luz de sus faros

desapareció, la casa quedó envuelta en un silencio sepulcral.

Fui a la cocina y preparé una bandeja con paciencia: serví una taza de manzanilla bien caliente, corté algo de fruta fresca y puse unas galletas que sabía que a Piper le gustaban. Era un gesto infantil, pero necesitaba una bandera de paz. Con la bandeja temblando entre mis manos, subí despacio las escaleras. Cada escalón pesaba un quintal.

Me detuve frente a su puerta y tomé aire antes de llamar suavemente con los nudillos.

—Piper... Soy yo. Landon se ha ido a casa de Keala. No va a volver en toda la noche. Estamos solas. Por favor, déjame hablar contigo. —No hubo respuesta, pero no me rendí—. Sé que estás furiosa y tienes todo el derecho del mundo a mandarme a la mierda —continué, apoyando la frente contra la madera fría de la puerta—. Me siento un monstruo, Piper. Vine a esta casa huyendo del desastre con mi ex, con el alma rota, y lo último que pretendía era traicionarte. Lo que pasó con Landon... no estuvo planeado. Pasó por... por atracción casi animal y al final se nos fue de las manos. Nos acobardamos. Tuvimos miedo de contártelo porque no queríamos arruinar el verano ni hacerte sentir incómoda en tu propia casa. Fuimos unos cobardes y unos egoístas. Por favor, déjame pedirte perdón mirándote a los ojos.

Pasaron dos minutos agónicos. Estaba a punto de darme por vencida, dejar la bandeja en el suelo y marcharme a llorar a mi habitación, cuando escuché el chasquido metálico de la cerradura.

La puerta se abrió despacio.

Piper apareció en el umbral. Tenía los ojos hinchados, la nariz roja y el pelo despeinado en un moño caótico. Y aun así estaba preciosa. Me miró con una mezcla de cansancio, decepción y tristeza que me atravesó el pecho.

—Pasa —murmuró con la voz ronca.

Entré en la habitación y dejé la bandeja sobre la mesilla. Nos sentamos en el borde de la cama, guardando una distancia prudencial entre las dos, sin atrevernos a tocarnos.

—Lo siento —le dije, y esta vez no pude contener las lágrimas, que comenzaron a resbalar por mis mejillas sin control—. Lo siento muchísimo, Piper. Te juro por mi vida que jamás quise reírme de ti. Si quieres que haga las maletas y me vaya de Hawaii mañana mismo en el primer vuelo, lo haré. Lo entenderé perfectamente y jamás te reprocharé nada. Al revés, te estaré agradecida toda la vida por haberme dejado escapar a este paraíso, aunque yo no haya sabido estar a la altura.

Piper me observó durante un largo silencio, abrazándose las rodillas contra el pecho. Suspiró con un temblor en los hombros.

—No quiero que te vayas —dijo al fin, mirando al infinito—. Estoy enfadada. Rabiosa, en realidad. Me ha dolido en el alma ver ese jodido papel con las reglas de sexo y darme cuenta de que estabais jugando a los secretitos en mi cara mientras yo intentaba animarte. Me he sentido engañada por mi mejor amiga y por mi hermano. Sentí que me tratabais como a una idiota.

—Sé que lo parece, pero te prometo que nunca fue así. Solo teníamos pánico a tu reacción. Landon decía que si te enterabas, la casa se convertiría en un infierno.

—Landon siempre usa la excusa del infierno para no afrontar sus mierdas —dijo Piper con amargura, aunque su tono ya no era agresivo, solo triste—. Sé cómo es mi hermano, Spencer. Sé cómo engatusa a la gente y sé la química absurda que tenéis, porque hasta un ciego la notaría en cómo os miráis. Y también sé lo destrozada que llegaste por todo lo que te pasó. Tenías las defensas por los suelos.

—No le echas la culpa solo a él —dije, secándome las lágrimas con la manga y asumiendo mi parte de culpa, porque de verdad la tenía—. Yo también quise. Fui una participante voluntaria. Me

refugié en él y en el sexo porque me hacía olvidar el dolor, pero debí haber puesto el freno cuando tú llegaste.

Piper dejó escapar un resoplido y cogió la taza de manzanilla, dejando que el vapor le templara la cara.

—Te perdono, Spencer. Te perdono porque te quiero, porque llevas años siendo mi hermana por elección y no voy a tirar nuestra amistad a la basura por culpa de un calentón de verano con Landon. Pero necesito poner una condición. Una regla firme que no os podéis saltar.

—La que sea. Te lo prometo —dije, lista para asumir que iba a pedirme que dejara de acostarme con su hermano.

Y pensaba hacerlo. Sin importar lo mucho que disfrutara del sexo con Landon, mi amistad con Piper estaba antes.

Sin embargo, mi mejor amiga me sorprendió cuando habló.

—No quiero enterarme de NADA de lo que hagáis mi hermano y tú —dijo mirándome fijamente a los ojos, con una seriedad absoluta—. Ni detalles, ni ver cómo os enrolláis por los rincones, ni escuchar ruidos raros por la noche, ni saber si sigue en pie vuestro maldito pacto sexual. Para mí, vosotros dos vais a ser entes totalmente independientes mientras estemos en esta isla. Si vais a seguir acostándoos, me parece estupendo, sois adultos, pero borradme por completo de esa ecuación. ¿Entendido?

—Entendido —dije, sintiendo que una ola de alivio inmenso me recorría el cuerpo. Me acerqué y la abracé con fuerza, porque adoraba a mi amiga y porque, en el fondo, aunque no quisiera admitirlo, me sentía aliviada de no tener que romper el pacto con Landon todavía—. Te lo prometo. Cero detalles. Cero ruidos. Cero demostraciones. Gracias, Piper. De verdad.

Nos quedamos en su habitación hablando durante horas, dejando que la tensión se fuera disipando poco a poco. Recuperamos algo parecido a nuestra normalidad, riéndonos tonterías y hablando de todo y nada a la vez.

Para cuando bajé a mi habitación a eso de las tres de la madrugada, sentí que la tormenta había pasado y que habíamos salvado nuestra amistad por los pelos.

A la mañana siguiente, me desperté temprano. El sol de Hawaii entraba con fuerza por los ventanales, inundando la casa de una luz dorada y cálida. Me sentía infinitamente más ligera. La culpa seguía ahí, pero el perdón de Piper había actuado como un bálsamo.

Bajé a la cocina en pijama, despeinada, y puse la cafetera a funcionar. Unos minutos después, escuché pasos en las escaleras y vi a Piper bajar luciendo un vestido playero, con mucho mejor aspecto que la noche anterior.

—Buenos días —me dijo, brindándome una sonrisa pequeña pero sincera.

—Buenos días. Estoy preparando café. ¿Quieres una taza?

—Por favor. Necesito cafeína para asimilar que hoy me toca aguantar a mi hermano de nuevo.

Nos reímos suavemente. La paz parecía haber vuelto a la casa.

Pero la tranquilidad duró exactamente cinco segundos.

Unos golpes fuertes, secos y agresivos resonaron en la puerta principal, haciendo vibrar la madera.

—¿Landon tan temprano? —preguntó Piper, arrugando el ceño—. Dijo que no vendría hasta el mediodía para darnos espacio.

—Iré a abrir yo —dije, dejándole la taza de café sobre la barra.

Caminé por el pasillo del recibidor reajustándome los tirantes del pijama y ensayando una mueca de advertencia para que Landon no fuera a cagarla de nuevo nada más entrar.

Giré el pomo y abrí la puerta de par en par.

Las palabras de reprimenda se me congelaron en la garganta. La sonrisa desapareció de mi rostro y sentí cómo todo el aire de mis pulmones se evaporaba en un instante.

Frente a mí, plantado en el umbral de la entrada, alto, con los puños cerrados, la mandíbula apretada hasta marcar el hueso y una expresión de pura furia contenida no estaba Landon.

Era Henry. El hermano de la exnovia de Landon. El hombre del que Landon llevaba semanas huyendo y que había jurado romperle la cara. Lo había visto en mil fotos que Piper me había mostrado a lo largo del tiempo.

—¿Dónde está Landon? —preguntó Henry con una voz tan helada que me erizó los pelos de los brazos.

Antes de que pudiera reaccionar, intentar mentir o cerrarle la puerta en la cara, escuché unos pasos relajados a mis espaldas. Landon acababa de entrar por la puerta trasera del jardín, ajeno por completo al peligro, cargando una bolsa con papayas frescas

—Spencer, Keala me ha dado esto para el desayuno y he pensado que...

Landon se frenó en seco al llegar al pasillo principal. La bolsa de fruta estuvo a punto de caérsele de las manos. Sus ojos se cruzaron con los de Henry.

Henry no lo pensó ni un solo segundo. Avanzó hacia el interior de la casa, apartándome de un empujón sorprendentemente suave, para lo enfadado que estaba, y clavó sus ojos rabiosos en Landon.

21

Landon

Ni siquiera pude esquivar el golpe.

Henry levantó su puño y sus nudillos conectaron de lleno contra mi mandíbula. El impacto me hizo tambalear hacia atrás. Choqué contra la pared del recibidor y sentí cómo el sabor metálico de la sangre me llenaba la boca.

La bolsa de papayas se me resbaló de las manos y cayó al suelo con un ruido sordo. Algunas se abrieron al impacto, llenando el recibidor del olor dulce de la fruta madura.

—¡Henry! —gritó Piper.

Spencer soltó un jadeo ahogado.

—Te lo advertí, Landon. Te dije que, si hacías llorar a mi hermana, te partiría la cara. Y nunca hago promesas que no pienso cumplir.

Escupí un poco de sangre al suelo y me limpié la comisura de los labios con el dorso de la mano.

—¿Ya está? ¿O necesitas dejarme inconsciente para dar el asunto por zanjado?

—No vayas de listo. Un puñetazo no compensa ni una décima parte de lo que le has hecho pasar.

Dio otro paso hacia mí. Vi venir el segundo puñetazo, pero no hice el menor intento por esquivarlo.

—¡Henry, basta! —gritó Piper, interponiéndose entre los dos.

Él la apartó con suavidad, sin dejar de mirarme.

—Quítate de en medio.

—No.

—Piper.

—He dicho que no.

Él bajó el puño.

Piper se volvió inmediatamente hacia mí y me sostuvo la cara entre las manos para examinarme la mandíbula. Tenía esa expresión de culpa que conocía demasiado bien. La misma que ponía de pequeña cuando rompía algo de casa y me dejaba cargar con la culpa. O cuando, con diez años, me empujó sin querer desde un columpio y se pasó semanas sintiéndose culpable mientras yo llevaba el brazo escayolado.

—Ven. Deja que te limpie esa herida.

Me llevó hasta el baño del primer piso. Mientras rebuscaba el botiquín bajo el lavabo, la observé en silencio unos segundos.

—Tú lo avisaste, ¿verdad?

Piper se quedó inmóvil.

Cerró los ojos un instante antes de dejar escapar un largo suspiro.

—Sí. —Volvió a incorporarse con el botiquín entre las manos—. Ayer, después de descubrir lo tuyo con Spencer, me pudo el resentimiento. Estaba furiosa contigo y... llamé a Henry. No me siento orgullosa de ello. Pero, sinceramente, jamás pensé que fuera a coger un vuelo hasta Hawái solo para partirte la cara.

—Conociendo a Henry, deberías haberlo imaginado.

Piper dejó escapar una risa amarga.

—Sí. Supongo que sí. Lo siento.

Me encogí ligeramente de hombros.

—Quizá me lo merecía. ¿Ahora te sientes mejor? Ver que alguien me ha partido la cara, ¿te ha servido de algo?

Piper bajó la vista. La comisura de sus labios se curvó apenas un instante antes de volver a contenerse.

—Confieso que... un poco. Ha sido... sorprendentemente satisfactorio.

Sonreí de medio lado.

—Bueno, al menos alguien ha disfrutado del espectáculo. ¿Eso significa que ya no estás enfadada conmigo?

Piper negó despacio.

—No. Pero tampoco estoy en posición de seguir dándote lecciones. Al final hice exactamente lo que dijiste que haría. Aunque, en mi defensa diré que estaba muy dolida.

Me toqué la mandíbula con cuidado. Ardía, pero el labio ya no sangraba tanto.

Piper abrió el botiquín y sacó una gasa y un antiséptico. Me limpió la herida con movimientos bruscos, casi como si todavía estuviera enfadada conmigo a través del algodón.

—¿Duele? —preguntó, sin mirarme a los ojos.

—Un poco.

—Bien.

Sonreí a pesar del escozor.

—Eres una hermana horrible.

—Y tú un hermano insoportable —respondió, pero su tono ya no era tan cortante.

Cinco minutos más tarde, bajamos las escaleras juntos. Henry estaba en el salón, de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados. Spencer permanecía cerca de la cocina, cambiando el peso de un pie al otro sin saber muy bien qué hacer.

Piper rompió el silencio.

—Spencer, ¿me acompañas a comprar hielo y algo para comer?

Spencer me lanzó una mirada fugaz, como si quisiera asegurarse de que estaba bien. Al mismo tiempo, pareció agradecer la excusa para salir de allí. No me sorprendía. Yo también. Henry y yo necesitábamos hablar. Sin testigos.

En cuanto la puerta principal se cerró tras ellas, fui a la cocina, preparé dos cócteles y regresé al salón. Le tendí uno.

Henry arqueó una ceja.

—¿Alcohol? ¿A estas horas de la mañana?

Me dejé caer en el sofá.

—Después de cruzar medio mundo para partirme la cara, creo que los dos nos hemos ganado una copa.

Henry miró el vaso unos segundos antes de aceptarlo.

—No pienso dejar que un cóctel haga que se me olvide por qué estoy aquí.

—No esperaba que lo hiciera.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros.

Esperé que Henry empezara a soltarme todos los reproches que llevaba semanas acumulando, pero no abrió la boca. Se limitó a mirarme. Había rabia en sus ojos. Mucha. Pero también decepción.

Y, por alguna razón, esa decepción dolía bastante más que el puñetazo.

Decidí romper el silencio.

—Sé que marcharme de Nueva York no fue la decisión más madura del mundo, pero necesitaba poner tierra de por medio. Te conozco desde hace demasiados años. Sabía que, en cuanto te enteraras de lo de Summer, ibas a reaccionar exactamente como has reaccionado hoy.

Dio un sorbo al vaso, sin apartar la vista de mí.

—¿Y esa era tu brillante solución? ¿Salir corriendo?

Asentí despacio.

—Pensé que unas semanas bastarían para que todos nos calináramos. Era verano, la empresa baja mucho el ritmo en esta época y podía seguir trabajando desde aquí. Creí que, cuando volviera, podríamos hablar como dos adultos.

Henry dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Pues te equivocaste.

Negué despacio.

—No estoy tan seguro. Prefiero mil veces que me hayas partido la cara aquí que en mitad de la oficina. Allí habríamos montado un espectáculo delante de toda la empresa, de nuestros empleados y de nuestros clientes. Habrías puesto a la compañía en el centro de un escándalo y, cuando se te pasara el calentón, tú mismo te habrías arrepentido.

Henry se limitó a gruñir y aproveché aquella breve concesión para seguir.

—Sé que para ti soy el peor traidor del mundo, pero créeme, romper con Summer no ha sido algo que haya hecho deliberadamente. Conocía las consecuencias y, aun así, tomé esa decisión porque la alternativa era seguir con ella sin amarla. Y no habría sido justo para ninguno de los dos.

—La has dejado hecha una mierda.

—Lo sé. Y no me siento orgulloso de eso. Pero prefiero romperle el corazón ahora que hacerlo dentro de unos años, cuando hubiera invertido todavía más tiempo, más ilusiones y más vida en una relación que ya estaba rota por mi parte.

Henry resopló, como si estuviera valorando mis palabras.

—Vale, puede que tengas razón. Pero no me arrepiento de haberte dado una torta. Nunca debiste empezar con ella en primer lugar. Siempre supe que erais demasiado distintos para que aquello funcionara.

Me encogí de hombros.

—No es tan simple. Summer me gustaba de verdad. Cuando empezamos estaba convencido de que podía funcionar. Si hubiera sabido cómo acabaría todo, jamás habría dado ese primer paso.

Henry dejó escapar un largo suspiro.

—En fin... supongo que ya estamos en paz. Así que recoge tus cosas y vuelve conmigo a Nueva York. No tiene sentido que sigas escondido aquí como un delincuente.

Lo miré unos segundos antes de responder.

—¿Y si no quiero volver todavía? Aún quedan unas semanas de verano y puedo seguir trabajando desde aquí.

Henry entrecerró los ojos, como si estuviera recomponiendo las piezas de un puzle delante de mí.

—¿Es por la amiga de tu hermana?

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—¿Te has liado con ella, verdad? ¿Cuánto llevas soltero? ¿Dos segundos? ¿Y ya te estás follando a otra?

Noté cómo la rabia volvía a encenderse en su mirada.

Solté un suspiro.

—Vale, sí. Pero es solo sexo. No estamos haciendo daño a nadie. Y no tiene absolutamente nada que ver con Summer.

Henry negó lentamente con la cabeza.

—No puedo creerlo. En fin... así eres tú. Ya se lo advertí a mi hermana cuando decidió darte una oportunidad. Quédate, entonces.

—¿Así de fácil?

—Sí. Pero yo también me quedo.

—¿Perdón?

—No voy a ser el gilipollas que vuelva a Nueva York mientras tú te quedas aquí, en la playa, disfrutando de las vacaciones.

Solté una risa incrédula.

—¿Piensas vigilarme?

—Pienso aprovechar que ya he cruzado medio mundo. Teletrabajaré desde aquí unas semanas y, de paso, conoceré Hawái. Parece mentira que en todos estos años no te hayas dignado a invitarme ni una sola vez.

Sonreí de medio lado.

En eso tenía razón.

Pero, siendo justos, durante todos aquellos años habíamos estado demasiado ocupados levantando la empresa como para pensar en vacaciones. Apenas habíamos salido de Nueva York. Ahora era diferente. El negocio marchaba viento en popa y, por primera vez desde que lo habíamos fundado, podíamos permitirnos desaparecer unas semanas sin que el mundo se viniera abajo.

—Te haremos un sitio en la casa, entonces.

Henry asintió con una media sonrisa.

—No esperaba menos.

Mientras Henry terminaba su copa, no pude evitar preguntarme en qué momento mi tranquilo escondite en Hawái se había convertido en una casa compartida con mi hermana, la mujer con la que me acostaba y mi mejor amigo, que acababa de partirme la cara.

Tenía la sensación de que las próximas semanas iban a ser bastante más complicadas de lo que había imaginado.

22

Spencer

Estábamos en la parte trasera del coche, el único lugar que nos quedaba donde pudiéramos echar un polvo sin que alguien nos interrumpiera.

La casa se había convertido en un puto hotel.

Piper arriba.

Henry en la habitación de invitados de la planta baja.

Y nosotros... intentando no volvernos locos de ganas mientras fingíamos que no pasaba absolutamente nada por no tener un sitio donde follar tranquilos.

Estaba a cuatro patas sobre el asiento, de cara a la puerta, mientras Landon me investía desde detrás con fuerza. Una de sus manos me sujetaba la cadera y la otra me frotaba el clítoris multiplicando el placer. El coche se mecía con cada embestida y el sonido húmedo de nuestros cuerpos llenaba el interior.

Estaba justo en el punto en que sentía que me iba a correr cuando el pie de Landon resbaló sobre el suelo del coche.

Perdió el equilibrio.

Su peso se inclinó de golpe hacia delante y, sin querer, me empujó con más fuerza de la necesaria. Mi frente chocó contra el marco de la puerta con un golpe sordo.

—¡Joder! —jadeé.

Landon se apartó de inmediato, todavía medio dentro de mí, con los ojos abiertos de par en par.

—Mierda, Spencer... ¿estás bien?

Me incorporé como pude, frotándome la frente.

—Esto es ridículo. Estamos follando en un coche como dos adolescentes porque tu hermana y tu mejor amigo se han instalado en la casa. Y ahora encima me doy un hostión.

Landon soltó una risa baja, todavía preocupado, y me apartó el pelo de la frente para mirar si me había hecho daño de verdad.

—No parece nada grave, pero es posible que te salga un chichón.

—Genial.

—Te propuse ir a un hotel pero dijiste que no.

—Porque el hotel más cercano está a media hora y, para cuando llegáramos, ya se nos habría pasado el calentón.

Landon sonrió.

—Podríamos instalarnos allí los días que quedan de verano y dejar la casa para Piper y Henry.

Lo miré como si acabara de perder la cabeza.

—¿Estás loco? Piper me mataría. Me hizo prometerle que actuaríamos como si entre nosotros no pasara absolutamente nada. Encerrarnos en una habitación de hotel durante días sería lo menos discreto del mundo.

—También es verdad.

Resoplé.

—Bueno, en ese caso sigamos comportándonos como adolescentes.

Sin dejarme tiempo a pensar, me cogió de la cintura y me sentó sobre él a horcajadas. Su polla me rozó de inmediato, dura y caliente, y solté un jadeo cuando la sentí presionar exactamente donde más la necesitaba.

—Así mejor —murmuró contra mi cuello, subiendo la falda hasta mis caderas—. Sin peligro de que te des otro hostión.

Me reí entre dientes, pero el sonido se convirtió en un gemido cuando él me bajó despacio sobre su polla, llenándome por completo de un solo movimiento.

El coche volvió a mecerse a nuestro ritmo.

La playa de Lanikai Beach parecía un paraíso hecho de arena blanca, agua turquesa y un cielo tan limpio que costaba distinguir dónde terminaba el mar y empezaba el horizonte. Frente a nosotros, las pequeñas islas Mokulua emergían del océano cubiertas de vegetación, como si alguien las hubiera colocado allí únicamente para completar una postal perfecta.

Hacía calor, pero una brisa constante suavizaba el ambiente y movía las copas de las palmeras con un murmullo relajante. Familias enteras jugaban en la orilla, varias parejas remaban sobre tablas de paddle surf y unos niños perseguían un frisbee entre carcajadas.

Era, sin lugar a dudas, uno de los lugares más bonitos que había visto en mi vida.

Y, precisamente por eso, me parecía profundamente injusto no poder disfrutarlo como me habría gustado.

Porque allí estaba Landon, a pocos metros de mí, con el bañador puesto, las gafas de sol y esa sonrisa insufriblemente atractiva que llevaba días desordenándome las ideas. Y, entre nosotros, como si el universo tuviera un retorcido sentido del humor, estaban Piper y Henry, decididos a convertir nuestras vacaciones en la actividad grupal más larga de la historia.

Es más, habían extendido sus toallas justo en medio, creando una especie de frontera improvisada. Solo les faltaba plantar una

valla y un cartel que dijera: «Prohibido el contacto entre estos dos especímenes».

No entendía a Piper. Por una vez tenía a Henry completamente a su disposición y, en lugar de aprovechar la ocasión para pasar tiempo con él, parecía empeñada en que los cuatro hiciéramos absolutamente todo juntos. Como si aquello fuera una excursión escolar y no unas vacaciones.

Lo peor era que Henry tampoco ayudaba. Se había convertido en la sombra de Landon. Si uno iba al agua, el otro también. Si uno se tumbaba al sol, el otro hacía lo mismo.

—¿Y si echamos un partido de vóley? —propuso Piper, sacando un balón de playa y señalando una de las redes que había instaladas sobre la arena.

Landon y yo cruzamos una mirada fugaz.

Apenas duró un segundo, pero fue suficiente para que los dos pensáramos exactamente lo mismo: si jugábamos en el mismo equipo, al menos tendríamos una excusa para acercarnos sin levantar sospechas.

Abrí la boca para proponerlo.

—¡Chicos contra chicas! —se adelantó Henry con una sonrisa triunfal.

Cerré la boca de nuevo.

Empezaba a pensar que aquellos dos tenían un talento innato para fastidiarnos cualquier plan antes incluso de que llegáramos a verbalizarlo.

El partido duró exactamente veinte minutos y acabó convirtiéndose en un desastre absoluto. Henry jugaba para ganar. Landon jugaba para vacilarme. Piper intentaba convencer a los dos de que aquello era solo un partido amistoso. Y yo alternaba entre intentar devolver el balón y fantasear con estampárselo en la cara a Landon cada vez que sonreía después de marcar un punto.

Al final, después de varias discusiones sobre si una pelota había tocado línea o no, los chicos ganaron por un margen ridículo, aunque Landon celebró la victoria levantando los brazos como si acabara de ganar el olímpico.

—No presumas tanto —bufé mientras recogía mi toalla—. Habéis ganado por Henry. Tú te has pasado medio partido mandando el balón al océano.

—Las excusas son el desayuno de los perdedores, Fierrecilla.

Le saqué la lengua y él me devolvió el gesto.

Y, Dios... en ese momento me pareció tan atractivo, tan condenadamente irresistible, que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no lanzarme a besarlo allí mismo.

Lástima que acercarme a menos de un metro de distancia pareciera haberse convertido en un deporte de riesgo desde que Piper y Henry entraron en la ecuación.

—Eh, ¿qué os parece si ahora vamos hasta las islas Mokulua? —preguntó Piper, señalándolas con el dedo—. He visto que se pueden alquilar kayaks un poco más abajo. Dicen que las vistas desde el agua son espectaculares.

—Suenan genial —dijo Henry sin dudarlo.

Miré a Landon de reojo.

Otro plan en el que no podríamos ni rozarnos.

—Vale —acepté, intentando que mi falta de entusiasmo no resultara demasiado evidente.

Si Piper la notó, disimuló bastante bien.

Recogimos las toallas, la nevera portátil, las mochilas y el resto de nuestras cosas antes de echar a andar por la arena.

Piper y Henry caminaban unos metros por delante, completamente absortos en una conversación sobre las corrientes marinas y la mejor ruta para llegar a las islas.

Aproveché la distracción para acercarme un poco a Landon.

Nuestros brazos se rozaron un instante.

Y entonces compartimos una mirada.

Una mirada que se prolongó más de la cuenta, tan intensa que durante unos segundos dejé de escuchar la conversación de Piper y Henry. Solo existían los ojos de Landon y su sonrisa ladeada.

Vi cómo desviaba la vista hacia Piper y Henry para comprobar que seguían distraídos. Luego volvió a mirarme a mí. Por último, sonrió, entrelazando sus dedos con los míos.

—A la de tres, echa a correr.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Uno...

Lo miré sin entender nada.

—Dos...

Empecé a reírme.

—Landon, ¿qué...?

—¡Tres! ¡Corre!

Tiró de mí sin darme tiempo a reaccionar y echamos a correr en dirección contraria, a carcajadas, levantando arena a cada paso.

—¡Landon! —reí, incapaz de seguirle el ritmo.

—Pasadlo bien en la isla, nosotros nos vamos ya para casa —gritó por encima del hombro.

—¿Pero qué hacéis?! —escuché protestar a Piper.

Henry soltó una carcajada.

—Déjalos. Nos veremos en casa.

Seguí corriendo sin dejar de reír. Aquellos dos podían quedarse remando hasta las islas Mokulua si querían. Nosotros teníamos otros planes en casa. Unos planes mucho más interesantes.

23

Landon

El sonido del oleaje rompiendo contra las rocas a lo lejos era lo único que se oía en el silencio de la noche.

En la casa todo el mundo dormía. O, al menos, eso pensaba yo hasta que fui a la cocina a por un vaso de agua y me encontré con Henry sentado en el porche trasero, en la penumbra, con los pies apoyados en la barandilla de madera y un botellín de cerveza vacía entre las manos.

Dudé un segundo antes de abrir la puerta corredera de cristal. La mandíbula aún me molestaba al tragar y el recuerdo del puñetazo de Henry seguía bien presente en forma de moratón, pero la brecha entre nosotros se había cerrado lo suficiente como para no tener que dar media vuelta.

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunté, acercándome a donde estaba.

Henry no se sobresaltó. Casi parecía que me hubiese estado esperando. Dio un pequeño trago a su cerveza y me miró de reojo.

—El calor de esta isla es insoportable por la noche —refunfuñó, aunque su voz estaba falta de su mordacidad habitual. Se echó hacia atrás y suspiró—. Si vas a quedarte, siéntate.

—¿No te molesta?

—Estaba empezando a aburrirme de escuchar solo el mar y los grillos.

Asentí, pero antes de obedecer fui a la nevera, cogí dos cervezas y regresé. Le tendí una nueva y me senté a su lado. El aire traía el aroma húmedo de la vegetación y la sal. Aquello era tan distinto a

Nueva York que todavía, a veces, me sorprendía al no oír los típicos ruidos de la gran ciudad.

Durante unos minutos bebimos en silencio, pero al menos no era un silencio incómodo. Era uno de esos que solo existen entre personas que se conocen desde hace años y han compartido dinero, madrugadas de trabajo infinito y reuniones con inversores en las que nos jugábamos el cuello.

—Pensé que a estas alturas me habrías mandado a la mierda por no dejarte follar a gusto —comentó Henry, un poco de la nada, con la vista todavía fija en la penumbra del jardín.

—Pensé en hacerlo —admití con una sonrisa torcida—. Pero Piper me habría dado la paliza de mi vida si te echaba a la calle. Ya sabes cómo se pone.

Henry dejó escapar una risa baja.

—Tu hermana tiene carácter. Siempre lo ha tenido.

Lo miré de perfil. La luz tenue de la cocina iluminaba apenas la línea rígida de su mandíbula. Estaba cansado; se le notaba en las ojeras y en la forma en que dejaba caer los hombros. Henry siempre había sido el pilar responsable de nuestra empresa, el hombre que no cometía errores, el que calculaba cada paso. Los dos nos habíamos dejado el alma en aquello, pero yo siempre había sido mucho más... dicharachero. Él tenía tendencia a preocuparse demasiado por todo.

—Es buena chica —dije en voz baja. Y, casi sin pensarlo, impulsado por esa atmósfera nocturna en la que la verdad se vuelve demasiado fácil de soltar, añadí—: Y te quiere, Henry. No me digas que no te has dado cuenta.

Lo solté sin pensar demasiado. Un poco porque estaba cansado de ignorar al gran elefante de la habitación cada vez que estaban juntos y otro poco porque, quizás, quería incomodarlo aunque fuera una parte de lo que él me había incomodado a mí con un millón de advertencias relacionadas con mi vida amorosa.

Henry se congeló con la botella a mitad de camino de la boca. Se giró muy despacio hacia mí. La sombra de la duda y algo que se parecía peligrosamente al pánico cruzaron sus ojos antes de que volviera a poner su máscara habitual de indiferencia.

—El aire de Hawaïi te ha vuelto aún más imbécil. Y era difícil de lograr.

—Estoy diciendo la verdad y lo sabes —insistí, apoyando los codos en las rodillas—. Lleva mirándote como si hubieras bajado del cielo desde que tenía quince años. Cualquier idiota con dos ojos se daría cuenta. Yo lo he visto. Keala lo sabe. Hasta Spencer lo sabe, aunque no me haya dicho nada. Es demasiado evidente.

Henry soltó un bufido seco y miró hacia la botella. Su agarre alrededor del cristal se volvió tan fuerte que creí que lo rompería.

—Piper es tu hermana pequeña —dijo, con una voz extrañamente grave—. Es la hermana pequeña del tío con el que monté una empresa. Ha crecido en tu casa. Ha comido en mi mesa. Para mí es intocable.

—Henry...

—No, escúchame bien —me interrumpió, volviéndose hacia mí con una severidad que me cortó la respiración—. Jamás la tocaría. ¿Me oyes? Jamás. No soy como tú, Landon. Tú te lanzas a las cosas, pruebas, te equivocas, rompes y sigues adelante porque confías en que sabrás arreglarlo. Yo no. Si yo pusiera una mano encima a Piper y la cagara, no solo me cargaría mi amistad contigo o la empresa. Me cargaría a Piper. Y no voy a hacerle eso. No puedo. Así que cállate la boca y no vuelvas a sacar el tema.

Me quedé en silencio, impactado por la crudeza de su respuesta. Había una pared absoluta en su tono, una línea roja dibujada a fuego en su cabeza. Henry prefería amputarse una pierna antes que arriesgarse a dañar a Piper. Era una devoción tan ciega como aterradora.

—Está bien —dije tras una pausa, levantando las manos en señal de rendición—. Asunto zanjado.

Él asintió, dando un trago largo a la cerveza para purgar la tensión del ambiente.

Pasaron unos minutos antes de que volviera a hablar, esta vez con el tono más suave.

—¿Y tú qué? —preguntó—. No hemos vuelto a hablar de Spencer desde el día que llegué.

Me encogí de hombros, intentando que no se me notara el vuelco que me daba el corazón solo de oír su nombre.

—¿Qué pasa con ella?

—Dijiste que era solo sexo.

—Y lo es —dije sin pestañear. La palabra sonó amarga en mi propia garganta, pero no podía ponerme a filosofar con Henry sobre lo que me estaba pasando por dentro. No cuando ni siquiera yo tenía las palabras para describirlo.

Henry arqueó una ceja, escéptico.

—Landon, te he visto mirarla cuando cree que no la ves. Te he visto saltar como un perro guardián cada vez que parece incómoda. Nunca te he visto mirar así a Summer. Y estuviste tiempo con ella.

El golpe me dio justo en el estómago. Tragué saliva, sintiendo el peso amargo de la verdad.

—Las cosas con Summer eran... fáciles —admití, mirando las burbujas de mi cerveza—. Era cómodo. Todo estaba previsiblemente bien, hasta que dejó de estarlo y me di cuenta de que no sentía nada. Pensaba que el amor era eso: estar a gusto con alguien, no discutir, planear el futuro por inercia.

—¿Y ahora?

Me pasé una mano por la nuca, frustrado por mi propia incapacidad para explicarlo.

—Ahora no tengo ni idea.

—Venga... —se rio—. Puedes hacerlo mejor.

—No, de verdad. No tengo ni puta idea de lo que es el amor —dije riéndome también, aunque mi risa sonó mucho más amarga—. Solo sé que con Spencer nada es cómodo. Me hace rabiar, me saca de quicio, me despierta unas ganas locas de follarme hasta el último rincón de su cuerpo y descubrir cada milímetro de su mente y, al mismo tiempo, me jode la idea de que vuelva a Nueva York y decida que no quiere volver a verme.

—Eso suena a amor.

—No. Suena a lujuria. Nunca he tenido una química así con nadie y por eso estoy tan desbordado. No hay nada más, de verdad.

Sonaba un tanto desesperado, era consciente, pero si Henry se dio cuenta, no dijo nada. Me miró durante un largo rato. La rabia con la que llegó de Nueva York parecía haber desaparecido por completo, reemplazada por una especie de lástima comprensiva que me jodía casi más.

—El problema de huir a una isla para aclarar tus ideas —dijo Henry, poniéndose de pie y sosteniendo sus dos botellines vacíos— es que el verano se acaba. Y cuando el verano termine, Landon, vais a tener que volver al mundo real. A ver qué haces con todo esto entonces.

Me dio dos palmaditas pesadas en el hombro y se metió en la casa, dejándome solo en el porche.

Miré hacia arriba, a las estrellas, y pensé en Spencer. Otra vez.

Spencer, que estaría durmiendo sin tener ni idea de que había puesto mi vida más patas arriba de lo que ya estaba.

Henry tenía razón. El verano se acababa. Y, aunque me jurara a mí mismo que solo era sexo, no tenía ni la menor idea de cómo demonios iba a dejarla ir.

24

Spencer

Los días siguientes a la llegada de Henry volaron entre una extraña rutina de sexo a escondidas y frustración mal llevada.

Nos convertimos en profesionales disimulando y escapando de los cientos de planes que Piper hacía. Durante el día, éramos el grupo perfecto de cuatro amigos: excursiones en coche por la costa norte, comiendo shaved ice en puestos callejeros, risas en la playa y partidos de vóley donde la tensión flotaba como vapor sobre asfalto caliente.

Landon y yo aprendimos a hablar con las miradas. Un roce de hombros en el supermercado, una mano que me sujetaba la cintura solo medio segundo más de lo necesario al bajar del coche, un guiño cómplice sobre la mesa del desayuno mientras Piper hablaba de alguna tontería. Éramos dos clandestinos disfrutando de las últimas migajas de un pastel que se nos terminaba.

Pero las noches... las noches se habían convertido en nuestro paraíso. Había llegado a follar en la playa, medio escondida entre rocas. ¡Y jamás hubiese imaginado que iba a gustarme tanto! Landon conseguía que incluso lo prohibido fuera placentero. Era peligroso para mi reputación y para mi estabilidad emocional, pero mi cuerpo lo aclamaba con tanto ímpetu que apenas lograba resistirme a sus caricias.

Y de pronto, el último día llegó.

Para despedir las vacaciones, fuimos a cenar a un restaurante frente al mar en Lahaina. Había música en directo, luces cálidas colgadas de las palmeras y un ambiente impregnado de esa melancolía inevitable que trae consigo la víspera de un viaje de vuelta. Bebimos demasiado mai tais, nos reímos hasta que nos dolió

la tripa y recordamos las meteduras de pata del viaje. Incluso Landon y Henry acabaron riéndose del puñetazo que el primero recibió. Los hombres eran fascinantes, porque a mí me habría costado un mundo perdonar algo así.

Hacia la medianoche, regresamos a la casa. Piper, medio borracha y agotada por el sol, se despidió con un abrazo ruidoso y subió a su habitación. Henry no tardó en seguirla tras apurar un último vaso de agua, dejándonos a Landon y a mí solos en la penumbra del salón.

En cuanto escuchamos el chasquido de la puerta de Henry al cerrarse en la planta baja, la distancia entre nosotros desapareció.

Landon me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia su habitación sin decir una sola palabra. No hubo bromas, no hubo comentarios sarcásticos y ni siquiera me esforcé en advertirle que no podríamos hacer ruido.

Lo único que había en el ambiente era una urgencia ciega. Una desesperación silenciosa por devorarnos antes de que el avión del día siguiente nos devolviera a la realidad.

Cerró la puerta con llave y me empujó suavemente contra ella. Su boca se estampó contra la mía en un beso hambriento, profundo, que olía a alcohol y a deseo puro. Mis manos volaron instintivamente a su pelo, tirando de él, pegando mi cuerpo al suyo hasta que no quedó ni un milímetro de aire entre nosotros.

—Landon... —jadeé contra sus labios cuando sus manos se movieron con urgencia por mi cuerpo, arrancándome la ropa sin miramientos.

—Te necesito, joder. Te necesito demasiado —murmuró con la voz ronca, pegando su frente a la mía mientras sus dedos desabrochaban mi sujetador con una agilidad diabólica—. No pienses. Hoy no.

Nos desmontamos mutuamente en mitad de la penumbra. Las prendas cayeron al suelo formando un reguero de tela hasta la

cama. Cuando me tumbó sobre el colchón y se posicionó entre mis piernas, la luz de la luna que se filtraba por la ventana dibujó los relieves de su espalda, dorada por el sol de las últimas semanas.

Me miró a los ojos. No había rastro del Landon chulo e imperturbable que había conocido la primera noche. Ni del Landon que había susurrado en mi oído verdaderas obscenidades durante semanas. En su rostro todo lo que vi fue una intensidad que me quemaba por dentro. Había algo en su mirada que hacía que mi corazón galopara dentro de mi pecho.

Acarició mi clítoris y gimió al darse cuenta de que estaba tan mojada que toda yo resbalaba.

—Tan lista para mí siempre. Tan perfecta...

Se hundió en mí despacio, con un movimiento firme y fluido que me hizo arquear la espalda y soltar un suspiro ahogado contra su cuello. Landon ahogó el sonido besándome la garganta, tragándose mis gemidos mientras sus manos se entrelazaban con las mías sobre las almohadas, fijándome a la cama.

Esta vez no fue el sexo salvaje y desesperado de los coches, la playa o el baño.

Fue lento. Casi dolorosamente lento.

Cada embestida marcaba un ritmo pausado, profundo, como si quisiera grabar la sensación de su cuerpo sobre el mío en mi piel para siempre. Se movía sobre mí con una devoción física que me hacía temblar desde las entrañas hasta las puntas de los dedos. Acariciaba mis costillas con el pulgar, trazaba la línea de mi mandíbula con sus labios y me buscaba los ojos en todo momento, obligándome a sostenerle la mirada mientras nos fusionábamos en esa penumbra ahogada.

Cuando sentí que no podía respirar más, bajó la boca hacia mi pezón derecho y lo lamió con devoción. Cerré los ojos, o lo intenté, porque él me lo impidió.

—Mírame, Spencer —susurró, con la voz rota por el esfuerzo de contenerse—. Mírame.

Obedecí. Y fue ahí, justo en ese instante, mientras él me miraba desde el valle de mis pechos, besando cada parcela de piel que encontraba, cuando sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

El placer no era solo físico. Había una calidez aplastante extendiéndose por mi pecho, una sensación de refugio y pertenencia que no tenía nada que ver con el pacto que habíamos firmado. No era sexo. Dios mío, no era solo sexo.

Landon aceleró el ritmo, buscando mi boca en un beso desesperado mientras sus dedos volvían a presionar mi clítoris. Sentí la oleada del orgasmo acercándose con una potencia arrolladora, una ola que amenazaba con arrastrarme por completo. Me agarré a sus hombros, clavándole las uñas en la piel caliente de la espalda, y me entregué al espasmo con las lágrimas bordeándome los ojos.

Un segundo después, Landon soltó un gruñido sordo contra mi oído, se tensó entero y se corrió dentro de mí, temblando con la misma violencia con la que vibraba mi propio cuerpo.

Nos quedamos así durante largos minutos, abrazados en la oscuridad, con nuestras respiraciones acompasándose lentamente y los corazones latiendo desbocados contra el pecho del otro.

Landon no se apartó. Mantuvo su peso sobre mí, acariciándome el pelo con una dulzura que me destrozaba por dentro. Me besó la sien, luego la mejilla y finalmente la comisura de los labios.

—Spencer... —murmuró, apoyando la barbilla en mi hombro.

Un frío helado empezó a colarse por mis venas, reemplazando el calor del orgasmo.

El pánico se apoderó de mí con la fuerza de un hachazo.

¿Qué coño habíamos hecho?

Miré el techo de la habitación de invitados. El pacto era claro. Habíamos acordado sexo sin ataduras, una vía de escape para sobrevivir al verano, una forma de olvidar a nuestros ex y divertirnos sin drama. No había espacio para esto. No podía haberlo.

Acababa de salir de una relación de años en la que me habían dejado plantada a las puertas del altar. Mi autoestima estaba sostenida con pinzas, mi vida en Nueva York era un desastre en reconstrucción y Landon... Landon era el hermano de mi mejor amiga, un hombre que acababa de romper una relación y que huía de sus propios problemas.

Lo que acababa de sentir no era parte del trato. Si me permitía sentir esto, si dejaba que este juego se convirtiera en algo más, no iba a salir con un rasguño. Iba a salir destruida.

Me quedé completamente rígida bajo el abrazo de Landon, escuchando cómo su respiración se volvía cada vez más pausada hasta quedarse profundamente dormido a mi lado.

Sentí el miedo atenazándome la garganta, un pavor real y amargo que me impidió volver a cerrar los ojos en toda la noche.

El verano había terminado y yo había cometido, casi sin darme cuenta, el mayor error de mi vida: dejar que Landon atravesara partes de mí a las que jamás debió acceder.

25

Landon

Desperté solo.

La sábana del lado de Spencer todavía estaba tibia y olía a ella, pero el cuerpo que había dormido pegado al mío durante la noche ya no estaba. Me incorporé despacio, frotándome la cara. La luz de la mañana entraba suave por las cortinas y, por un segundo, pensé que se había levantado solo a por café.

Luego recordé la noche anterior.

Había sido distinto.

Más lento. Más profundo. Más... todo.

No había sido el sexo desesperado y sucio al que nos habíamos acostumbrado. Había sido otra cosa. Algo que se había colado entre nosotros sin pedir permiso y que ninguno de los dos estaba preparado para nombrar. Lo había visto en sus ojos mientras hacíamos el amor, en la forma en que se aferró a mí como si intentara retener algo que se le escapaba entre los dedos. Y, sobre todo, en cómo, cuando creyó que yo ya dormía, su cuerpo se tensó de repente bajo el mío, rígido, inmóvil, como si acabara de darse cuenta de algo que la había aterrorizado.

Me senté sobre la cama, con una incómoda presión instalada en el estómago.

Podía seguir engañándome. Fingir que lo que sentía por ella era solo el efecto de un verano perfecto, de un pacto con fecha de caducidad y de un sexo jodidamente bueno. Decirme que todo terminaría en unas horas, cuando subiera a ese avión rumbo a Nueva York y nuestras vidas volvieran a separarse.

Pero, maldita sea... yo no quería que terminara.

No quería volver a ese Nueva York donde Spencer solo existía como la mejor amiga de mi hermana.

Cerré los ojos y solté el aire lentamente.

¿Y si Henry había tenido razón aquella noche al llamar amor a lo que yo seguía empeñado en llamar lujuria?

Tenía que hablar con ella. Necesitaba poner en voz alta aquel caos de pensamientos que me daba vueltas en la cabeza. Decirle que ya no quería esconderme detrás de un pacto con fecha de caducidad. Que no quería subir a aquel avión fingiendo que lo nuestro había sido solo un verano.

Me levanté de la cama, me puse unos pantalones de deporte que habían quedado tirados en el suelo y salí a buscarla.

Pensé que la encontraría en la cocina preparando el desayuno, pero no estaba allí. Recorrí el salón, el porche y el jardín sin verla. Un nudo empezó a formarse en mi estómago.

Finalmente llamé con los nudillos a la puerta de su habitación y la encontré haciendo la maleta con el ceño fruncido.

—¿Spencer? —la llamé desde el quicio de la puerta.

Ella levantó los ojos hacia mí y leí la contrariedad en ellos. No dijo nada.

—Creí que volverías a la cama.

—Mi vuelo sale antes que el tuyo, ¿recuerdas? Tengo que estar en el aeropuerto dentro de un par de horas.

Era cierto. Cuando compramos los billetes de vuelta no encontramos cuatro plazas en el mismo vuelo, así que Spencer y Piper regresarían al mediodía, mientras Henry y yo lo haríamos por la tarde.

Aun así, aquella respuesta me dejó un regusto extraño.

—Pensé que podríamos aprovechar un poco más la mañana.

Terminó de doblar una camiseta antes de responder.

—Ya la aprovechamos anoche.

Su voz sonó plana. Demasiado plana. Como si hubiera borrado cualquier emoción a propósito.

—Me gustaría hablar contigo.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros mientras seguía doblando otra camiseta con una precisión desesperante.

—Pues habla.

La observé unos segundos.

Ni siquiera me estaba mirando.

—¿Podrías dejar de doblar la puta ropa un momento y prestarme atención? Solo serán unos minutos... por favor.

Spencer se quedó inmóvil un segundo. Luego soltó la camiseta, se enderezó y clavó sus ojos en mí, con los brazos cruzados.

—Tú dirás.

Tragué saliva. No tenía preparado ningún discurso brillante. Solo un montón de pensamientos atropellándose unos a otros.

—He estado pensando... y me gustaría que siguiéramos viéndonos cuando volvamos a Nueva York. Sé que dijimos que esto sería solo un pacto de verano. Que, cuando subiéramos al avión, cada uno volvería a su vida como si nada hubiera pasado. Pero... no quiero hacer como si nada hubiera pasado. —No reaccionó—. Nos lo pasamos bien juntos, Spencer. No hablo solo del sexo. Me gusta despertarme contigo, discutir contigo, escucharte reír... Me gustas tú. No te estoy pidiendo que nos casemos mañana ni nada parecido. Solo... que nos demos una oportunidad. Que veamos qué pasa si dejamos de fingir que esto ha sido únicamente un verano.

Ella no respondió durante un largo momento. Se limitó a mirarme.

Tenía la mandíbula tensa, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos brillantes, como si cada una de mis palabras estuviera golpeándola por dentro.

—No es justo, Landon —murmuró al fin—. Dijimos que esto sería solo un pacto de verano. Algo divertido. Algo que recordaríamos con una sonrisa cuando todo terminara. Sin complicaciones. ¿Por qué me haces esto?

—Porque no puedo fingir que no siento lo que siento. Porque me gustas. Porque quiero intentarlo contigo cuando volvamos a Nueva York.

Negó despacio con la cabeza.

—Tú acabas de salir de una relación seria. Yo vuelvo a una vida completamente destrozada. Hace apenas unas semanas mi prometido me dejó plantada a las puertas del altar. ¿De verdad crees que ahora mismo soy capaz de empezar otra historia?

—Podemos tomárnoslo con calma. Vernos, pasarlo bien y descubrir hacia dónde nos llevan las cosas.

Spencer sonrió con tristeza.

—Supongo que eso funciona para ti, Don Impulsos. Pero no para mí. Yo necesito estabilidad. Necesito saber dónde estoy pisando. No puedo lanzarme a otra relación esperando que el tiempo decida por nosotros.

—No te estoy pidiendo que te lances...

—Sí, sí lo estás haciendo. Me estás pidiendo que vuelva a confiar cuando hace apenas unas semanas el hombre con el que iba a casarme me dejó plantada. —Respiró hondo antes de continuar—. Y tú tampoco sabes lo que quieres, Landon. Hace un mes estabas huyendo de Nueva York porque no eras capaz de enfrentarte a las

consecuencias de dejar a tu ex. ¿Cómo voy a creer que ahora sí estás preparado para empezar otra relación?

Me acerqué un paso más.

—Me estás poniendo como excusa porque tienes miedo.

Sus ojos se endurecieron.

—No tengo miedo.

—Sí lo tienes. Y lo peor es que estás usando ese miedo para no darme ni una sola oportunidad.

Spencer me miró unos segundos más antes de bajar la mirada a la pila de ropa que quedaba aún por guardar.

—Lo siento, Landon. Como dijo Kelea... «Disfrútalo ahora. Aprovéchalo ahora. Y cuando su tiempo llegue a su fin, déjalo ir y dale las gracias por lo que aportó en tu vida mientras estuvo en ella.» —Su voz sonó baja, casi como un susurro, pero cada palabra me golpeó con la fuerza de un puñetazo—. Eso es lo que voy a hacer. Darle las gracias a este verano. Y dejarte ir.

Me quedé inmóvil. Quería pelear. Quería recordarle que Kelea también había hablado del océano. De cómo siempre terminaba devolviendo aquello que estaba destinado a encontrarse. Quería decirle que quizá nosotros éramos exactamente eso.

Pero vi el miedo escondido detrás de sus ojos y comprendí que cualquier palabra que dijera solo conseguiría asustarla todavía más.

Así que decidí no insistir. No presionarla.

Ella ya había tomado una decisión. La conocía lo suficiente para saber que, cuando se convencía de algo, moverla de ahí era imposible.

Tragué saliva y asentí muy despacio.

—Está bien.

No era verdad.

No estaba bien.

Pero era su decisión y yo debía respetarla, por mucho que me jodiera.

Le sostuve la mirada unos segundos más. Quería grabarme aquella imagen en la memoria: el pelo recogido deprisa, la ropa a medio guardar sobre la cama y esos ojos marrones empeñados en ocultar que también estaban sufriendo.

Después me di la vuelta.

Crucé el umbral de la puerta sin volver a mirar atrás.

Estaba claro que el verano ya estaba terminando también para nosotros.

26

Spencer

El taxi pasó a recogernos poco antes de las diez.

Nos despedimos de los chicos sin grandes ceremonias. Un abrazo rápido con Henry, otro con Landon y un simple «nos vemos en Nueva York» que sonó tan vacío que casi dolía.

Landon ni siquiera me miró cuando cerré la puerta del maletero.

No podía culparlo.

Había sido cruel con él.

Sabía que era lo correcto, porque estaba convencida de que aquello que habíamos vivido solo había sido posible allí, en Hawái. Lejos de nuestras vidas reales, de nuestras responsabilidades y de todo aquello que nos había roto antes de conocernos.

Pero en unas horas volveríamos a Nueva York y la realidad nos golpearía en la cara.

Él a su empresa y su reciente ruptura. Y yo... yo tenía que reconstruir una vida que apenas unas semanas antes se había venido abajo.

Antes de ir al aeropuerto pasamos por casa de Kelea para despedirnos.

Nos recibió en el porche con una sonrisa triste, a sabiendas de que aquella visita era distinta a todas las anteriores, y nos abrazó con fuerza.

—Aloha, keiki.

—Voy a echarte muchísimo de menos —dijo Piper.

—Y yo a vosotros.

Permanecimos un rato hablando del viaje de vuelta. Al cabo de unos minutos, Kelea sonrió.

—Piper, ¿te importaría hacerme un favor? He preparado unas malasadas para el camino. ¿Podrías ir a la cocina y traer la caja? Está sobre la encimera.

—¡Claro!

Piper desapareció por el pasillo y Kelea esperó hasta dejar de oír sus pasos antes de volver la vista hacia mí.

Me tomó las manos entre las suyas.

—Quiero darte un último consejo. Los hawaianos decimos que el amor es como el océano. No puedes obligar a una ola a llegar antes... ni impedir que llegue cuando ya ha decidido hacerlo. —Sentí un nudo en la garganta—. A veces creemos que alejarnos de alguien nos protegerá del dolor. Pero el océano nunca deja de volver a la orilla, por mucho que esta intente apartarse. —Me acarició los nudillos con el pulgar—. No luches contra aquello que te da paz, keiki. La vida ya trae suficientes batallas por sí sola.

Sus palabras se quedaron suspendidas entre nosotras.

Sabía perfectamente que no estaba hablando del océano. Ni de las olas. Ni siquiera del amor en general.

Estaba hablando de Landon. De nosotros.

Bajé la vista incapaz de sostener la suya durante mucho más tiempo.

Quería creerla. De verdad quería hacerlo. Pero también sabía que era muy fácil hablar de amor cuando no eras tú quien tenía que volver a recoger los pedazos de un corazón roto.

Yo ya había pasado por eso una vez.

Y no estaba dispuesta a sobrevivir a una segunda.

Poco después subimos al taxi y pusimos rumbo al aeropuerto.

Aproveché el trayecto para mirar por última vez la isla que, de alguna forma, ya sentía un poco mía. Las playas, las montañas cubiertas de verde, las pequeñas casas de madera, el océano infinito...

Había llegado a Hawái con el corazón roto, convencida de que jamás volvería a confiar en nadie.

Y me marchaba con el corazón todavía más confundido que cuando había llegado.

El vuelo de regreso fue extraño.

Yo no me sentía bien, aunque Piper no pareció notarlo. Se comportó como siempre: parlanchina, divertida e incapaz de permanecer en silencio más de cinco minutos seguidos.

Se lo agradecí.

Porque el sonido de su voz conseguía acallar, aunque solo fuera durante unos minutos, esa otra voz que no dejaba de repetirme que me estaba equivocando. Que quizá había dejado escapar al hombre adecuado por culpa del miedo.

Cerré los ojos con fuerza.

No.

Había tomado la decisión correcta, solo necesitaba un poco de tiempo para dejar de echarlo de menos.

Horas más tarde, ya en mi apartamento, dejé la maleta junto a la entrada y me desplomé sobre el sofá.

Parecía que hubiera estado fuera un siglo.

Trabajar por cuenta propia tenía sus ventajas. Podía desaparecer unas semanas sin pedir permiso a nadie. El inconveniente era que me esperaban varias traducciones pendientes. Con un poco de suerte, mantener la cabeza ocupada me ayudaría a dejar de pensar en Landon.

Entonces vi un sobre sobre la mesa del salón.

Fruncí el ceño.

Reconocí la letra al instante.

Elliot.

Lo abrí.

Hola, Spencer.

Ya he recogido todas mis cosas.

Creo que ha llegado el momento de poner el piso a la venta. Si prefieres quedártelo tú, podemos hablar para que me compres mi parte, aunque entiendo que venderlo será lo más práctico para ambos.

Avísame cuando quieras que empecemos con los trámites.

Elliot.

Apreté el papel entre los dedos.

Elliot sabía perfectamente que no podía comprarle su parte.

Había sido él quien insistió en aquel piso de Manhattan. Él era quien decía que era la inversión perfecta. Él era quien podía permitirse pagar una parte mucho mayor de la hipoteca mientras yo aportaba lo que estaba a mi alcance.

Ahora pretendía quitárselo de encima con la misma facilidad con la que se había quitado de encima nuestra relación.

Solté una risa amarga.

Y, de repente, rompí a llorar.

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas y, en cuestión de segundos, ya no pude detenerlas. Me cubrí la cara con las manos e intenté respirar hondo. Recomponerme. Recordarme que aquello era solo un piso. Que encontraría otro. Que empezaría de nuevo.

Pero cuanto más intentaba calmarme, más lloraba.

Y entonces me di cuenta de algo.

No estaba llorando por Elliot.

Tenía su carta arrugada entre los dedos. Acababa de decirme que quería vender el piso que habíamos comprado juntos, el lugar en el que habíamos planeado nuestra vida, y ni siquiera eso conseguía que lo echara de menos.

No quería que Elliot volviera.

No quería recuperar nuestra boda, ni nuestros planes, ni la vida que había imaginado a su lado.

Lo que quería era estar otra vez en Hawái.

Quería una cocina demasiado pequeña compartida con Landon. Sus comentarios arrogantes. Su sonrisa de imbécil cuando conseguía ponerme nerviosa. Quería despertarme sabiendo que estaba al otro lado del pasillo. Quería volver a la playa con él. Escuchar su risa. Sentir sus manos sobre mí.

Lo quería a él.

Y lo había dejado allí.

Me llevé una mano a la boca cuando otro sollozo me sacudió el pecho.

Había pasado semanas creyendo que estaba intentando recomponerme después de que Elliot me rompiera el corazón.

Pero Elliot ya no tenía mi corazón.

Landon sí.

Y acababa de alejarme de él por voluntad propia.

Cerré los ojos.

Mierda.

Me había enamorado de Landon.

27

Landon

El aire de Nueva York, los días posteriores a mi vuelta, tenía esa brisa fresca que anunciaba el final del verano. El bullicio del Upper East Side me recordaba constantemente lo lejos que quedaba ya la calma de Hawái. Una bofetada de realidad a la que me estaba costando adaptarme más de lo que quería admitir.

Había quedado con Summer en una cafetería tranquila de Central Park. Estaba nervioso, pero más porque era consciente de que, por primera vez, quería ser totalmente sincero con ella y conmigo mismo. Si algo había aprendido tras mis semanas en Hawái es que esconderse era la solución fácil, pero no la acertada.

La vi llegar tensa, apresurada y con un moño impecable, al igual que su ropa. Summer era preciosa y una gran persona... solo que no era la persona con la que quería pasar el resto de mi vida. Me vio, pero antes de acercarse a mi mesa fue al mostrador, pidió y, al acercarse, venía con dos cafés en la mano.

—He pedido el de siempre para ti —dijo tomando asiento y tendiéndome un vaso—. A no ser que hayas cambiado de gustos repentinamente.

—Así está bien. Gracias por acceder a venir —dije, sosteniendo el vaso entre las manos.

—De nada. —Su incomodidad era tan latente que no soportó ni un segundo más sin estallar—. Lo que no entiendo es qué hacemos aquí.

—Después de cómo me fui, creo que lo mínimo que te debo es una disculpa —admití—. Fui un cabrón contigo. No te lo merecías y quiero pedirte perdón.

Summer sonrió, un gesto pequeño, sereno, desprovisto de la rabia que Henry me había descrito semanas atrás.

—Mi hermano fue a verte a Hawái, ¿verdad? —preguntó, apoyando los codos sobre la mesa.

No me extrañó que Henry no le hubiera dicho nada. Mi amigo era de intentar arreglar las cosas por su cuenta, aun cuando esas cosas tenían que ver con su hermana y no con él. No me molesté en ocultarlo, tampoco.

—Me dio un puñetazo en cuanto cruzó el recibidor —admití con una leve mueca, tocándome la mandíbula por inercia—. Me lo tenía merecido.

Summer dejó escapar una risa suave, casi melancólica.

—Mi hermano siempre ha tenido un sentido del honor un poco primitivo. Cuando se enteró de lo nuestro, pensó que romperme el corazón era un ataque directo a la familia. Pero no te preocupes, ya le he dicho que se calme.

La miré, sorprendido por su temple.

—Summer... yo de verdad quería pedirte perdón. No por haber roto contigo, sino por cómo lo hice. Me marché corriendo porque era un cobarde. No sabía cómo mirarte a los ojos después de romperte el corazón. Y no quería afrontar las consecuencias con tu hermano, tampoco.

Ella dio un trago a su café y miró por el ventanal hacia la calle abarrotada durante unos segundos antes de volver la vista hacia mí.

—¿Sabes qué es lo más curioso, Landon? Que cuando me dijiste que lo dejábamos, me pasé dos días llorando de rabia. Pensaba que me habías utilizado, que habías tirado a la basura años de mi vida. Pero luego, cuando se me pasó el calentón inicial y te fuiste... me di cuenta de algo.

—¿De qué?

—De que no te echaba de menos a ti. Echaba de menos la rutina. Echaba de menos la comodidad de tener un novio perfecto sobre el papel, un socio estupendo para mi hermano y una vida planificada al milímetro.

Tragué saliva, sintiendo una punzada de culpa.

—Eso no lo hace menos grave. Te fallé.

—No, escúchame —me interrumpió con firmeza—. Te conozco bien. Sé que pensabas que lo que teníamos era lo que todo el mundo busca. Era tranquilo, era fácil, no había discusiones. Pero no había fuego, Landon. Ninguno de los dos estaba enamorado. Tú no me querías como se supone que hay que querer a alguien, y yo a ti tampoco. Ahora lo sé.

Me pasé la mano por la nuca, sintiendo cómo se me soltaba el nudo que, hasta entonces, no había notado en la garganta.

—Tienes razón —confesé en voz baja—. Pensaba que el amor era eso. Estar a gusto, planear el futuro por inercia, asumir que la rutina era el único camino maduro. Pensaba que podía amarte porque jamás le había dado a nadie más que eso. Nunca había sentido nada diferente.

Summer arqueó una ceja, observándome con una agudeza que yo sabía bien que tenía. Había un brillo de comprensión en sus ojos que me desarmó por completo.

—Pero ahora sabes lo que es, ¿verdad?

Me quedé inmóvil. El nombre de Spencer resonó en mi cabeza con fuerza. Casi como si alguien lo gritara desde el fondo de mi mente. Recordé su risa bajo el sol de Lanikai, sus marrones mirándome en la oscuridad de la casa de la playa, sus jadeos en mi oído cuando empujaba dentro de ella y la firmeza dolorosa con la que me había dicho que me dejaba ir en aquella habitación mientras doblaba su ropa.

—Sí —admití, porque no tenía sentido ponerme a mentir cuando había ido a esa cafetería precisamente a ser mi versión más sincera—. Ahora lo sé. Y también sé lo que es no ser correspondido. Sé lo que duele querer a alguien con todas tus fuerzas y saber que esa persona no está dispuesta a arriesgarse por ti. Por eso me siento aún más culpable contigo, Summer. Porque ahora entiendo el daño que hace el rechazo, aunque en nuestro caso fuera distinto.

Summer me miró fijamente durante un largo rato. No había rencor en su rostro, solo... algo que se acercaba mucho a la comprensión. O quizás estaba tan desesperado por tener a alguien que me entendiera que me lo estaba imaginando todo.

—Landon, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

—Esa persona... ¿has luchado por ella?

La miré sin entender del todo.

—¿A qué te refieres?

—A si te has rendido a la primera de cambio o si de verdad le has demostrado lo que sientes.

—Ella no quiere que luche —dije, sintiendo la amargura en los labios—. Tiene miedo. Pasó por algo muy grave hace poco, la dejaron tirada antes de su boda. Me dijo que necesitaba estabilidad, que esto solo había sido un pacto de verano y que era momento de dejarlo ir. Me pidió que respetara su decisión y lo hice. Supongo que para ella es fácil pensar que, si te abandoné a ti y salí huyendo de esa forma, puedo volver a hacerlo con ella.

Summer soltó un bufido irónico y negó lentamente con la cabeza.

—Eres un idiota.

—¿Perdón?

—Si alguien a quien amo me dijera que lo nuestro fue solo un pacto y se fuera sin mirar atrás, yo no me quedaría sentado en una cafetería lamentándome por lo mucho que me duele. Lucharía. Le demostraría que se equivoca. ¿Sabes por qué me di cuenta de que yo tampoco te amaba tanto a ti, Landon?

—¿Por qué?

—Porque cuando te fuiste, no luché. No moví un solo dedo por saber dónde estabas. No intenté convencerte de nada. Me quedé en Nueva York aceptando que te habías ido porque, en el fondo, me daba igual perderte. Si de verdad quieres a esa mujer, si de verdad has descubierto lo que es el amor por primera vez en tu vida, no puedes rendirte tan fácilmente. Si no luchas por ella, terminarás demostrando que tenías razón y que esto también era solo una distracción veraniega.

Las palabras de Summer me golpearon con fuerza. Me quedé mirándola, incapaz de articular palabra, mientras el engranaje de mi cabeza comenzaba a girar a mil revoluciones por minuto.

Summer se terminó su café, cogió su bolso y se puso de pie.

—Me alegro de que hayamos hablado, Landon. De verdad. No te guardo rencor, y espero que encuentres lo que sea que estés buscando. Pero no seas cobarde otra vez.

Se inclinó, me dio un beso suave en la mejilla y caminó hacia la salida de la cafetería, dejándome a solas con el aroma del café recién molido y una certeza que me apuñalaba el pecho.

No podía dejarla ir.

No así.

No sin luchar.

28

Spencer

El cursor en la pantalla de mi portátil parpadeaba con una insistencia exasperante.

Llevaba tres horas atascada en el mismo fragmento de traducción de una comedia romántica independiente. Mi trabajo consistía en adaptar las frases para que tuvieran sentido al cambiar de idioma, pero mi cabeza estaba a miles de kilómetros de distancia, varada en una playa de arena blanca donde las olas rompían contra las rocas.

Solté un suspiro frustrado, aparté el portátil sobre la mesa de centro del salón y me pasé las manos por la cara.

Hacía una semana que habíamos vuelto de Hawái. Una semana entera en la que mi apartamento se había convertido en una especie de celda autoimpuesta donde el silencio resultaba ensordecedor.

Cogí el teléfono móvil, sabiendo de antemano que era una pésima idea. Abrí la galería de fotos y me dispuse a hacer algo que últimamente se me daba extraordinariamente bien: martirizarme emocionalmente.

Allí estábamos los dos. Una imagen que Piper nos había tomado distraídos en la playa de Lanikai: Landon sonriendo a la cámara con esa chulería natural suya, con el brazo pasado sobre mis hombros, y yo mirándolo a él en lugar de al objetivo, con una expresión de vulnerabilidad que me daba vergüenza ajena.

¿Cómo era posible? Me pregunté por milésima vez. ¿Cómo era posible que en apenas unas semanas junto a Landon hubiera sentido una conexión infinitamente más real, transparente y sincera que durante los años que pasé junto a Elliot?

Con mi ex todo había sido una construcción metódica de lo que se suponía que debía ser una pareja adulta: la compra del piso, los muebles de diseño, las cenas con sus compañeros de trabajo. Y, sin embargo, nunca me había sentido tan vista, tan deseada ni tan desnuda como cuando Landon me miraba a los ojos en mitad de la noche.

La nota de Elliot sobre la venta del piso seguía sobre el recibidor, pero ya ni siquiera me dolía. Elliot era un fantasma del pasado. El dolor que me oprimía el pecho ahora tenía otro nombre y otra sonrisa. El piso... no sé qué pasaría con él. Seguramente lo acabaríamos vendiendo, pero por el momento ni siquiera me había dignado a darle una respuesta. Era hora de que él sufriera un poquito de la ansiedad que había sufrido yo las últimas semanas por su culpa.

El timbre de la puerta sonó, sobresaltándome.

Fruncí el ceño y miré el reloj de la pared. Eran más de las nueve de la noche. Pensé que sería Piper trayendo algo de cena o el repartidor con la comida china que ni siquiera recordaba haber pedido con claridad.

Me levanté, descalza, y abrí la puerta sin mirar por la mirilla.

Landon estaba de pie en el pasillo.

Llevaba una chaqueta de cuero negra, los vaqueros oscuros y el pelo ligeramente despeinado por el viento de la calle. Tenía una mano metida en el bolsillo y en la otra sostenía una libreta pequeña.

Se me cortó la respiración.

—Hola, Fierrecilla —dijo en voz baja.

—Landon... ¿qué haces aquí? —logré articular, sujetando el borde de la puerta como si fuera un escudo.

—Necesito hablar contigo.

—Dijimos que...

—Sé lo que dijimos —me interrumpió, dando un paso al frente sin pedir permiso, obligándome a retroceder para dejarlo pasar. Cerró la puerta a sus espaldas con un chasquido firme—. Dijiste que el verano se había terminado. Dijiste que querías dejar ir todo lo que pasó en Hawái y darle las gracias por los servicios prestados.

—Landon, por favor...

—No, ahora me escuchas tú a mí —dijo, dando dos pasos hacia mí hasta romper la distancia de seguridad que yo intentaba mantener. Olía a su perfume de siempre, a madera y sal, un aroma que amenazaba con desmontarme por completo—. Hablé con Summer esta tarde. Le pedí perdón por haberme ido como me fui. Y me dijo algo que me hizo darme cuenta de lo imbécil que estaba siendo por haberte dejado marchar sin pelear.

Tragué saliva, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón.

—No tienes que pelear por nada. Lo nuestro no es posible porque...

—Sí, tengo que hacerlo —dijo interrumpiéndome—. Porque no voy a permitir que uses tu miedo como excusa para arruinar lo más real que nos ha pasado a los dos en mucho tiempo.

Suspiró con frustración, abrió la libreta que llevaba en la mano y me miró con una intensidad que me hizo dar un paso más atrás, hasta que mi espalda chocó contra la pared del recibidor. Genial, ahora sí que no tenía escapatoria.

—Landon... —susurré, notando las piernas realmente débiles.

—Me dijiste que necesitabas estabilidad —continuó Landon, dando otro paso hacia mí—. Que no podías lanzarte a una relación sin saber dónde pisabas. Que necesitabas reglas. Así que he escrito un nuevo pacto.

Pestañeeé, confundida.

—¿Un pacto?

—Sí. El Pacto de Nueva York —dijo con absoluta seriedad, aunque vi un pequeño destello de humor en el rabillo de sus ojos—. Cláusula número uno: Se prohíbe rotundamente salir huyendo cuando las cosas se pongan difíciles o profundas. Cualquier ataque de pánico emocional debe ser discutido en un plazo máximo de dos horas, preferiblemente con comida de por medio. Y aún más preferiblemente celebrando con sexo la solvencia del problema.

Un nudo se me formó en la garganta.

—Landon... —repetí.

—Cláusula número dos —prosiguió, ignorando mi interrupción y leyendo de la libreta con voz firme—: No hay fechas de caducidad. No hay “hasta que termine el verano” ni “hasta que volvamos a casa”. Esto durará lo que nosotros queramos que dure, sin prisas, pero sin escapes absurdos por ninguna de las dos partes.

Sentí una lágrima traidora resbalar por mi mejilla. Intenté limpiármela deprisa, pero él dio el último paso que nos separaba, guardó la libreta en el bolsillo trasero de su pantalón y rozó mi pómulo con el pulgar para secarme el rastro húmedo.

—Y cláusula número tres —susurró, pegando su frente a la mía mientras su otra mano se posaba en mi cintura, firme y cálida—: La única condición obligatoria es darnos una oportunidad de verdad. Querernos sin pensar en nada. Ni en lo que hicimos o nos hicieron antes, ni en el futuro, ni en nada que no sea el presente. Solo tú y yo viviendo cada minuto.

—Tengo miedo, Landon —admití en un susurro roto, incapaz de seguir sosteniendo la coraza. Mis manos volaron instintivamente a las solapas de su chaqueta—. Tengo muchísimo miedo de volver a entregarme a alguien y terminar rota de nuevo.

—Lo sé —murmuró él, besándome la comisura de los labios con una dulzura infinita—. Yo también tengo miedo. Pero prefiero arriesgarme a romperme contigo que pasarme el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si te hubiera dejado ir.

Me miró a los ojos, esperando mi respuesta.

No había sarcasmo en su rostro. No había rastro del chulo e imperturbable hermano de mi mejor amiga. Solo había un hombre dispuesto a construir un refugio seguro para los dos en mitad del caos.

Sonreí entre lágrimas, dejándome llevar por la corriente que Kelea me había advertido que no intentara frenar.

—Ese pacto... tiene demasiadas cláusulas —susurré.

—Se pueden negociar sobre la marcha —respondió él con una sonrisa ladeada antes de atrapar mis labios en un beso profundo, lento y lleno de una promesa de futuro que esta vez no tenía fecha de vencimiento.

No sabía lo que pasaría, y todavía tenía muchísimo miedo, pero sería demasiado absurdo no aceptar lo que la vida había decidido poner en mi camino.

Sería demasiado absurdo dejar ir a Landon cuando algo dentro de mí gritaba que era, sin lugar a dudas, el amor de mi vida.

Y a juzgar por el modo en que me besó, me desnudó y me demostró lo mucho que me había echado de menos, creo que él se sentía exactamente igual.

Epílogo

Spencer

Faltaban apenas tres semanas para la Navidad y Nueva York se había transformado en una postal invernal. El escaparate de Bergdorf Goodman brillaba con miles de luces doradas, la nieve caía en copos finos sobre la Quinta Avenida y el olor a castañas asadas impregnaba cada esquina de la ciudad.

En el apartamento de Landon, el ambiente era infinitamente más cálido.

Un gran árbol de Navidad decoraba el rincón del salón, torcido hacia la izquierda porque entre los dos no habíamos sido capaces de ponerlo recto. Había música jazz sonando suavemente de fondo y un aroma a canela y chocolate caliente llenaba la estancia.

Estaba sentada en el sofá, cubierta con una manta de lana gruesa, mientras Landon trabajaba en su portátil en la mesa del comedor. Tenía las gafas de lectura puestas, un detalle que descubrí semanas atrás y que me había hecho obsesionarme, porque me parecía que estaba ridículamente atractivo, y el ceño fruncido mientras revisaba una serie de documentos.

Todavía se me hacía difícil gestionar que finalmente había aceptado vender el piso con mi ex pero, en vez de usar mi parte del dinero para comprar otro piso, había acabado trasladándome con Landon, en una demostración más de que nos habíamos vuelto locos, porque apenas llevábamos unos meses juntos y ya convivíamos. Pero en el fondo, jamás había sido tan feliz ni había estado tan segura de estar haciendo lo correcto.

Me levanté en silencio, fui hacia él por detrás y le rodeé el cuello con los brazos, apoyando la barbilla en su hombro.

—Trabajas demasiado para ser época navideña —murmuré, besándole la mejilla.

Landon sonrió, dejó el ratón y echó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Es culpa de los islandeses. Te juro que van a volverme loco.

—¿De quién?

—Una empresa familiar de chocolate en Reikiavik. Quieren contratar a nuestra compañía para integrar soluciones de Inteligencia Artificial en toda su cadena de distribución y producción en Europa y Estados Unidos. Es un proyecto enorme, Spencer. El más grande que Henry y yo hemos gestionado este año.

—Eso suena increíble —dije, apartándole un mechón de pelo de la frente—. ¿Entonces por qué pones esa cara de sufrimiento?

Landon soltó un largo suspiro y se quitó las gafas.

—Porque el cliente exige que toda la documentación técnica y las reuniones de mediación iniciales se hagan con traducción directa al islandés técnico. El intérprete corporativo con el que trabajamos siempre nos acaba de confirmar que no puede aceptar el proyecto porque tiene un contrato de exclusividad en Bruselas hasta enero.

Me eché a reír.

—¿Y por eso estás a punto de tirarte por la ventana?

—Spencer, encontrar a un intérprete de islandés de nivel técnico en Nueva York con tres días de antelación en plena época navideña es prácticamente imposible.

Le di un apretón cariñoso en los hombros.

—Cielo, piensa un poco —dije en tono de burla—. Tienes a la mejor intérprete de idiomas nórdicos viviendo prácticamente en tu casa y no te das cuenta.

Landon se giró en la silla para mirarme de frente, arrugando las cejas.

—¿Tú sabes islandés?

—Yo no, idiota. Piper.

Landon se quedó rígido.

—¿Piper?

—Sí, Piper. ¿Te suena? Es de mi estatura, preciosa y, además, tu hermana.

—Ja, qué graciosa —contestó con sequedad, haciéndome reír.

—¿Has olvidado que Piper pasó casi dos años en el Departamento de Filología Nórdica de la Universidad y que estuvo viviendo seis meses en Islandia haciendo su especialización en traducción técnica? Habla islandés fluido. Es brillante en eso.

Landon tragó saliva y se pasó una mano por la nuca con evidente malestar.

—No lo sé, Spencer...

—¿Cómo que no lo sabes? Es tu hermana, está buscando proyectos independientes serios para asentarse aún más en su trabajo y es literalmente perfecta para el puesto. Le vendría genial y a vosotros os salvaría la vida.

—El problema no es Piper —dijo Landon en voz baja, mirando hacia la pantalla del portátil con expresión preocupada.

—¿Entonces? —pregunté confusa, porque me parecía demasiado raro que el propio Landon no hubiera pensado en su hermana de inmediato.

—El problema es que si aceptamos este proyecto, el cliente exige que enviemos a un equipo de enlace a Reikiavik durante dos semanas antes de Nochebuena para supervisar la fase de toma de datos sobre el terreno. Y el que se va a encargar de supervisar esa expedición es Henry.

Me quedé en silencio un segundo, procesando la información.

—Quieres decir que... ¿Piper y Henry tendrían que viajar solos a Islandia en mitad de diciembre?

—Exacto. Dos semanas encerrados en un hotel con encanto en mitad de la nieve islandesa, trabajando doce horas al día juntos y rodeados de luces de Navidad —Landon se frotó las sienes, medio en broma, medio aterrorizado—. Conociendo la tensión acumulada que llevan arrastrando esos dos desde hace años, o se matan a los tres días o Henry termina rompiendo su juramento sagrado de “no tocar jamás a la hermana de su socio porque él no es como yo”.

Solté una carcajada que resonó por todo el salón.

—Landon, Kelea nos dijo que el océano siempre devuelve lo que está destinado a encontrarse. ¿No has pensado que a lo mejor el océano de Piper y Henry tiene forma de paisaje nevado y auroras boreales.

Landon me miró, resignado, aunque vi una pequeña sonrisa dibujándose en sus labios.

—Si esos dos terminan liándose en Islandia y montan un drama corporativo, te pienso hacer responsable a ti.

—Acepto el riesgo —dije, inclinándome para darle un beso dulce en los labios—. Ahora apaga el portátil y llama a tu hermana. Le va a encantar la idea de pasar la Navidad en la nieve.

Landon me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia su regazo, rindiéndose por completo.

—Está bien. Pero que conste que si Henry me parte la otra mitad de la cara cuando vuelvan, será culpa tuya.

Me reí contra su cuello, disfrutando del calor de sus brazos mientras la nieve seguía cayendo suavemente al otro lado de la ventana, anunciando que una nueva historia, helada y navideña, estaba a punto de comenzar.

Pactos arriesgados #2

Un pacto muy navideño

Me llamo Piper Asher y llevo años enamorada de Henry, el mejor amigo de mi hermano.

También es su socio en una empresa de inteligencia artificial y, por desgracia para mí, el único hombre que parece empeñado en seguir viéndome como la hermana pequeña de Landon.

Así que cuando necesitan una traductora e intérprete de islandés para cerrar uno de los acuerdos más importantes de su empresa y me piden que les ayude, no tardo ni cinco segundos en aceptar.

Porque aceptar significa pasar dos semanas antes de Navidad en Islandia.

Con Henry.

Henry es serio, controlador y demasiado responsable como para meterse en problemas con la hermana de su mejor amigo.

Yo llevo demasiado tiempo deseando convertirme precisamente en uno.

Entre reuniones, paisajes nevados, aguas termales y demasiadas horas juntos, empiezo a sospechar que quizá no soy la única que lleva años ocultando lo que siente.

Solo hay un problema.

Henry jamás traicionaría a su mejor amigo.

Y enamorarse de su hermana pequeña podría ser la única línea que no está dispuesto a cruzar.

Nota de la autora

Amores:

¡Cuánto tiempo!

Han sido unos meses complicados intentando adaptarme a la bimaternidad. No ha sido fácil, sobre todo con un bebé que solo quiere hacer las siestas en brazos y que no se despega de mí ni un segundo.

Pero, como todas las etapas, esta también va llegando a su fin, y por fin parece que voy a poder retomar un ritmo de publicación más constante.

Mientras preparo todos los proyectos que tengo entre manos, quería traeros el primer libro de una serie cortita para hacer la espera un poquito más llevadera.

Espero que os enamoréis de Spencer y Landon tanto como lo he hecho yo y que disfrutéis de cada página.

Gracias, como siempre, por seguir aquí.

Con amor,

Ella Valentine

¡Ah! Acordaros de seguirme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que os perdáis nada.

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

También podéis seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: <https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8>